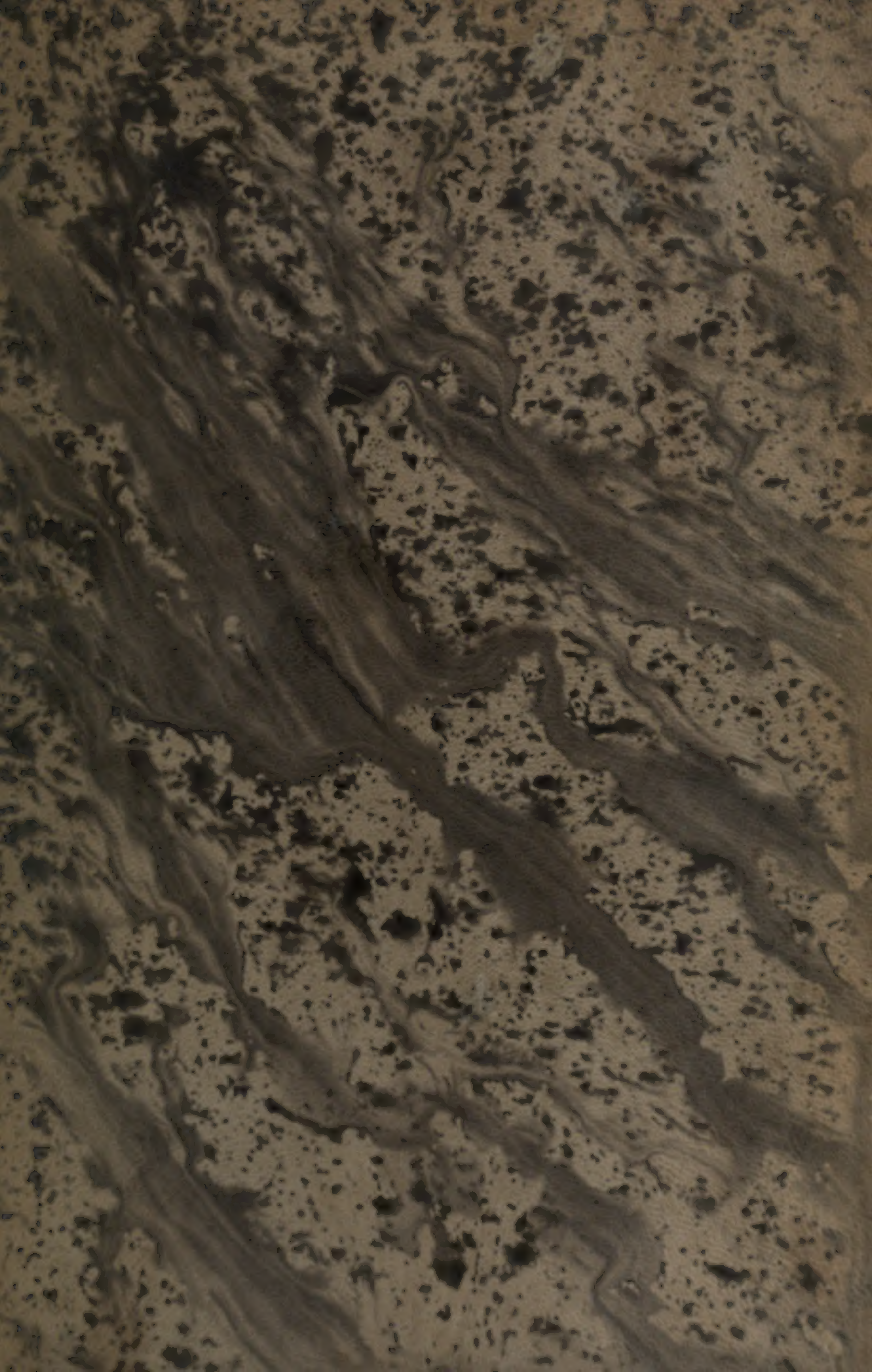
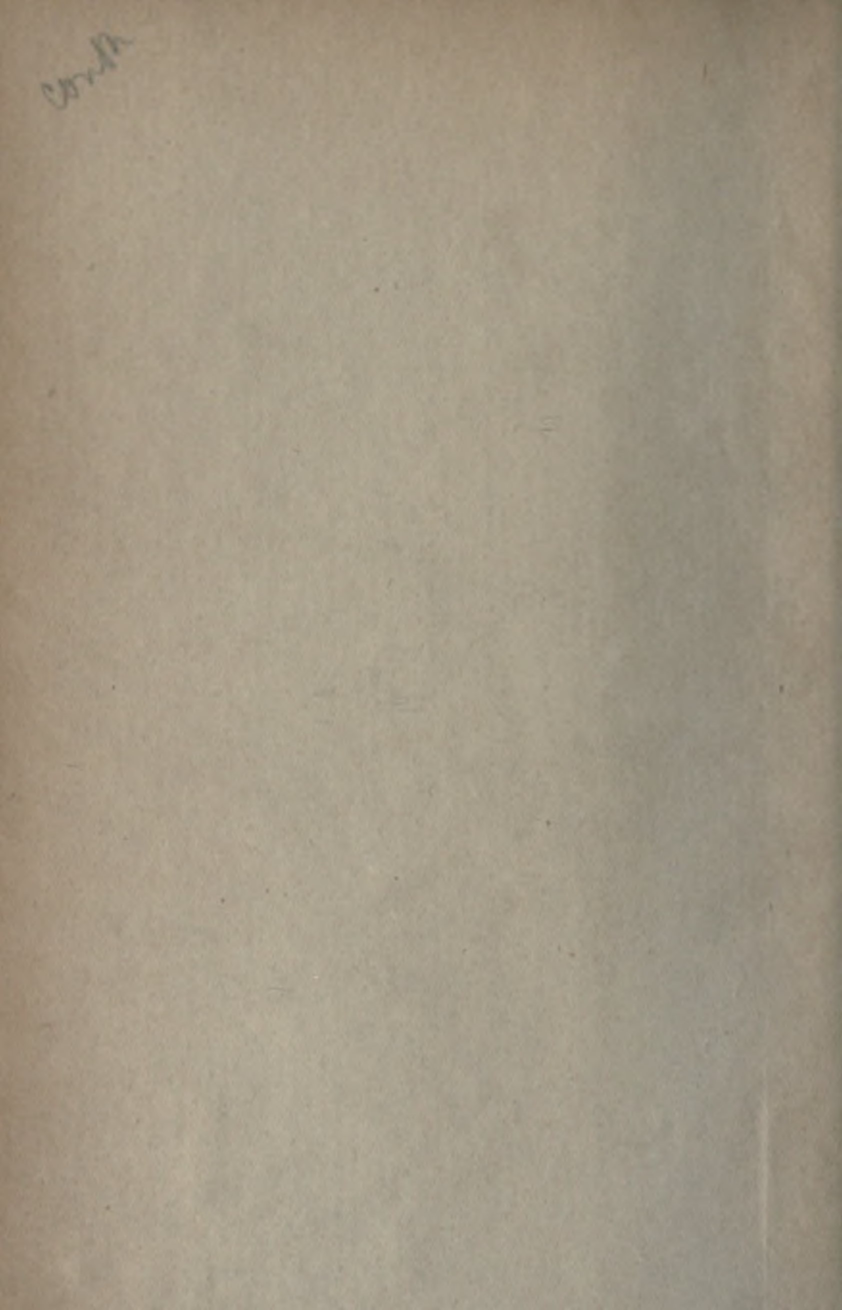








DESENCANTO

OBRAS

DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Apuntes para la historia de la caricatura.
Lázaro. (Casi novela.)
Del teatro. (Lo que debe ser el drama.)
La hijastra del amor. (Novela.)
Ayala. (Estudio biográfico.)
Juan Vulgar. (Novela.)
El enemigo. (Idem.)
La honrada. (Idem.)
Dulce y sabrosa. (Idem.)
Novelitas.
Cuentos de mi tiempo.
Tres mujeres. (Cuentos.) Colección Klong.
Vida y obras de Don Diego Velázquez.—Madrid, 1899.
Castelar. (Discurso de ingreso en la Academia Española.) Madrid, 1900.
Cuentos. (Colección Mignôn.)
Discurso leído en los Juegos Florales de Calatayud.—Calatayud, 1901.
La vistosa. (Cuentos.)
El desnudo en el Arte. (Discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes.)—Madrid, 1902.
Discurso leído en la Academia de Bellas Artes para conmemorar el tercer Centenario de la publicación del *Quijote.*—Madrid, 1905.
Drama de familia. (Cuentos.)
Juanita Tenorio. (Novela.)
Mujeres.
Sacramento.
Desencanto. (Novela.)

LS
P5986

JACINTO OCTAVIO PICÓN
De las Reales Academias Española y de Bellas Artes

OBRAS COMPLETAS

TOMO DECIMOPRIMERO

DESENCANTO



199138
1/12/25

RENACIMIENTO
San Marcos, 42
MADRID

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que manda la ley.

IMPRENTA LATINA. RODRIGUEZ SAN PEDRO, 19. TELEF. 11-26 J.

DESENCANTO

I

Iban a dar las doce de la noche: la estación de Bourg-sur-Mer, precioso lugarcillo francés inmediato a la frontera española, estaba casi envuelta en sombras; mal alumbrada por cuatro faroles de petróleo pendientes de la marquesina, colocados a más que regular altura y demasiado distantes entre sí; tan escasa luz daban, que apenas se distinguían los carteles de colores chillones, pegados al muro, donde figuras de mujeres airosas con enormes sombrillas, guías con chaquetillas rojas y paisajes con grutas, volcanes y jardines, anunciaban balnearios de moda y excursiones con rebajas de precios.

Esperando el tren que iba a llegar estaban dos hombres: el factor, que había dejado en el suelo la linterna, proyectando sobre el negruzco asfalto del piso un vivo resplandor en forma de abanico, y un caballero que con paso rápido, pues hacía fresco, recorría de extremo a extremo el andén.

Ya se impacientaba el buen señor con el retraso

del expreso, cuando sonó lejos un silbido; oyóse luego el traqueteo de los vagones, debilitado por la distancia, como rumor confuso; y por fin, en la curva que a la entrada de la estación formaba la vía, apareció la locomotora lanzando chorros de vapor por los costados e iluminando con los faroles delanteros la doble línea de los rieles que, pulimentados por el roce, brillaban como cintas de acero entre el balasto ennegrecido. Paró el tren casi de pronto y bajóse de él un solo viajero, hombre de poco más de treinta años, elegantemente vestido, el cual, viendo al señor que aguardaba, se dirigió corriendo hacia él, y soltando los bultos que en ambas manos traía, le abrazó repetidas veces.

—¡Don Martín querido!

—¡Luisito! Por fin te has resuelto a venir.

—No pudo ser antes; y crea usted que lo he sentido.

—Y ahora, ¿cuántos días te tendremos aquí?

—Veinte, un mes... lo que ustedes quieran.

—Por mí, figúrate, cuanto más, mejor. Hasta que te aburras.

—Y ¿quiénes están con ustedes?

—¿Quiénes hemos de ser?

—Podían haberse traído algún amigo.

—No; nosotros tres nada más; tu tía, Soledad y yo.

—¡Ah! ¿Soledad? ¿Y cómo están?

—Pues tu tía Salomé, tan gorda, cada día más; hecha un fenómeno; es una verdadera enfermedad; y Soledad, tan guapa; es decir, guapa, hermosa, no;

pero tan agradable, tan simpática como siempre, a pesar de sus extravagancias y genialidades.

—¿Qué extravagancias? Algo he oído de eso, sin darle importancia. Además, harto sabe usted que apenas la he tratado, casi se puede decir que no la conozco; porque no es conocer a una mujer hablarla media docena de veces. Pero ¿qué extravagancias son esas, de qué género?

—Hombre, cosas feas ni indecorosas, claro que no, ni nosotros se lo toleraríamos: lo que hay es que piensa como ninguna mujer; lo dice con una libertad que pasma, y con frecuencia, aunque es muy lista y muy buena, hace lo que no se atreve a hacer ninguna, ¿comprendes? A veces hasta imprudencias.

—Perfectamente; quiere usted decir que para mujer del César no servía.

—Eso que tú dices. Lo que había menester es un hombre de superior inteligencia que dominase, que encauzase su exescivo amor a la libertad.

—Vamos, que asusta.

—Por lo menos, inspira recelo. Así se explica que siendo tan simpática y rica no se case: ya tarda, porque te advierto que, aunque no lo parece, va a cumplir los treinta.

—¿Y cómo se lleva con Salomé?

—Muy bien; primero, por lo admirablemente educada que está; luego porque es de una bondad, de una condescendencia grandísima. La pobre Salomé, como toda persona enferma, es exigente, desigual,

hasta egoísta y desconsiderada; pues Soledad, sin embargo de eso, cada día más cariñosa.

—Se conoce que la quiere.

—No hay idea de eso: mira, aunque esté vestida, ya puesta de veinticinco alfileres, para ir donde más le agrade, como comprenda que hace falta, o que Salomé se aburre, o se entristece, o se queja, pues no va y se queda con ella, tan contenta. La otra noche estaba convidada al cotillón del Casino; se puso que había que verla, porque aquí se visten las mujeres tanto como en Madrid. A Salomé le dio un sofoco de esos que parece que se ahoga; pues Soledad, sin decirnos nada para que no se lo estorbásemos, mandó recado de que no iba: sus amigas vinieron, sin embargo, por ella, y nada, como estaba, hecha un brazo de mar, se quedó haciéndonos compañía. Esto en una mujer es muy raro.

—¡Tan raro! Sobre todo si está en edad de no perder tiempo.

—Me parece que no siente prisa por casarse: es muy particular.

—Lo que veo—dijo Luis hablando lentamente—es que entre los cuidados que exige Salomé y la presencia de Soledad, me expongo a ser molesto en la casa. Dígame usted, con franqueza, ¿le parece a usted mejor que yo me meta en una fonda? Aunque luego almuerce y coma con ustedes casi todos los días... con franqueza.

—¡De ningún modo! En primer lugar, eso daría ocasión a que ella, creyendo que nos quitaba libertad,

quisiera marcharse. Además, nadie ignora que eres el hijo de mi mejor amigo, que he sido tutor tuyo... ¿qué de extraño tiene que vengas a mi casa? Sobre todo, yo hago en ella lo que me acomoda. Y en cuanto a escrúpulos o ñoñeces de Soledad, nada temas. Buena es ella para hacer caso de apariencias, murmuraciones ni habladurías.

—Pues no hay más que decir.

—Ahora... ¿si te da miedo?

—Lo más que puede ocurrir es que me guste demasiado y tenga que salir huyendo del peligro.

—O que te atraiga el abismo, como dicen en las comedias.

—Ese peligro no existe más que en la extrema juventud y de cincuenta para arriba, y yo tengo treinta y cuatro.

—¡Qué equivocado estás! El amor no pregunta a nadie la edad que tiene.

Así hablaban, esperando ya fuera del andén, mientras un mozo había puesto el equipaje de Luis en la delantera del coche que les esperaba, y donde montaron en seguida, arrancando a trote largo los caballos.

Aunque no hacía luna, era tan intenso el resplandor de las estrellas, estaba la atmósfera tan serena, que se veía bien el campo. La carretera, plantada a los lados en toda su extensión de altos plátanos, se dilataba por un llano salpicado de esas casas típicas del Mediodía de Francia, blancas, bajas, con puertas y ventanas pintadas de verde o de rojo, a cuya entrada se alzan algunos árboles y en cuyas fachadas hay

casi siempre anuncios y letreros. Luego, alternando con maizales y praderas, aparecían tapias y cercas tras las cuales, entre grupos de árboles frondosos, se alzaban edificios grandes; las villas edificadas hace medio siglo sin exageradas pretensiones de lujo, pero cómodas, espaciosas, rodeadas de extensos parques; por fin, según se llegaba cerca del pueblo, surgían entre verjas de hierro y muros de piedra labrados a todo coste las construcciones modernas mucho más ricas: unas planeadas con sentido verdaderamente artístico, otras con abominables errores de disposición y ornamentación; todas atestiguando con torreones y cúpulas, azoteas y saledizos, miradores y galerías, de la opulencia y a veces de la extravangancia de propietarios y arquitectos que mediante formas rebuscadas, combinando piedras, mármoles, cementos y ladrillos, antes pretendían ostentar riqueza que buen gusto. Alguna de aquellas fincas que don Martín iba señalando a derecha e izquierda, eran de españoles que así en tierra extraña hacían alarde de sus bienes: derecho innegable de cada cual a gastar lo suyo donde le place, pero que movía a pensar con pena en los viejos solares nativos olvidados, en los palacios señoriales ruinosos que lejos de allí se desmoronan, llevándose al derrumbarse las glorias y los recuerdos del arte y de la historia española. Rara forma del patriotismo: lucir en casa del vecino en vez de mejorar la propia.

Al subir una cuesta, donde por ir más despacio los caballos sonaba menos el cascabeleo de sus collarones,

se oyó lejano el formidable rugido del mar; y en la última línea del horizonte, sobre la negrura del cielo, comenzó a brillar con intervalos breves un resplandor intenso que pronto se desvanecía en el espacio para reaparecer y fulgurar de nuevo como si un secreto mecanismo lo moviese.

—El faro—dijo don Martín—. Estamos llegando.

Minutos después, dejando a un lado el caserío de Bourg-sur-Mer, entraban en un *boulevard* formado por hotelitos nuevos cada uno con su jardinillo, separados únicamente por una verja no cubierta todavía por yedras y otras trepadoras apenas desarrolladas. Como se oyese cada instante más próximo el ronco hervir del mar, dijo don Martín:

—A cincuenta metros la playa. En ella pasa Soledad la mayor parte del día.

—¿Y están habitados todos estos hoteles? ¿Qué gente hay por aquí?

—Casi todos, y por gente *muy mezclada*, como dicen los franceses. Ya verás la prójima que tenemos al lado. No sé si se debía tolerar, pero esto es una república.

—Esas aves, cuando tienen buen plumaje, anidan donde quieren; no era república el París del siglo XVIII ni del segundo Imperio, y jamás han estado mejor.

Paró el coche ante uno de aquellos hoteles; apeáronse, subieron la pequeña escalinata de ingreso y entraron en un saloncito de la planta baja no bien iluminado por una sola lámpara eléctrica colocada en un velador central lleno de libros y periódicos de estam-

pas. Junto de él pasaban la velada Salomé, mano sobre mano en una butaca, y en otra Soledad, leyendo.

La habitación estaba alhajada rarísimamente, pues, sin duda, por extraña mezcla de falta de gusto y sobra de economía, por deseo de aprovechar lo viejo y poco tino en escoger lo nuevo, había su dueño y alquilador intentado hermanar, sin lograrlo, muebles y trastos tan diversos que eran molestia de los ojos; dos grandes sillones tapizados de *reps* verde, ya feos hace medio siglo, ambos con su redondel de *crochet* en el respaldo; sobre la chimenea un *trumeau* con espejo y marco dorado, cuya pintura representaba la decapitación de María Stuardo, y en la pared varias litografías iluminadas, que eran vistas del castillo de Blois; con todo lo cual contrastaban la sillería de moderno estilo inglés imitando caoba, el aparato modernísimo para la luz eléctrica que pendía del techo, una alfombrilla de colores vivos que destacaban rabiosamente sobre el oscuro fondo del entarimado y dos jarrones ridículos de puro modernistas, con tales figuras de mujeres zanquilargas, y flacas, que, según decía Soledad, no se podía poner flores en ellos porque se secaban avergonzadas de semejante compañía.

—No mires nada de esto, que es horrendo—dijo don Martín al entrar—. Si, como pensamos, tomo la casa el año que viene, será con condición de que la amueblen de nuevo o tomaré la que ocupa la *traviata* de al lado, que, según dicen, está muy bien.

Luis, sin fijarse en trastos, se había acercado a

Salomé cogiéndole y estrechándole cariñosamente las manos, y diciendo por galantería:

—¡Si no está usted más gruesa que antes!

En realidad, según lo dicho por su hermano en el coche, la pobre señora era un fenómeno. Había empezado a desarrollarse su obesidad a los quince años, aumentando tan rápidamente a despecho de drogas y tratamientos, viajes y consultas, que a los veinte estaba ya resignada a ser en lo que le restase de vida un estorbo para los demás y para sí propia; como ella decía, un alma ahogada entre carne.

—Eres muy amable—replicó—; dices eso por consolarme, pero nadie me engaña; estoy como nunca. Apenas puedo moverme; no hay escalera que no rechine en cuanto me agarro al pasamanos; han tenido que ponerme la cama casi en el suelo para que me eche sin tener que subirme.

Aumentábase la lástima que inspiraba considerando al contemplarla que a no estar desfigurada por su excesivo volumen hubiera sido guapa.

Tenía las facciones finas, el cutis fresco, a pesar de su edad; los ojos azules, de mirar inteligente y dulce, el pelo rubio y sedoso; atractivos de que sólo se daba cuenta quien la conocía mucho, tomando, en cambio, todo el mundo a chacota su enorme rostro, su ancha espalda y su andar inseguro y casi bamboleante, como si los pies no pudieran con el peso que soportaban.

—Consuélate, consuélate—decía a Luis—del efec-

to que yo causo mirando a ésta; yo soy un susto, pero ¡vaya una indemnización para los ojos!

—Por Dios, tía—dijo Soledad—, no me me avergüence usted; ni está usted tan grueso, ni valgo yo tanto.

Algo exagerado fué el elogio. Soledad no era de las que a primera vista entusiasman, sino de las que, tratadas, cautivan. Aunque tenía treinta, apenas representaba veinticinco. Sus encantos físicos no bastaban para enloquecer a nadie. Era pequeñita, la tez algo pálida, el pelo castaño oscuro, azules los ojos; tipo de mujer como hay muchos que al paso en la calle ni atrae por bonita ni por fea desagrada; lo mejor, las manos y los pies, que se cuidaba mucho, yendo mientras podía sin guantes, y siempre admirablemente calzada. Para vestirse tenía refinado gusto, sabiendo escoger en formas y colores lo que mejor le sentaba. Sus verdaderas armas eran el carácter, el genio, la educación, conjunto de cualidades que formaban su modo de ser altamente simpático. Momentos había en que, por las inflexiones de la voz y la dura fijeza que adquirían sus ojos, autorizaba la sospecha de que antes pecase por exceso de energía que por sobra de ternura; mas para ello era preciso que se viera injustamente contrariada; lo perpermanente de su condición eran la mansedumbre y la bondad. Además, se distinguía por la ausencia de coquetería; es decir, nunca procuraba ser galanteada ni admirada; no buscaba el tributo de la lisonja ni el halago del requiebro; pero quizá por esto

mismo, cuando comprendía que un hombre quedaba bien impresionado por su afabilidad, por su inteligencia, su gracia y su elegancia; si se le elogiaba el pelo, el pie y la mano, que era lo más bonito que tenía, y no lo ignoraba, entonces, visible y sinceramente satisfecha, el contento se le retrataba en el rostro, animándosele ojos y boca con una sonrisa de singular hechizo que casi la embellecía, haciendo pensar a quien la miraba que aquella mujercita de aspecto vulgar, a imagen de esas florecillas modestas que dejan la mano impregnada de perfume intenso, llegada la ocasión había de sentir con alma grande y ser excelente pagadora del amor que inspirase.

No quiso Luis cenar, aceptando solo una taza de te con galletas que Soledad ayudó a servirle, en tanto que él, por pura amabilidad, decía:

—Esto sí que es miel sobre hojuelas. Verles a ustedes y además encontrar aquí a esta señorita; ya hacía tiempo que no tenía el gusto de verla.

—No paso en Madrid más que la primavera y el otoño, que es cuando creo que hace usted sus viajes a París: no podíamos encontrarnos.

—Crea usted que por mi gusto allí pasaría todo el año. En España no se puede vivir.

—No estamos conformes—repuso Soledad sin acritud, pero expresando claramente opinión contraria, y añadiendo—: París... un mes al año, y todos los años. Pero vivir, donde uno ha nacido.

—Mire usted que para los hombres, con dinero, ¿eh? París es la gloria.

—Es que yo creo que los hombres, por ricos que sean, tienen ustedes algo más que hacer que limitarse a disfrutar de la vida. Digo, yo, si fuera hombre, aunque me divirtiese mucho, aunque tuviese una gran fortuna, y precisamente por tenerla, me consideraría obligado a algo que redundara en provecho de mi país. La verdad, quejarnos de atraso y venir al extranjero nada más que a gastar y pasarlo bien...

—¿Pues, a qué quiere usted que vengamos?

—A pasarlo bien, desde luego; pero estudiando lo bueno que haya para aprovecharlo en nuestra patria.

—¡Ah! ¿Es usted patriota?—preguntó él con algo de sorna.

—Sí, señor—repuso ella con cómica seriedad—; no patriota para entusiasmarme porque las gentes salgan a la calle dando vivas con cualquier pretexto, pero patriota en otro sentido.

—Explíquese usted. Quisiera saber cómo entienden el patriotismo las señoras que precisamente compran ustedes aquí o de aquí gastan cuanto llevan encima.

—Yo se lo diré a usted, sí señor; he pensado mil veces en ello. Compramos aquí todo eso, porque los señores hombres que dirigen la vida del país no hacen nada para que lo podamos comprar allí.

—Vuelve por otra—dijo Salomé riendo.

—A ver, a ver.

—No, no se burle usted, que yo no sé discutir bien; pero ¿no hay sedas buenas en Valencia, por ejemplo?

¿No se fabrican paños en Cataluña? ¿No hay vacas en la Montaña y las Provincias Vascongadas? ¿Pues qué hacen ustedes para que en Valencia se aprenda a tejer y teñir como en Lyon, ni para que los paños catalanes, que dicen ustedes que un traje se estropea en cuanto se moja, sean como los ingleses, ni quién ha procurado que la manteca pasiega tenga el sabor que la de Normandía? En cuanto a las cosas que nos ponemos nosotras, ¿qué gusto van a tener las pobrecitas modistas de nuestra tierra, que no han visto, que no han aprendido? Por lo general hacen unos esperpentos horribles; pero crea usted que si viniesen a aprender aquí, otra cosa sería. ¿No van los médicos a Alemania y los artistas a París y a Roma?

—¡Ha hecho usted un discurso! ¡Buenas picardías aprenderían las modistas españolas si fuesen a estudiar a París! ¡Pobres de nosotros!

—Eso es echar las cosas a broma. Además, para que las mujeres hagan picardías no han menester salir de su tierra: basta que ustedes, los hombres, en vez de educarlas para que aprendan a vivir y defenderse, las dejen ignorantes y sin defensa... Viven miserablemente... Eso es lo que a ustedes les gusta; y cuando está desesperada entonces sale el caballero que la protege... si es bonita; y si no... se pone a servir... o se muere de hambre.

—¡Es usted una socióloga!

—Nada de eso: no hablaré de lo que no entienda. Lo que le aseguro a usted es que cuando doy treinta duros o cien francos a una madama de estas por un

sombrero, me cuesta un disgusto, porque con más gusto se los daría a una de mi tierra.

—Pues yo no me preocupo de eso. No hemos de remediarlo. Vivir y gastar donde se está bien: esta es mi teoría.

Continuaron charlando un rato, sin decir cosa digna de pasar a la historia, mas siendo de notar que entre las vulgaridades de uno y otro había esta diferencia: las de ella eran las propias de una mujer que pretendía hablar con buen deseo de algo que no dominaba; las de él, además de ignorancia, revelaban la indiferencia y el egoísmo del hombre que se considera con derecho a gozar de la vida sin molestarse en procurarlo.

Don Martín había cogido un periódico; la enorme Salomé, que, arrellenada en su butaca, estaba casi dormida, se despabiló al dar una cabezada, diciendo:

—Me voy a la cama.

Soledad, al mismo tiempo que daba las buenas noches a Luis, la ayudó cariñosamente a levantarse, y se retiró acompañándola. Don Martín se despidió también, y cada cual se recogió a su cuarto.

No inspiró Soledad a Luis aquella noche el menor interés; le pareció de vulgarísima figura, vestida con gusto, eso sí, y sobre todo algo marisabidilla; nada más.

Ella, mientras se acostaba, pensó que Luis debía ser uno de tantos, sin personalidad, del montón; ni intelectual ni acaso moralmente tenía trazas de valer gran cosa, y era lástima, porque en lo físico re-

unía los atractivos que más pueden agradar a una mujer: era lo que se llama un buen mozo; alto, de aspecto sano y vigoroso; guapo, sin sombra de afeminamiento; muy moreno, sin llegar a cetrino; negros el pelo y la bien cuidada barba, y los ojos, si no tan expresivos que hablaran solos, lo bastante animados para que no pareciera tonto; gallardo de cuerpo y elegante sin afectación, por lo menos de los que saben elegir sastre.

Sin quedar prendada de él ni desvelarse con su recuerdo, le consideró mentalmente como uno de esos hombres a quienes cualquiera mujer de buen gusto puede dar el brazo, complaciéndose en ello y siendo envidiada de otras.

II

Don Martín y Luis daban a pie grandes paseos; Soledad, aunque se lo censuraban, gustaba de irse sola a recorrer los contornos o acompañaba con frecuencia en coche a Salomé, sin que le molestara en lo más mínimo lo que llamaban la atención por el extraordinario volumen de la pobre señora. De noche los hombres iban un rato al Casino o a la estación a ver la llegada del exprés; ellas se quedaban leyendo una y otra dormitando. Durante las comidas, Salomé, como desquitándose instintivamente de los largos ratos que permanecía sola en forzoso silencio, charlaba mucho con Luis; así que éste, desde que llegó, casi no volvió a tener ocasiones de hablar con Soledad, ni había nada que le impulsase a buscarlas. Por lo poco que ella intervenía en los diálogos seguía pareciéndole una mujer pasable, que se vestía bien y que decía cosas raras.

Soledad iba afirmándose en la idea de que ni Luis había inventado la pólvora ni se caía de bueno; pero al mismo tiempo se complacía en mirarle cuando nadie podía notarlo; y como él, salvo la cortesía, no

daba la menor señal de pretender agradarla, comenzó también a sentirse ligeramente mortificada en su amor propio de mujer, barruntando con cierta amargura si acaso sus treinta años la privarían ya de todo encanto.

Una mañana, faltando mucho para la hora de almorzar, volvía Luis de comprar periódicos, cuando al abrir la verja del jardinillo que rodeaba el hotelito se topó con Soledad, que vestida de piqué blanco, primorosamente calzada, un libro en una mano y en la otra una enorme sombrilla de seda roja, se dirigía a la playa.

—¿Qué es eso?—dijo él—. ¿Tan temprano salen ustedes?

—Salgo. A la playa hasta que almorcemos. Como casi todos los días.

—¿Sola?

—¿Por qué no? A la tía no le gusta salir temprano. Yo me siento allí, y si no encuentro compañía que me agrade, leo, y si la encuentro, me dan conversación.

—¿Y va usted sola?

—Naturalmente. No soy niña.

Luis vaciló un momento y en seguida dijo:

—¿Me permite usted que la acompañe?

—¿Por qué no?

En la playa, a la sombra del establecimiento de baños y bajo la que proyectaban muchos y grandes quitasoles de lona listados de rojo y blanco, clavados y sujetos al suelo con cuerdas tirantes como las tien-

das de campaña, había muchísima gente: grupos de señoras vestidas casi todas de blanco; hombres que las miraban con más o menos disimulo o sin ninguno; amas de cría y doncellas que por ropaje y tocados mostraban su origen español o francés; multitud de niños, los más descalcitos, unos metiéndose en el mar hasta media pierna para llenar sus cubos de juguete, sin cuidarse de las llamadas y gritos de las madres; otros haciendo con manos y palas zanjas y montoncitos de arena, que las olas primero desbarataban al extenderse avanzando rápidamente, y luego acababan de destruir arrastrando en la resaca millones de piedrecillas. Por tablones puestos desde la bajada del establecimiento hasta cerca del agua, mal cubiertas con capas de hule o telas de secar, bajaban y subían las mujeres en traje de baño, calzadas unas con alpargatas o sandalias, otras descalzas, mostrando los pies deformados por la opresora manera de calzarse, privadas todas del encanto del pelo por las gorras y pañuelos en que, para no mojárselo, se lo envolvían. Mezclados y confusos oíanse los chillidos infantiles, las voces de los grandes, el pregonar de los vendedores de bollos y periódicos y las risas de las señoritas requebradas, mientras un mendigo de melenas grises con pretensiones de artista arrancaba a su violín una popular melodía italiana que, pareciendo cursi a los jóvenes, acaso evocaba recuerdos dulcísimos en el alma de los viejos. El agudo silbido de una lancha de vapor convidaba a pasear por la bahía, y dominándolo todo resonaba con implacable

tenacidad el rumor eterno del oleje al quebrarse en la rompiente. A lo lejos, descollando sobre un pequeño promontorio, entre *chalets* cercados de pinos y tamarindos, se alzaba el faro; resplandecía con todo su magnífico poder el sol de agosto, y en la postrera línea del horizonte, desvaneciéndose en la limpidez de la atmósfera, una nubecilla de humo larga y ondulosa marcaba el paso de un buque manchando el azul cobalto purísimo del cielo.

Soledad y Luis bajaron las escaleras que había desde el establecimiento hasta el arenal, y escogiendo sitio se sentaron algo apartados del grueso de la gente.

Quien tenían más cerca era una mujer sola, muy joven, rubia, hermosísima, aunque demasiado grande: estaba primorosamente vestida de color de rosa, con desprecio de la moda, que por entonces había impuesto lo blanco, y sentada, si no precisamente en postura llamativa ni atrevida, con un poco de estudio; la silla muy hincada en la arena, algo echada hacia atrás, el brazo derecho apoyado sobre el respaldo, ladeándolo de modo que los palitroques de éste no ocultaran su talle, y en el travesaño de otra silla los pies, que asomaban bajo la falda no tanto que pareciesen ofrecerse a la mirada ni tan poco que hubiera de buscarlo. Sobre el regazo tenía un saquito de piel blanca y un libro donde a ratos leía, sin que al parecer le interesara gran cosa.

Soledad y Luis la miraron a hurtadillas: éste por la figura; aquélla por la figura y por el traje. La obser-

vada permaneció inmóvil, modestamente caídos los párpados, como quien siente que le están examinando de alto a bajo.

—Muy guapa, ¿eh? Es nuestra vecina—dijo Soledad bajito.

—¿Vecina nuestra? ¡Ah! sí—contestó Luis recordando que al salir de la estación, el día de su llegada, don Martín le habló de ella—. Ya sé, la del hotel inmediato al nuestro.

—Es encantadora, aunque un poco grande; en cambio se viste que va hecha un primor.

—Pero a la legua se conoce que no es trigo limpio.

—Algún pícaro habrá tenido la culpa—replicó rápidamente Soledad.

—¿Supone usted...?

—¡Siempre! De cuanto bueno y malo hacemos nosotras, son ustedes causantes o responsables.

—Y viceversa.

—Cabal; pero las mujeres no solemos causar daño sino cuando estamos apasionadas, y ustedes lo hacen por gusto, hasta por vanidad y amor propio.

—De modo que usted imagina que cada una de estas...

—Es el resultado de la maldad de uno de ustedes. Pero déjese usted ahora de discutir y mírela usted... ¡Qué pelo!... ¡Qué boca!... ¡Los pies, monísimos!

—Verdad que sí; sabe usted juzgar. Nunca he

visto que una mujer haga notar de ese modo los encantos de otra.

—Es hermosísima, y como fina y de aspecto elegante aquí no hay nada que se le pueda comparar. Y tiene cara de buena.

La interesada, que, a juzgar por la cara que puso, indudablemente comprendía el español, no logró contener una sonrisa de satisfacción al oir las últimas palabras del diálogo pronunciadas por Soledad; mas no alzó los ojos del libro.

—Crea usted—prosiguió Luis—que, en general, esas mujeres son malas.

—Hombre, en cierto sentido claro que no son buenas; y sin embargo, una cosa es vivir de esa manera desdichada, y otra muy distinta ser capaz de buenos sentimientos.

—Las señoras, las señoritas honradas, sobre todo, no pueden ustedes hablar de eso.

—Claro que nos faltarán datos...; tenemos que ignorar muchas cosas..., y, sin embargo, no se hagan ustedes ilusiones, todas con el corazón o con la cabeza juzgamos de todo.

—No habrá muchas tan indulgentes como usted.

—Verdad que no; y es que a mí se me figura que por impulso propio casi todos, hombres y mujeres, seríamos buenos: el prójimo es el que nos echa a perder.

—Créame usted: estas individuas son lo más peligroso de ese prójimo; no les tenga usted lástima.

—Pues me la inspiran grandísima.

—Debía usted formar parte de una de esas juntas que hay para evitar la trata de blancas.

—A las solteras, aunque sean de mi edad, no nos meten en tales cosas. La soltera, oficialmente, no sabe que hay eso, no está bien que lo sepa; se entera cuando ya no tiene remedio.

—Vaya, vaya—dijo Luis sonriendo—, estamos en terreno resbaladizo.

—Como usted quiera. Hablemos de chismes de sociedad o dígame usted galanterías; con nosotras no hay otra conversación, porque supongo que no querrá usted hablar de modas.

—Con la gente que aquí veo no faltará motivo de conversación.

—¿Le gusta a usted la murmuración?

—Según; ahondar mucho en vidas ajenas, no, no me gusta; nadie me interesa bastante para eso; ahora, comentar lo que se dice y aun divertirme un poco con ello, sí, es muy socorrido; además, se entera uno de todo y evita tratarse con quien no conviene...

—Yo creo—le interrumpió Soledad—que aceptar o rechazar a las personas por lo que cuentan de ellas, le hace a uno incurrir en grandes injusticias...; para no ser injustos hay que tener manga ancha.

—Nosotros, los hombres, pase; ustedes, ya es diferente. Cuando de una mujer, por ejemplo, se dicen o se saben ciertas cosas, lo mejor es no tratarla, no autorizar lo que se sospecha que está mal.

—Le diré a usted: cuando de esas cosas está uno absolutamente seguro, tiene usted razón; lo grave es

que rara vez se saben bien. En los matrimonios desavenidos por ejemplo, ¡cuántas veces se ignora de quién es la culpa! Las apariencias condenan a uno o a otro; pero fallar de plano, decir con fundamento éste o ésta ha hecho bien o ha hecho mal..., casi nunca se puede.

—Por eso hay que conformarse con la opinión que le dan a uno hecha.

—¡Qué horror!—exclamó Soledad—. Eso sí que es exponerse a las mayores injusticias... y abdicar uno de su propio criterio. Con ese sistema, ¿qué diré yo?, hasta la calumnia hay que aceptar.

—No digo semejante cosa.

—La opinión que le dan a uno hecha puede ser perversa, infame, equivocada.

—Tampoco vamos a pasarnos la vida investigando los móviles del proceder ajeno: y el calumniar no es frecuente; lo que hay es que se acogen con más o menos facilidad ciertas habladurías.

—Total, igual; a mí me parece que se calumnia cuando se repite lo malo que se dice de alguien, mientras no consta que sea verdad.

—Según ese criterio tendrá usted que transigir siempre y tratar a todo el mundo .

—No, señor; podrá bastarme en muchos casos, por ejemplo, para no trabar amistad con una señora, o hasta para romper con ella, lo que me digan de su conducta personas formales, serias, que sepa yo que son honradas de verdad; pero, así, por habladurías, chismes y cuentos, por meras apariencias, de nin-

gún modo. ¡Quiá!, no, señor..., y en lo grave, en lo fundamental de la vida... verá usted lo que le digo.

—Lo que veo—dijo Luis tendiendo en torno la mirada y observando que ya no había casi nadie en la playa—es que debe de ser hora de almorzar, y nos vamos quedando solos.

—En lo de almorzar tiene usted razón; ¡pobre Salomé! ¡cómo estará!; en lo de quedarnos solos no le dé a usted cuidado, que a mí no me da ninguno.

—Señal de que no hay persona determinada a quien pueda usted desagradar aceptando compañía—dijo Luis en tono de broma.

—No la hay, no; pero si la hubiera ya la habría yo escogido de modo y dándome a conocer tan bien que no le importase.

—Es pedir mucha confianza.

—A mi modo de ver, la necesaria; como que cierto sentimiento, a que usted parece aludir, sin confianza..., pues ya no es *eso*.

Echaron a andar hacia el hotel, guardando silencio unos minutos, como quien instintivamente procura darse cuenta de las impresiones que en la conversación recibe y de las que causa. Luis se decía que pocas señoritas pensaban tan libremente, o por lo menos no lo dejaban adivinar, y esta libertad le disgustaba; pero en el modo de expresarla no hallaba cosa censurable. Lo que principalmente sentía era cierta molestia, casi un poco de humillación al observar que una mujer era capaz de más valor de conciencia y es-

píritu de justicia que él para considerar las cosas de la vida.

Soledad se afirmaba en su idea primitiva de que Luis era un hombre vulgar, y, sin embargo, su tipo, su figura, su voz, hasta la manera que tenía de vestirse, le agradaban sobremanera; y concretando el juicio que de él formaba, se decía: «¿Qué tendrá?..., no vale gran cosa y me complace estar con él... ¿Le gustaré yo?» Viéndole a su lado andar gallardo, pisar firme, lleno de vigor y gentileza, llevando la ropa y moviéndose con natural elegancia, comenzaba a percibir la sensación contradictoria, molesta, de confesarse atraída por un hombre que estaba a cien leguas de valer lo que ella había soñado siempre que valiese el que la llamara suya; y se daba cuenta, temerosa de caer en semejante aberración, de cómo mujeres muy inteligentes pueden enamorarse de hombres indignos de ellas.

Llegaban cerca del hotel cuando, rompiendo el silencio, para ambos enojoso, pues cada cual temía que el otro le adivinara el pensamiento, dijo Luis:

—El pueblecillo este es precioso; se está bien y se come admirablemente; pero, la verdad, una mujer como usted aquí debe de aburrirse mucho.

—No sé lo que es eso—contestó Soledad casi riendo—; suelo estar triste; aburrirme, nunca; son dos cosas muy distintas. El aburrimiento es una especie de estupidez en que cae el alma cuando es incapaz de sentir o de pensar. Y ¿quién el que no tiene algo en su vida, algo con que entristecerse o alegrarse?

Casi estoy por decir que el aburrimiento es una manera de egoísmo; a aquel a quien se aburre no le importa nada de nada, porque le faltan ideas y sentimientos.

—¡Es usted casi filósofa y se divierte usted fácilmente!

—Poco hace falta para filosofar, según usted. Y sobre todo, yo no he venido aquí a divertirme, sino por acompañar a tía Salomé.

—Es obra de caridad, porque la pobre está imposible; esa sí que debe aburrirse, aunque usted no lo crea.

—No se aburre, sufre; ya ve usted: una mujer que dista mucho de ser vieja; ¡cuántas a su edad presumen y coquetean! tan inteligente, tan buena, guapa, porque inflada y todo, aún se le conoce lo delicado de las facciones, tan rica...

—Sí—interrumpió Luis—, tan rica como su hermano.

—¡Mucho más!—replicó Soledad—. ¿No ve usted que el otro hermano, el mayor, se lo dejó casi todo a ella?

—No lo sabía.

—Cuanto tenía o cuanto pudo. Reune más renta que Martín.

A Luis, que escuchaba con la mayor atención, le asaltó entonces una idea, mezcla de sucia sospecha e incipiente codicia: primero, con la rapidez del pensamiento, imaginó que tal vez Soledad fuese con Salomé solícita y cariñosa por interés, con esperanza

de heredarla; y en seguida se dijo que si ello sucediera bien se podría transigir con su libre modo de apreciar la vida, su desparpajo y su desenvoltura.

—Sí—repitió Soledad, incapaz de adivinar lo que discurría aquel hombre—; riquísima y sin poder disfrutar de nada. Como la gordura llegada a ese extremo resulta ridícula, nadie quiere ir con ella, nadie la acompaña, no hay amiga que se atreva a estar con ella en un palco...; ella, aunque a veces lo echa a broma y hasta dice que se la puede llevar a una feria y enseñarla en una barraca por dinero, tiene días amargos. Conmigo se distrae mucho... Ya ve usted que no hago nada de más.

Luis la oía con ganas de sonreir maliciosamente, porque casi le parecía natural que obrase sólo por cálculo; poco faltó para que lo diese a entender con alguna broma; por fortuna para él, supo callar. Además, quizá contribuyese a su silencio cierta clase de prudencia bastarda, pero instintiva en el hombre cuando en las honduras de su pensamiento comienza a fraguar algo que le halaga o le conviene.

Al llegar al hotelito advirtieron que en una de las ventanas estaba asomada Salomé, la cual, al verles, dirigiéndose a Soledad, gritó más bien que dijo:

—Oye, nena, para almorzar falta un rato, y Martín no ha vuelto. Bien podrías hacerme el favor de llegarte hasta la *rue* Thiers y traerme unos pastelitos de los que me gustan; anda, monina.

Hizo Soledad signo de asentimiento con la gentil cabeza, y mirando a Luis, dijo:

—Vamos a la pastelería; está muy cerca.

Echaron a andar, y a los pocos pasos preguntó él en broma, quitando con la entonación importancia a las palabras:

—¿De modo que a usted la tiene sin cuidado que nos vean juntitos?

—Juntitos, no—repitió ella con extraordinaria viveza—; querrá usted decir juntos, porque no es precisamente lo mismo. Con usted o con otro, ¿qué más da? No me importa que me vean con alguien o que me censuren porque voy a veces sola. A lo que no he de dar lugar es a que me vean mal acompañada.

—Es usted un espíritu independiente.

—Cabal. Y en cuanto a lo de ir sola, ¿no es ridículo que una mujer de mi edad, porque le supongo a usted enterado de que tengo treinta, vaya con una *demoiselle* alquilada o con una pobre vieja de esas que en ciertas ocasiones estorban y en otras no dan respeto?

—Como no hay costumbre...

—Pues cuando las costumbres son tontas se rompe con ellas. Vamos a ver, ¿por qué las mujeres que están en mi situación, casi sin familia o con padres muy viejos que no salen a la calle, van con una acompañanta o cosa parecida? Para que se suponga que no hacen nada indecoroso, que están custodiadas, ¿no es verdad?

—Ciertamente.

—Para inspirar confianza; para que los hombres, y

sobre todo las amigas, no crean que podemos hacer mal uso de la libertad.

—Así es.

—Pues me parece una solemne majadería; porque una pobre mujer a quien se paga tanto o cuanto al mes, poco más que a una doncella, ¿qué autoridad ha de tener para evitar nada? Irá donde la lleven o esperará donde le digan y tapará lo que le manden tapar; y no digo que callará, porque eso es muchísimo más difícil. Y lo que le afirmo a usted es que yo no haría nunca caso de un hombre que no tuviera en mí plena confianza.

—Es usted admirable: lo malo es que los hombres no piensan así.

—Lo que soy, es franca. Las muchachas, las solteras que ve usted por esas calles, muy elegantes, con una señorita mal pergeñada, de diez o veinte duros al mes, o con una señora entrada en años que parece media pareja de guardia civil, ¿sabe usted lo que piensan, aunque no lo digan? Si son buenas y discretas, soportan la supuesta vigilancia a regañadientes, porque saben que su virtud no necesita centinela, y si son ligeras de cascos, entonces no se paran en barras: lo que hacen es convertir en cómplice, por lo menos en encubridor, a ese mismo centinela.

—Repito que es usted admirable... y no me convenzo.

—Sea usted sincero; lo que le parezco a usted es atrevida. Pero dígame usted: ahora, por ejemplo,

voy a la pastelería y usted me acompaña, ¿qué mal hay en ello? ¿De qué pueden murmurar?

—Verdad; en muchísimos casos la cosa más inocente del mundo; en otros... Suponga usted que yo... es decir, yo, no, pero alguno que se viera en mi caso, podría aprovechar la ocasión para hablarla a usted como quisiera, como se le antojara.

—Y yo le escucharía a usted, o al que fuera, lo que debiera escuchar; pero en cuantito que se extralimitara tanto así—y con el pulgar de la mano derecha, haciendo un ademán muy gracioso, señaló la uña del meñique—le contestaría de modo que no le quedaran ganas de acercárseme en toda su vida.

—¿Dejaría usted de tener un disgusto?

—¿Yo? ¿Por qué? Se lo daría yo a quien me faltase al respeto. Demasiado saben ustedes, los hombres, que las insolencias o las cosas feas no se les dicen más que a las mujeres que las toleran. A mí nadie me las ha dicho nunca.

—Es que puede haber cosas que, aun no siendo insolencias, sino simplemente expresión de aspiraciones, de deseos... en fin, ciertas osadías disculpables, naturales, que una señorita no debe... vamos, ya me comprende usted.

—Según como sean esas aspiraciones y esas osadías; harto conoce una la clase de sentimiento que inspira, lo que puede aceptar y lo que debe rechazar. Desconfíe usted de las asustadizas.

—¿A quiénes llama usted asustadizas?

—A las que por simpleza natural o por cálculo o

coquetería, que es peor, se escandalizan fácilmente. Si lo que a la mujer le conviene es que el hombre hable, que hable mucho...

—Y se comprometa.

—... que muestre todo lo que lleva dentro; así se le conoce y se le toma cariño, si lo merece, o se le desengaña a tiempo, según lo que vale.

—Lo cual quiere decir que usted no haría caso a nadie sin...

—Sin enterarme antes perfectamente de lo que valiera quien me hablase en cierto sentido.

—¿Y le han hablado a usted así muchas veces?

—Es usted curioso—dijo ella entrando en la pastelería, a cuya puerta habían llegado.

Compraron los pasteles y emprendieron la vuelta callados ambos. Cuando ya estaban cerca del hotel, dijo Luis:

—No me ha querido usted confesar si ha tenido usted que hacer esa clase de estudios.

—¿Cuáles?

—Esos a que se refería usted para saber lo que valía quien... quien le haya hecho el amor. Porque no pretenderá usted persuadirme de que no ha tenido usted nadie que la quiera, y tal vez a quien haya querido.

—Lealmente: gustar, sí, señor, a algunos he gustado; quererme, estoy segura de que ninguno me ha querido, ni yo he llegado tampoco a interesarme gran cosa. ¿Está claro?

—O la habrán querido a usted sin que usted acertase a comprenderlo.

—En eso, amigo mío, es muy difícil equivocarse. Bien se da una cuenta de todo: de la verdad, de la mentira, de lo que nos dicen por lisonja, por cálculo, por lo que sea.

—Pues a mí no me cabe en la cabeza, viéndola y escuchándola a usted, que no la hayan amado de veras. Será usted muy difícil de contentar.

—Acaso tenga usted razón. Es decir, lo que a mí me ha pasado ha sido... pero qué tonterías estamos hablando...; en fin, la cuestión es pasar el rato... entretenerse.

—Bueno; si todo esto es pura broma... corriente; mas lo que yo quiero es que usted me diga lo que me iba a decir.

—¿Qué? —preguntó ella con uno de esos mohines femeninos llenos de encanto.

—Ha estado usted a punto de tener un arranque de sinceridad, de confianza, y se ha vuetlo atrás.

—¿Pide usted que lo tenga? Lo tendré. Novio, verdadero novio, un hombre que se haya propuesto ser mío, y a quien yo haya jurado ser suya... ese está por venir.

—¡Inverosímil! ¡Parece mentira!

—El Evangelio.

—Explíquemelo usted, porque no lo comprendo.

—Muy sencillo: primero, como no soy hermosa, y además no soy pobre, desconfío mucho.

—¡Ah! ¿No se considera usted hermosa?

—¿Es que va usted a caer en la vulgaridad de lisonjearme? Déjeme usted acabar; segundo, no he tenido novio, porque aunque algunos me han pretendido y hasta les he hecho caso, nunca he dejado llegar las cosas a cierto punto. Me explicaré.

—No puede haber nada más interesante.

—¿Se burla usted? No importa; sépalo usted de una vez: cuando he comprendido que estaba comenzando a querer; cuando he creído que me amaban, he hecho todo lo posible por conocer a fondo al hombre que me cortejaba, sin arredrarme ante la posibilidad del desengaño, y porque él me conociese a mí... y he comprendido que él o yo habíamos salido mal de la prueba; que uno de los dos se equivocaba... Muy amargo, ¿verdad? pero muy sano. Y jamás he consentido en pasar adelante. Ni engañadora ni engañada. Mientras no me salga al paso un hombre a quien yo crea digno de mi cariño y no me persuada de que realmente le amo... soltera me quedaré. Con lo que tengo fundo media docena de camas en un hospital, y me entierran con palma. ¿Quiere usted más sinceridad?

—Para que esto último sucediera sería preciso que no tratara usted más que con hombres sin talento ninguno.

—¿Por qué?

—Porque los que tengan entendimiento, pronto comprenderán lo que usted vale.

—Gracias por la lisonja.

—No es lisonja, es que me sorprende que diga usted tan claramente las cosas.

—Sincera, sí, lo soy. Le aseguro a usted que nunca, en ningún caso, trataría de engañar fingiendo cualidades que me falten ni cobraría cariño a un hombre a quien no conociese a fondo; yo no le ocultaría nada de mi alma ni de mi vida, y le exigiría lo mismo; habíamos de saber ambos lo que era capaz de hacer uno por otro. No concibo que se llegue al verdadero amor y al matrimonio de otro modo.

—Discurre usted que es un encanto; pero tomando así la vida, tan en serio, dando a todo tanta importancia, los desengaños son feroces.

—En cambio, tienen la ventaja de ser oportunos y salvan de otras cosas peores. Total, que casi le he dado a usted una conferencia; no habíamos de hablar de modas ni de política.

Estaban de regreso ante la verja del hotel. Durante el almuerzo hablaron poco; Martín y Salomé sostuvieron el diálogo. A Luis seguia mortificándole el convencimiento de que aquella mujer tan independiente, resuelta y franca, había de considerarle sujeto a vulgares preocupaciones e incapaz de comprenderla; y con cierto rencorcillo vanidoso decía para su capote: «Ya te cortaría yo las alas.» Por su parte, Soledad estaba disgustada de sí, temiendo haber hablado con exceso y al mismo tiempo sintiendo un deseo intenso, inmoderado de haberle parecido bien, que no había experimentado con relación a nadie.

III

Transcurrieron muchos días. A partir de aquella mañana, Soledad esquivó prudentemente al hablar con Luis que la conversación tomara carácter de intimidad o confidencia. Siguió, como era su costumbre, saliendo sola y no cuidando nunca de disfrazar sus pensamientos por vanos respetos al prójimo; mas cuando Luis procuraba ir con ella, si cortésmente podía, lo evitaba, y por la tardes hacía que las amigas con quienes paseaba vinieran a la misma puerta del hotel. Obraba como si temiera intimar con aquel hombre, y en cambio, sin darse cuenta, comenzó a poner minucioso esmero en el modo de vestirse, escogiendo en formas, colores y detalles de tocado y adorno lo que más le favorecía; hasta hizo tentativas para variarse el peinado, que es en ciertos casos la mayor señal de preocupación que puede dar una mujer.

Salomé, que hablaba frecuentemente con Luis y no tenía pizca de tonta, tardó poco en advertirlo; observándola, se convenció de que acertaba, y desde entonces, tras de pensarlo mucho, se fué preparando a

intervenir en aquella situación que juzgaba grave para su sobrina.

Tres semanas después de lo narrado, a las altas horas de la noche, Soledad, encerrada en su cuarto, muy seria, muy triste y con señales de haber llorado, concluía de releer, como para cerciorarse de que había expresado bien sus pensamientos, una larga carta que acababa de escribir a una amiga. La carta, fiel reflejo de su estado de ánimo, decía así:

«Bourg-sur-Mer, 28 de agosto.

Querida Pepita: Pues tan cariñosamente lo pides, y más que mi amiga eres mi hermana, seguiré contándote cuanto me pasa y cuanto siento.

No puede decirse que estemos en relaciones: no se me ha declarado; no ha hecho esa gran tontería que llamamos una declaración en regla, y que yo he considerado siempre que debe sustituirse con la mutua y callada inteligencia, con el consentimiento recíproco buscado y conseguido por el hombre y la mujer que se agradan y empiezan a quererse. Pero esta es la hora en que ignoro si ha prescindido de la declaración, comprendiendo que había de parecerme ridícula, o si es que cautelosamente quiere estar en libertad para no comprometerse y retirarse cuando le acomode. Sin embargo, se está comprometiendo y me compromete a mí, pues ya me tienes colocada en una situación de la cual sólo saldré para ser suya, o ha-

ciendo, para quedar libre, algo que le autorice a llamarme coqueta. De que le gusto estoy casi segura; de que él me gusta, todavía estoy más cierta. Y el caso es, mira si te hablo con franqueza, que, al confesarlo, no quedo contenta de mí.

Mil veces me has oído decir que no concibo que una mujer se enamore sino de un hombre que valga más que ella. Creo que en nuestro amor debe entrar por mucho, si no precisamente la admiración, una cosa muy parecida; pienso que, al enamorarnos, buscamos en cierto modo apoyo, y que no puede dárnoslo sino quien sea superior a nosotras; lo pagamos en ternura, en obediencia, en abnegación; pero me parece que nada de esto cabe en el alma cuando una se considera más inteligente, más moral, más fuerte, con más corazón y más voluntad que quien ha de ser nuestro director en la vida. No digo que todas amen así, sino que yo quisiera amar de este modo. Y no puedo; porque, prescindiendo de vanidad y amor propio, pensando lealmente, me temo que valgo más que él. No soy un águila, y veo lo que él no ve; no soy santa, y perdono lo que él no perdona; debiera tener más experiencia que yo, y juzga las cosas del mundo con ligereza de que yo soy incapaz; en una palabra, vivo persuadida de que, si nos casáramos, nuestro guía, el jefe de nuestra casa había de ser yo, o viviría desgraciada.

A pesar de lo cual, este hombre me gusta mucho. ¿Ves qué contradicción? Despierto pensando en él, bajo al comedor deseosa de que esté allí, y cuando di-

go o procuro algo que le contenta, que nos aproxima. siento una impresión deliciosa. Luego, a solas, si hago, por decirlo así, examen de conciencia, me enojo conmigo misma. Será vergonzoso, pero es cierto: lo que me pasa es que me gusta.

Es de regular estatura; bien plantado; ojos que engañan, porque expresan más inteligencia de la que tiene; la barba, que al tacto debe ser fina, muy cuidada; los dientes blanquísimos; elegante sin sombra de afectación, en el vestir; respirando todo él limpieza y pulcritud. Te aseguro que podría servir de modelo al pintor que necesitara una gallarda figura de hombre para ponerla junto a la de una de esas enamoradas célebres que han llenado el mundo de poesía con su nombre; si fuera galán de teatro, sería de los que nos hacen disculpar todos los errores de la pasión. ¿Me vas entendiendo?

Pues todo ese encanto que causa mirarle, no diré que se desvanece, pero a mis ojos merma considerablemente en cuanto habla; no es que diga grandes tonterías ni cometa enormes indiscreciones: es que su pensamiento y el mío casi nunca están de acuerdo.

Ya ves si tengo motivos para desesperarme y afligirme. Esto se resolverá como Dios quiera; mas, por ahora, no veo remedio para mi estado de ánimo. Compadéceme, que bien lo merezco. No dejaré pasar muchos días sin escribirte. Ya sabes cuánto te quiere tu mejor amiga,—*Soledad.*»

....

....

No debió de tardar mucho el principal personaje de este relato en sentir la necesidad de desahogarse y consolarse con nuevas confidencias, porque a la semana siguiente escribía a la misma persona lo que aquí se copia:

«Bourg-sur-Mer, 4 de septiembre.

Querida Pepita: Esto va de mal en peor. No sé lo que me pasa. Llamo en mi auxilio a la razón, procuro reflexionar fríamente, y es en vano. Si tuviera valor, me marcharía de aquí; ¡y no lo tengo! Para que puedas darte cuenta de mi situación, mira lo que me ha sucedido hace pocos días. Figúrate que ha venido al Casino de este pueblo, para dar unas cuantas representaciones, la Nerval, esa actriz tan hermosa que hace la comedia moderna como ninguna. Naturalmente, el repertorio que trae no serviría para que lo vieran monjas bernardas; hace obras de esas que, con más o menos acierto, pero con gran fondo de verdad, pintan el mundo en que vivimos.

Excuso decirte que muchas mamás dijeron que no llevarían a las niñas, a esas mismas niñas enteradas de cuanto sucede en las casas de sus amigas, y a veces, lo que es peor, de lo que ocurre en la suya propia.

A la pobre tía Salomé le gusta extraordinariamente el teatro; no hay para ella mejor obsequio que tomarle un palco y llevarla a primera hora para que no la vean, porque, como sabes, está de gorda que

llama la atención; se queda en segundo término, y sale cuando no queda nadie en los pasillos, después de haber pasado la noche entretenida. El día del *début* de la Nerval salí tempranito y volví con el mejor palco que encontré. ¡Habías de ver la cara de Luis cuando lo dije a la hora del almuerzo! «¿Pero usted va a ir? ¿Una señorita como usted?» Yo, la verdad, por no desagradarle, y en esto comprenderás que estoy más interesada de lo que me conviene, hubiera desistido, pero, ¿cómo decir a Salomé que no la acompañaba, sabiendo que no me asusto de comedias y que para ella había tomado el palco? Fuimos a ver a la Nerval, que dicho sea de paso, es adorable. Martín y Luis nos acompañaron: el primero por pura complacencia, pues no le gusta el teatro y prefiere acostarse temprano, el segundo supongo que por ir conmigo y por ver a la Nerval, que es preciosa; pero como desaprobaba lo que yo había hecho, quiso, sin duda, dármelo a enteder de modo que no me quedara duda.

Cinco o seis veces hizo observar que las mamás habían dejado en casa a las niñas. ¡Pobrecitas, lo que se hubieran divertido! Callé prudentemente y siguió censurando, aunque con mesura. Por fin se le fué la lengua. Al llegar una escena en que dos amantes se besan, dijo: «¡Qué barbaridad! ¡Atiza! No me explico que venga ninguna mujer que se estime en algo.» Mira, Pepita de mi alma, harto comprendí yo que esto no lo discurrió adrede para ofenderme; que fué un simple desahogo de su hipocresía y su mal gusto, resultado de la mojigatería que hoy se respira; pero así

y todo, me lastimó tanto su falta de tacto que por poco se me saltan las lágrimas. Cayó el telón y me senté en el fondo del palco. Notándolo él, me dijo: «¿Qué le pasa a usted? Si la comedia no es para llorar.» No quise contestarle. En mi amargura se confundían la grosería de su frase y la falta de delicadeza que le impedía ver el daño que me hizo con ella.

Y como las cosas en la vida, sobre todo las pequeñeces, si en amor hay pequeñeces, se enredan y se complican, surgió luego un incidente mucho más desagradable. Al terminar la comedia permanecimos en el palco esperando que se fuese la gente, porque a Salomé no le gusta que la vean. Salimos los últimos; era muy tarde y no había nadie en las galerías ni el vestíbulo. Al pasar ante el *restaurant*, que consta de dos salones, uno grande y otro pequeño, viendo que el primero estaba desierto, y creyendo que, dada la hora, el segundo estaría lo mismo, dijo Salomé: «Hermano, convídame a tomar chocolate.» Entramos y tomó cada cual lo que quiso. De pronto oímos hablar en el saloncito chico, y a los pocos minutos salieron de retirada una mujer hermosísima, elegante, sin nada llamativo, y un caballero de muy buena figura dándole el brazo. Cuando llegaban cerca de nosotros miré, aunque discretamente, con esa curiosidad que no sabemos reprimir al ver un traje bonito. La señora me miró también, vaciló un momento, como quien duda o no se atreve a saludar, y desviando lenta la mirada, habló en voz baja con su acompañante; pero yo, que

la había reconocido y comprendí su turbación, me levanté, corrí hacia ella y atajándola el paso le cogí las manos y la besé cariñosamente. Era Beatriz Morales, nuestra compañera de colegio. Ya sabes la historia. Ella era rica; el marido la arruinó y luego se escapó con un ava que habían tomado para la niña que tuvieron. Al cabo de cinco años de abandono, y dicen que casi de miseria, Beatriz encontró un hombre que la quiso, y juntos viven los tres; porque ese hombre está siendo, por amor de ella, el verdadero padre de la pequeña. Se armó en Madrid el gran escándalo: desde entonces unos la saludan; otros no; yo no la había encontrado hasta ahora. «¿Pasabas sin decirme nada?», le pregunté. Ella, sonriendo con cierta dulce tristeza, hizo un gesto que significaba: «¿Y yo qué sabía si tú me querías saludar?» Me presentó al que la acompañaba, y en seguida, besándome con alegría, dijo: «Gracias, gracias; tú siempre la misma; no debí dudar: en Madrid nos veremos.» «Iré a verte, repuse, y que seas dichosa.» Así nos separamos: ella, sin duda satisfecha; yo, contenta de mí. Todo fué cosa de un instante; pasó en menos que se refiere.

Al volver junto al velador en que estábamos, observé que mi tía Salomé hacía una ligera inclinación de cabeza a los que salían; Martín se había descubierto; Luis, fingiendo estar ensimismado o distraído, se miraba el charol de los zapatos. Harto comprendí que Salomé y Martín se mostraban corteses por consideración a mí; y también me dí cuenta de que a Luis se le había revuelto la moral y tenía por cen-

surable lo que yo acababa de hacer: no supo disimularlo.

A la mañana siguiente me lo dijo con franqueza, ocurriendo entre nosotros una escena que no se me olvidará nunca. Estábamos solos en el saloncito del hotel esperando la hora del almuerzo; él, muy serio; yo, muy triste. Sin necesidad ni prudencia sacó la conversación; hablamos casi con acritud; defendió su intolerante modo de pensar; yo el mío. De pronto dijo: «Ha hecho usted mal: la sociedad es como es, y hay que bajar la cabeza.» «Yo bajo la cabeza—respondí—cuando es preciso; lo que no bajaré nunca es el corazón ni la conciencia. Aquella mujer es digna de lástima, de respeto, y sobre todo es mi amiga..., y en mí nadie manda.»

De repente, ¡figúrate mi sorpresa!, se abalanzó hacia mí, me cogió ambas manos, oprimiéndomelas violentamente, y con la cara descompuesta, entre apasionado y sañudo, dijo con acentos que lo mismo podían nacer de amor que de soberbia: «¡Pero no ve usted que yo la quiero y no puedo vivir sin usted...; si tiene usted que quererme! Y soltándome las manos para cogerme por el talle me atrajo hacia sí pretendiendo besarme. Roja de vergüenza me desprendí de él sin gritar, sin proferir palabra, y corrí a refugiarme en mi cuarto. La impresión que recibí fué tremenda. ¿Qué pasaría dentro de aquel hombre? ¿Obró como enamorado? ¿Fué un animal? Lo que me pareció fué un animal enamorado. Tardé en serenarme, y cuando bajé ya estaban en el comedor Martín y Salo-

mé. Lo horrible, después de todo esto, Pepita de mi alma, es que estoy triste, alicaída pero no indignada. Ya lo ves: en nada pienso igual que ese hombre; ni en lo que importa poco, como una cómica o una comedia, ni en lo que importa mucho, como un caso en que interviene la conciencia; ha sido indiscreto, intolerante, descortés, atrevido... y sigue gustándome. ¿No te lo explicas? Yo tampoco. Es absurdo, pero verdad. Mira, cuando me oprimió brutalmente las manos, ni más ni menos que puede hacerlo el criado con la doncella, le rechacé por dignidad y pudor, pero su presión me pareció una caricia. Algo hay que me arrastra hacia él con fuerza poderosa; y, sin embargo, comprendo que siendo suya sería desgraciada. Ya sabes todo lo que me pasa. No espero nada bueno y voy temiendo que este amor mío, ¡porque es amor!, de que casi me avergüenzo, sea el comienzo de mi desdicha. Sólo pueden salvarme dos cosas: que él haga algo muy mal hecho, con lo cual me desencante, ¡calcula qué pena!, o un arranque mío de independencia y entereza, para el cual me van faltando fuerzas. Te darás cuenta de lo que me sucede con esta última confesión que quiero hacerte. Si hubiera de entenderme con él a distancia, escribiéndonos o por telégrafos sin hilos, estaría segura de obrar conforme a mi conveniencia: viéndole, teniéndole al lado, no sé lo que será de mí.

Adiós, monina. Que nadie más que tú sepa lo que sufre tu mejor amiga,

Soledad.»

IV

Gracias a gentes de esas que todo lo averiguan y lo cuentan, se sabe que después de lo referido por Soledad en sus cartas, Luis, acaso avergonzado de lo que había hecho, o quizá comenzando a ejecutar un plan que fraguara, se fué a París de la noche a la mañana, diciendo que permanecería ausente unos días para cuidar asuntos de interés, mas con propósito de volver pronto; y desde allí escribió a Soledad y a los tíos de ésta: a la primera, pidiéndole perdón, ofreciéndole explicar a su regreso el impulso que le había movido a tamaño atrevimiento; añadiendo que, conocida por ella la causa del desmán, esperaba que le perdonase; a Martín y Salomé les comunicaba la resolución de casarse con Soledad si ella quería.

Entonces Salomé—y éste fué rasgo que influyó poderosamente en cuanto sucedió después—se encerró con Soledad y tuvo con ella una larguísima conversación, al terminar la cual salió la sobrina del cuarto de su tía con el semblante muy serio, como persona que acaba de escuchar algo que le importaba saber y que habiéndolo sabido de pronto, le ha disgustado mu-

cho. Y es fama que las postreras palabras de la bondadosa y franca señora gorda fueran éstas o muy parecidas: «Tratándose de otra, puede que me hubiera callado; siendo tú la mujer que eres, pensando como piensas y conociéndote yo, me parece que he cumplido un deber»: a lo cual, poco más o menos, respondió Soledad: «Ha hecho usted bien y se lo agradezco con toda mi alma. Estoy segura de que la resolución que yo tome no le parecerá a usted mal». Desde aquel momento Soledad pareció constantemente preocupada, y aunque procuraba disimularlo, pasaba días enteros acometida de honda y tenaz tristeza.

Tras ocho días de ausencia, una mañana volvió Luis de su viaje. Cuando entró en el jardín del hotel seguido del mozo de la estación, que le traía en un carrito de mano su baúl y sus sacos de viaje, don Martín, que allí estaba leyendo un periódico, le saludó afectuosamente, aunque sin grandes extremos, como si se hubieran visto la víspera, y para evitar que le hablara de su proyecto de boda, o por no darle explicación de otras cosas, dejándole solo se fué a su cuarto, con pretexto de vestirse. Preguntó Luis por Salomé y le dijeron que no se había levantado. A Soledad no intentó verla, porque se proponía hablar antes a los tíos para que intercedieran en su favor.

Dió la hora del almuerzo. En el comedor esperaban Salomé y don Martín.

—Cuenta, cuenta. París estará hermoso—dijo la primera.

Luis no oyó la frase o no hizo caso. Acababa de

ver que en la mesa sólo había tres cubiertos, y aparentando cariñoso interés, pero en realidad presintiendo la amenaza de algo que pudiera ser humillante para él, preguntó:

—¿Qué es esto? ¿No almuerza Soledad? ¿Está mala?

—No, mala no está—repuso don Martín.

—Pues, ¿cómo no la esperamos?

—Dios sabe a qué hora se presentará por aquí.

—No se puede hacer carrera de ella—añadió Salomé, con tan dulce entonación que casi no había enojo en su censura.

—Pero, ¿qué pasa?

—Cosas de ella.

—Al fin lo ha de saber; más vale decírselo claro—agregó don Martín.

—Y después de todo, aunque sea una extravagancia y cosa fuera de lo corriente, es prueba de buen corazón—dijo la señora gorda.

—¡Acaben ustedes de una vez!

Don Martín tomó la palabra:

—Una extravagancia, como ésta dice, que cada cual comentará á su modo... y Dios nos coja confesados. Ya sabes—siguió, encarándose con Luis—que en el hotel de al lado vive una mujer muy hermosa.

—Preciosa—interrumpió Salomé.

—La *cocotte*; en la playa me la enseñó Soledad, pero ¿qué relación puede haber entre las dos?

—Ahora verás, y prepárate, que esta sobrina nuestra hace cosas extraordinarias. De fijo que ya no hay

casa en el pueblo donde no se hable de ella; algunos puede que la defiendan..., no sé... no sé.

—Ha sido imprudente, es verdad—dijo Salomé—; pero, vamos, eso no se hace sin tener un alma muy grande.

—¡Acaben ustedes!

—Bueno—continuó don Martín lentamente—: pues has de saber que la *cocotte*, que se llama o hace que la llamen Yolanda de Saint-Bris, había tomado el hotelito contiguo a éste de agosto a fin de octubre; llegó una semana después de nosotros. Vivía con el jardinero y su mujer, que tienen dos niños, y dependen de la propietaria; una cocinera que tomó aquí, y la doncella que trajo de París y que, según dicen y así se comprende lo que ha hecho, llevaba muy poco tiempo en su compañía. Tú te fuiste de aquí el miércoles, ¿no es esto?... Sí; pues al viernes siguiente, según mis noticias, la *mademoiselle Yolanda* cae enferma... pasa la noche mal..., al otro día peor, mucho peor, un calenturón horrible, y mandan a buscar un médico. Viene el doctor, uno de los dos o tres que viven aquí sostenidos por la colonia española; la examina, tuerce el gesto, vuelve por la noche..., para abreviar: viruelas; ¡un ataque espantoso! En cuanto se enteraron las criadas, la primera que echó a correr fué la doncellita traída de París, pero, lo que se llama echar a correr; oir al médico que eran viruelas, exclamar aterrada *Mon Dieu! Mon Dieu! Oh, la petite verole!*; llamar al jardinero para decirle que tenía mucho miedo y marcharse, todo fué uno; la cocinera.

que no dormía en la casa, al llegar y enterarse dejó la cesta en la casita del jardinero y no ha vuelto a parecer.

—¡Qué barbaridad!—interrumpió Luis.

—La mujer del jardinero, después de una pelotera con su marido, que no ha querido seguirla, cogió a sus dos chicos y se fué a casa de unos parientes. Y ahí se quedó *mademoiselle Yolanda* con toda su hermosura cruelmente amenazada, sus alhajas, que las tiene buenas, y sus viruelas, sin más amparo que el jardinero.

Cuando volvió el médico ya estaba sola con ese pobre hombre único que ha tenido caridad. El médico, ¿qué había de hacer? Dijo que al hospital con ella, por supuesto, corriendo el riesgo de que en el traslado se agravara... Y aquí entra lo gordo.

De todo esto se enteró la vecindad y antes que nadie nuestros criados. La doncella de Soledad, esa chica guapa, aragonesa, que tiene hace cinco años y la quiere mucho, se lo cuenta a su ama; Soledad se indigna, dice que esas gentes son fieras, que es una inhumanidad, y de repente, sin pararse en barras, dice a su doncella: «Carmen, ¿te atreves a que tú y yo nos metamos ahí a cuidar a esa pobre mujer?» «Yo voy donde vaya mi señorita.» «Pues andando.»

Luis, echándose las manos a la cabeza, exclamó:

—¡Ave María Purísima! Y usted, ¿cómo consintió semejante disparate? Pero ¿a quién se le ocurre? ¿No podía mandar venir... y hasta pagar una enfermera?

—Sí, sí—continuó don Martín. Cualquiera la dete-

ne. Pasó al hotel de al lado, habló con el jardinero, que se quedó con la boca abierta; esperó al médico, que no sale de su asombro desde que sabe que Soledad es una señorita, porque al principio creyó que se trataba de una cualquier cosa como la enferma, ¡tú imagina la sorpresa de la pobre mujer!, y ahí tienes a la señorita y a su criada hace cinco días expuesta a lo que puedes suponer.

—¡Qué barbaridad!— En mi vida he oído cosa parecida.

—Cuando dijeron a la *cocotte* que había que llevarla al hospital, la escena fué desgarradora. El médico le preguntó si tenía familia a quien avisar, y ella calló y rompió a llorar.

—¡Vaya usted a saber... ni qué familia va a tener eso!

—¡Pobre mujer!—dijo Salomé enternecida—. Lo cierto es que Soledad... hasta nos ha expuesto al contagio...; pero ella y la chica son admirables.

Luis murmuró entre dientes.

—Una locura.

—Y ya lo sabes todo—agregó don Martín—. Soledad viene a comer a la hora que viene, o no viene y manda a la Carmen por la comida...; ha pasado tres noches sin desnudarse... ¡por una mujer a quien no conoce!, y está haciendo por una perdida lo mismo que haría por una persona de su familia.

—Está medio loca.

—Por supuesto, a quien hay que oir es al médico. Hay que ver con qué respeto y qué admiración trata

a Soledad; dice que si los premios a la virtud no son para estos casos, no sabe para qué sirven.

—Sí, sí—contestó Luis—, y el pegarse la enfermedad también es para estos casos. Me dejan ustedes estupefacto. Con lo que son las gentes, ¡flojo escándalo se habrá armado!

—¿Cómo escándalo?—preguntó Salomé—. Eso no; será una imprudencia, una cosa fuera de lo común...; pero en el fondo...

—Sí, muy en el fondo. Sea por lo que sea, ¿le parece a usted discreto que una señorita como ella se meta en casa de semejante mujer? Cualquiera que se entere, ¿no pensará que para hacer una cosa así se necesita... conocerla antes... ser amigas?... ¡Vayan ustedes a atajar la maledicencia!

—¡Valiente cuidado le da eso a ella!—exclamó Salomé, que aunque no se atrevía a declararlo abiertamente por su nativa bondad, estaba entusiasmada con lo que había hecho su sobrina.

....
....
....

Las gentes comentaron el caso de diverso modo. Dicho sea en honor de la especie humana, más fueron los elogios que las censuras. También se sabe que, cuando pasado el peligro y casi restablecida Yolanda de Saint-Bris, llegó una mujer de no mala traza a recogerla y acompañarla a París; el instante en que la señorita madrileña y su criada baturra se despi-

dieron de la pecadora francesa, fué escena para descrita por pluma de oro; acaso uno de esos momentos de excelsa intangible poesía que el escritor no debe desvirtuar con comentarios, porque cuando es tan soberana, el arte no puede añadir belleza a la belleza de lo real.

V.

A la semana siguiente Luis, espiando a Soledad en uno de sus largos paseos vespertinos y buscándole las vueltas, se hizo el encontradizo con ella a bastante distancia del pueblo, alcanzándola en un bosque magnífico de pinos cuyos troncos, heridos por los rayos casi horizontales del sol poniente, parecían de oro. La tarde era hermosísima; escuchábase cercano el formidable batir del mar al meterse rugiendo entre las grietas de las rocas; oíanse también de cuando en cuando, pero debilitados, pobres, mezquinos, como apagados por aquella potente voz de la Naturaleza, los ruidos estridentes de silbidos de locomotoras, bocinas y sirenas de automóviles; la luz del día iba faltando a prisa, y la turbulenta superficie del Océano se ensombrecía por momentos, dando intenso valor a la blancura de la espuma que se formaba en las crestas de las olas. En el extenso y casi pelado montículo hasta donde Soledad había llegado para ver la puesta del sol, una niña apacentaba tres cabras que se detenían a mordisquear la escasa hierba humedecida del ambiente salino; no había nadie más.

Soledad, vestida con exquisita sencillez, modeladas las líneas de airoso busto por un traje todo de franela blanca que el viento ceñía a su cuerpo, iba andando despacio; luego se sentó en una gran piedra.

De pronto oyó a su espalda que la llamaban.

—¿Ha venido usted siguiéndome?—preguntó al ver a Luis.

—¿Para qué mentir? Sí. ¿No piensa usted que debemos hablar?

—Cuanto usted quiera...; puede que sea por última vez.

—Ante todo, ¿me ha perdonado usted mi arrebato del otro día?

—¿A qué volver sobre eso? Sí, perdonado está usted; en realidad no creí que necesitara usted perdón; me figuré... ¿qué sé yo? Que no sabía usted lo que se hacía...; que acaso había usted tomado con el café cuatro copas de cognac en vez de una .. En fin, no se hable más.

—De mi arrebato, no; de mi pretensión, sí.

—¿Su pretensión? Tampoco de eso, todavía menos. Podemos ser excelentes amigos, aunque tal vez, dada la diferencia de nuestro modo de pensar en muchas cosas, necesitaríamos hacer más gasto de tolerancia que de confianza...

—La buena educación borra todas las diferencias.

—Menos las que brotan del corazón, del sentimiento. ¿Para qué obstinarnos en ser hoy medianos enamorados, mañana malísimos casados? Cuando pase a nuestro lado la dicha será necedad no atraerla; pero

llamar a la desgracia es locura; no, dejarla que se aleje, algún día nos alegraremos.

—¿Sinceramente imagina usted que sería infeliz conmigo?

—Estoy segura, y usted conmigo. No nos hagamos ilusiones. Solos estamos, nadie puede escucharnos, nadie sabrá lo que nos digamos: hablemos lealmente; yo, sobre todo, aunque usted imagine que rompo esas que llaman ustedes conveniencias sociales.

—Diga usted cuanto quiera.

—Para que vea usted si soy franca, estoy persuadida de que le gusto a usted mucho.

—¡Muchísimo más!

—Y usted a mí no me disgusta.

—¿Entonces...?

—Pero de ahí no pasamos, y el matrimonio, a mis ojos, es algo más que la unión de un hombre y una mujer que se gustan; ha de ser—llámeme usted romántica, no me importa—la compenetración de dos espíritus, de dos naturalezas capaces de considerar del mismo modo la vida; que para sufrir y gozar tengan las mismas armas y las manejen de igual manera. ¿Le choca a usted que una mujer discurra así, verdad? Cuando una no es hermosa, tiene tiempo de pensar en todo. En fin, creo que sus ideas de usted, sus armas para la batalla de la vida, no son las mías: en vez de emplearlas juntos para luchar por nuestra felicidad, créame usted, acabaríamos esgrimiéndolas contra nosotros mismos. Seamos prudentes. No hay mortificación de amor propio para ninguno de los dos.

Nadie sabe que hemos sentido mutua y pasajera inclinación... ¿Quedamos amigos?—añadió, alargándole la mano.

Luis, experimentando no pena ni cosa parecida, pero sí la profunda contrariedad que causa el negocio frustrado, ya nervioso, repuso:

—Está bien; quiere decir que después de haberme perdonado el arranque del otro día, nacido del amor que siento por usted, perdón que demuestra que yo no le era a usted indiferente, ha bastado una habladuría, un chisme, para que me niegue usted la felicidad.

—Ni yo soy para usted la felicidad, ni ha habido eso que usted sospecha.

—Permita usted que insista; indudablemente, a usted le han contado que yo, acaso con alguna vehemencia, he censurado lo que hizo usted días pasados, cuando la enfermedad de la cocotte.

—No hay que hablar de eso. Yo sé, me consta, que usted me ha criticado mucho lo que yo hice con esa mujer. ¡Pobre muchacha! Unas cuantas conversaciones con ella, a la cabecera de su cama, me han enseñado más que muchos años de vida. Ella me recordará acaso con gratitud; yo a ella con la satisfacción de haber hecho algo bueno; ya ve usted que salgo ganando: lo mío es más seguro que lo suyo... Pero hablemos de lo nuestro.

—Mis censuras estaban inspiradas en la conveniencia, en el decoro de usted.

—Alto ahí, amigo mío. Mi decoro no necesita más guarda que yo misma.

—Pues el mundo es el mundo, y esas cosas no se pueden hacer.

—¿Ve usted cómo nunca nos pondremos de acuerdo? El mundo, cuando tiene razón, es muy respetable; cuando quien la tiene es uno mismo... debe importarnos poco.

—¿Y el descrédito?

—De modo que si yo estuviera desacreditada, como usted dice, aunque usted tuviera la convicción de que era injusto, ¿no se casaría usted conmigo? Lealmente.

—Lealmente... puede que no; pero no estamos en ese caso.

—Cuanto más hablamos, más nos apartamos.

Aquí Soledad dudó un momento; miró fijamente a Luis, y como quien ha vacilado un punto antes de hablar, siguió con cierta solemnidad:

—Vaya, me parece que cuando se arriesgan la felicidad y el porvenir hay derecho a hablar claro.

—Se lo ruego a usted.

—Es que se trata de algo delicadísimo. No quisiera que usted se ofendiera. Casi es someterle a usted a una prueba.

—Usted no me puede ofender, y de la prueba saldré bien.

—Pues allá va. Si yo me presto a modificar mi modo de vivir, si soy prudente, no salgo sola, si aprendo a respetar al mundo, como usted dice algunas veces, a

hablar sin decir lo que pienso y menos lo que siento..., en fin, ya me entiende usted, ¿accederá usted, en cambio, a lo que le pida? Se trata de una prueba, casi una condición, y suplico a usted que no vea en ello la menor ofensa.

—Usted dirá.

—Quisiera que se empapara usted bien primero de lo que ha de ser para mí el matrimonio: la unión íntima, fundada en la estimación mutua... el mismo pensamiento, el mismo corazón... teniendo ambos de su compañero la mejor idea posible: que nada haga uno que no pueda aprobar y defender el otro.

—Ya lo indicaba usted antes... Ahora no sé dónde va usted a parar.

—Pues bien, yo sé que está usted interesado en un negocio que produce mucho... pero, la verdad, en el cual no me gustaría que se cimentara nuestra existencia.

Aquí Luis, comenzando a desasosegarse, comprendía que iba a oir algo muy mortificante; en tanto que ella, calmosa y serena, para poder seguir, tomaba valor recordando todo lo que Salomé le contó en la larga conversación que tuvieron ambas cuando la señora gorda se enteró del proyecto de boda que Luis acariciaba.

Luego continuó:

—Sí, un gran negocio, lo sé: pero una base de vida, de posición, poco simpática... Perdone usted... que me parece fea... poco digna de nosotros. ¿Me comprende usted?

—No quisiera.

—Ya he dicho que no trato de ofender a usted. Es una apreciación mía, acaso un escrúpulo... pero antes de atarme para toda la vida...

Luis guardó silencio, el silencio hostil, pronto a ser agresivo, de quien no acierta a contestar en el acto y anda maquinando respuesta que agravie y duela.

—Me refiero al negocio de los préstamos—añadió tímidamente Soledad—. ¿Renunciaría usted a eso por amor mío?

—Señora—repuso con la faz descompuesta—, ¿y cree usted que no me ofende? ¿Pero sabe usted lo que dice? Todo lo que mis socios—porque no soy solo—y yo hacemos es perfectamente honrado, digno, legal; trabajamos al amparo...

—Sí, lo sé, al amparo del Código... pero es dinero que sabe a lágrimas; no lo quiero para mi casa.

—Parece mentira que una persona tan lista como usted haya podido imaginar que deba ser la mujer quien investigue así el origen de lo que el hombre aporte para soportar las cargas del matrimonio.

—Y a mí me parece también mentira que haya mujer que renuncie a saber el origen de lo que traiga el marido para vivir... Yo quiero el agua que he de beber limpia, y el dinero que he de gastar más limpio aún.

—Permítame usted que se lo diga—interrumpió él—, me he equivocado. Creí que nos explicaríamos como amantes... y me encuentro con un fiscal.

—Basta; la que se ha equivocado soy yo.

Aún contuvo Luis la ira unos momentos; pero ya estaba fuera de sí. Incapaz de comprender a Soledad, sólo veía un ultraje en lo que no era sino expresión de grandeza moral y ansia de mujer que pretendía cerciorarse de hasta dónde llegaba el amor que creía haber inspirado y del cual dudaba.

—¿Calla usted?—preguntó ella.

—No debo contestar. Me parece que podemos dar por terminada la conversación.

—¿Ve usted cómo no nos podemos entender? No he debido, tal vez, hablar; pero he salido de dudas. Ni usted me quiere ni concibe a mi manera la vida en común. Repito que no he querido ofenderle... y tan amigos como antes.

—Sí, tan amigos—repitió irónicamente y lívido de coraje, aunque con suma frialdad y reposo; como si al fin hubiese hallado en las sucias reconditeces de su pensamiento la frase que más pudiese herir, añadió:

—Todo eso se lo ha sugerido a usted Salomé... y eso es tan bajo, tan malévolo, como sería la sospecha... yo no la tengo, ¿eh?, de que usted la atiende, y la acompaña, y la mima por interés, con la esperanza de heredarla. Los que me llamen prestamista y usurero acaso la llamen a usted aduladora y codiciosa.

Se la quedó mirando burlón, sonriendo satisfecho de haber encontrado manera de mortificarla certera y cruelmente.

Soledad, poniéndose en pie y apartándose de la

piedra donde habían estado sentados, le midió de alto a bajo con una mirada peor que un bofetón, y enseguida dijo:

—Crea usted lo que guste: yo ya sé lo que debo pensar. Libres estábamos, libres quedamos.

—En ese caso—repuso él—, yo me iré de aquí mañana.

Ella, tranquilamente, contestó:

—Ni siquiera creo necesario que volvamos juntos al hotel: aquí nos despedimos.

—A los pies de usted, Soledad.

—Adiós.

Luis regresó a buen andar y llegó primero. Soledad, muy despacio, contemplando el espectáculo grandioso de la puesta del sol, que como un disco de fuego iba hundiéndose en la planicie inquieta y verdinegra de las aguas.

Durante la comida hablaron de cosas indiferentes, como si entre ambos nada hubiera pasado; y al otro día partió él pretextando negocios.

....

....

La carta que ella escribió a Pepita contándoselo todo concluía de esta manera:

....

....

«Ya lo ves: acabó la novela de mis ilusiones. ¿Por qué me las hice? No lo sé. La escena de la tarde fué dolorosa. Pero ¡cuántas lágrimas me habrá ahorrado este desencanto! Por fortuna, he sabido

dominarme. ¡Pobres de las que no lo consiguen! Estoy resignada, casi alegre. Lo que me da pena es que la juventud se me acaba sin que aparezca el compañero con que he soñado para la vejez. Quisiera que fuese digno de mi alma, y si no, que no venga. Puede que nunca llegue. Quizá por eso tu pobre amiga, que tanto te quiere, se llama

Soledad.»

....
....

1906.

RIVALES

(CUENTO FANTÁSTICO)

¡Ay! ¡Corazón quejoso, cosa desaguisada!
¿Por que matas el cuerpo do tienes tu morada?

EL ARCIPRESTE DE HITA.

¡Ay, qué contraste fiero,
señora, hay entre el alma y los sentidos!

GUTIERRE DE CETINA.

Aquí, para vivir en santa calma,
o sobra la materia o sobra el alma.

ESPRONCEDA.

I

Londres...

Querido Juan: Decías en varias de tus últimas cartas que estás harto de la vida de París y necesitado de otra más tranquila: pues voy a darte ocasión de satisfacer tu deseo.

Nuestra prima Beatriz, por sí y a nombre de su hermana Estée, me escribe diciéndome que al fin se deciden ambas a vender varias de las fincas de Andalucía y la colección de cuadros; pero que

nada harán mientras yo no les aconseje acerca de éstos: son muchos, algunos de primer orden, y procedentes casi todos de la famosa galería que formó el duque de Galípoli en tiempo de Felipe IV. Desde fines del siglo XVIII, casi nadie los ha visto, porque estaban en Sevilla, en casa de la tía Salomé. Muerta esta estrafalaria señora, habiéndola heredado ellas, y terminada la testamentaría, en Madrid los tienen ya colocados provisionalmente, Quieren, según dice Estér, quedarse con unos cuantos para adorno de la casa y vender los demás, engolosinadas por los precios estupendos que van adquiriendo las pinturas antiguas. Con decirte que algunos de estos lienzos pertenecieron a la colección de Carlos I de Inglaterra y fueron escogidos por Rubens y otros comprados por Velázquez en Italia para Feilpe IV y luego regalados por éste al marqués de Amberes, antepasado de Salomé, comprenderás lo que pueden valer. Hacen perfectamente las chicas en no venderlos sino bien aconsejadas. Mas ya supondrás que ni mi salud ni mis negocios me permiten hoy salir de aquí. Les escribo diciendo que irás tú; prepara el viaje lo antes posible; te lo pido, y si es preciso te lo mando. Estoy seguro de que me lo agradecerás.

En primer lugar, prepárate a ver una colección de obras maestras desconocidas casi, porque en Sevilla estaban como escondidas. A pocos aficionados se les presentará oportunidad de admirar cuadros que resultan nuevos, y nada menos que de Velázquez, Mu-

rillo, el *Greco*, Valdés-Leal, Rafael, Patinir, el Veronés y otros grandes maestros italianos, españoles y flamencos.

Sobre todo, debes alegrarte, porque vas a conocer a nuestras primas. ¡Estas sí que son obras de arte! Y repito que vas a conocerlas, pues no os habéis visto desde que érais niños. De modo que no está fuera de razón que te ponga en antecedentes y te dé ciertas explicaciones acerca de ellas, ya que por tus continuos viajes y tus especiales condiciones de carácter has vivido siempre lejos de todos los miembros de la familia, excepto yo.

Son dos mujeres que, empleando una frase hecha, se salen de lo vulgar. Beatriz, la soltera, que tiene ya veinticinco años y no es fea, pero tampoco hermosa ni mucho menos, ha heredado de la tía Pepita, su madre, y de la nuestra, de bendita memoria, aquella clara inteligencia, aquella afabilidad y don de gentes que les valió en Sevilla el cariñoso apodo de *las angelicales*. Estér, la viuda, que acaba de cumplir treinta, tiene la rara hermosura de su madre, la tía Clarisa; pero de igual modo que los atractivos de ésta no oscurecieron nunca los encantos morales de sus dos hermanas mayores, Pepa y nuestra madre, así ella, aun siendo extremada su peregrina perfección corporal, tampoco perjudica ni ofusca a Beatriz, que al lado suyo interesa y se hace querer tanto como ella seduce y se hace desear. ¿Me entiendes bien? Estér es tan bella que no le deja a uno tiempo de pensar en si es tonta o lista. Beatriz, en lo físi-

co, es sencillamente aceptable; mas, apenas habla, por inteligente atrae y por bondadosa cautiva.

La soltería de una y la viudez de otra piden algunas palabras.

Beatriz no ha querido casarse: sospecho que ningún alma de hombre le ha parecido digna de rendirle la suya, bastando a su ambición despertar anhelos, aquilatarlos y purificarlos; cuidadosa sólo de inspirar ese amor desinteresado y supremo que no exige más pago que la propia delicia de haberlo merecido; algo tan grande que para ello no hay recompensa y que con sólo experimentarlo queda premiado. Acaso digas que peca de platónica y no es mujer a propósito para besarla y abrazarla: tendrías razón; mas si ella cree que el amor no necesita labios ni brazos y le basta el pensamiento para gozar, ¿qué remedio? Cosas del espíritu; sueña e imagina que anda despierto. Nadie se libra de vivir, a veces, fuera de lo real, y en esos momentos Beatriz triunfa, es decir, Beatriz basta.

Estér es viuda después de solo un año de matrimonio, porque al sentirse libre se encariñó con la libertad, acaso considerándola como la más necesaria condición del amor. No ha hecho aún uso serio, trascendental, de esa independencia; hasta ahora la aprovecha sólo para lucir, engalanarse, verse libremente cortejada y esperar. Quizá andando el tiempo se le ocurra hacer dichosos a muchos, o fijándose en uno solo, a pura felicidad lo mate.

Ya ves que ambas son peligrosas; una porque con

sas encantos puede prometer y dar tal deleite, que entre esperarlo y gozarlo cueste la vida; otra porque esterilice todo vigor enderezando el pensamiento a ensueños inasequibles. Hombre eres, advertido quedas; veremos de qué te sirve.

De ningún modo supongas malicia o segunda intención en el encargo, ¿te enteras? No sospeches ni en broma que vas a vistas o que se te arma un lazo para remediar la melancólica, aunque voluntaria soltería de una, o para que a costa de tu reposo calmes a otra la sed que debió de dejarle en los labios el difunto. Harto sabes lo que te quiero, hermanos somos, existe entre nosotros ilimitada confianza: así que cuando hablamos o nos escribimos, lo que en realidad hacemos es pensar alto.

Eres observador e impresionable; es decir, tienes las dos condiciones que, cuando se dan juntas, permiten estudiar y juzgar mejor a las mujeres. Estás acostumbrado a tratarlas de todas clases y condiciones, así que se te ocurrirán cosas buenas; nada me calles. No te quejarás de mí; vas a admirar obras de grandes artistas y de la propia Naturaleza, maestra de ellos; dime lo que pienses de la belleza pintada y de la real . . . que si acaso desbarras, desde aquí te aconsejaré. Entre tanto, hártate de arte hasta que los ojos se te cansen, y de encantos femeninos hasta que en ellos vislumbres amenaza.

Te abraza de corazón tu hermano,

PEPO.

II

Madrid...

Querido Perico: Por mi carta anterior sabes que no sólo acepté con gusto el encargo, sino que en seguida dispuse el viaje, y por telegrama te anuncié ayer mi llegada. Aquí estoy, después de muchos años de ausencia, resuelto a que no vendan un cuadro sin que yo lo vea despacio, y de paso a conocer a las muchachas. Desde la estación fuí al hotel que me recomendaste, y luego a visitarlas. Por ahora tengo que contentarme con una. Estér se fué a Córdoba la semana pasada, y tardará algunos días en volver. Encontré sola a Beatriz y me convidó a almorzar, empeñándose con verdadera obstinación en que viniese a vivir con ellas: no hubo modo de negarse; en vano alegué que no quería causar molestias, que deseaba estar libre; hasta indiqué que se exponían a la murmuración: todo inútil. Mientras almorzábamos mandó por mi equipaje, y aquí estoy. ¡Vaya una casa!

Ante todo, te diré lo que me ha parecido Beatriz. Es una mujer como hay miles, ni fea ni bonita; en

lo corporal, apenas tiene cosa que agradecer a la Naturaleza, la cual para ella en esto, si no madrastra, por lo menos ha sido una tía poco cariñosa.

Es de mediana estatura, sin pecar de pequeña; delgada, sin llegar a flaca; sin ser desgarbada, le falta mucho para parecer airosa; su rostro, formado por líneas de sosa regularidad, no atrae, mas tampoco hay en él rasgo que lo haga antipático; los dientes, aunque grandes, blancos y no mal puestos, los labios algo gruesos, pero de buen color, dan a su boca, si no belleza, aspecto de frescura y salud; el pelo es de tono castaño vulgarísimo, igualmente lejano de la madeja de oro y de la cabellera de ébano con que poetas y novelistas enriquecen a rubias y morenas; el pecho, ni es una tabla ni tiene las curvas bastante acentuadas para que quien lo ve sienta la tentación de complacerse en mirarlo; la línea de las caderas no es precisamente hombruna pero carece de gracia, y al talle le faltan donaire y gentileza; los pies y las manos no admiran por su pequeñez o su forma, ni dan que reir por enormes o defectuosos; en resumen: es una señorita que impunemente puede circular entre hombres sin oir frase que la halague ni menos que la sonroje; vaya donde quiera, estará libre de piropos, y a no ser en navegación larga, dudo de que ningún hombre se sienta atraído por ella. Sin embargo, esta mujer, junto a la cual se puede estar tan tranquilo como con un amigo, tiene dos encantos poderosos. Uno, el timbre de la voz, dulce, algo velada, y tan rica en suaves modulaciones, que al son de sus

palabras parece bañarse el alma en idealidad y ternura. El otro encanto es la variabilidad de su mirada, con la cual, como si dispusiera de un segundo y maravilloso idioma, apoya o rechaza, aplaude o censura, merma o avalora, y de mil modos comenta lo que dice o escucha. El metal de la voz y la expresión de la mirada tienen en ella gran poder; los sonidos que brotan de sus labios prestan dulce y persuasiva fuerza a su pensamiento; sus ojos iluminan o ensombrecen las frases que pronuncia, y este doble atractivo que ejerce con la palabra y la mirada es intenso, rápido, siempre limpio y casto como arma espiritual que sólo al espíritu se dirige y sólo sobre él pretende dominar. Poco valdría este hechizo si lo que hablara careciese de ingenio y de razón; pero lo grave es que no tiene pelo de tonta. Las primeras veces que se la escucha parece algo romántica, y nada más. Pronto se observa que es mujer acaso fácil de entusiasmar, pronta a la exaltación, mas dotada de singular grandeza de ánimo, por virtud de la cual concibe y estima las ideas y los sentimientos como magníficos señores y a los sentidos como siervos humildes. En fin, no acierto a expresar cumplidamente la impresión que me causa: me doy cuenta de que hay en ella un no sé qué atrayente y digno de estudio; me interesa, porque parece que piensa con arreglo a un concepto superior de la vida, porque habla con acento de honda sinceridad, como si tuviese ansia de apoderarse de lo mejor que haya en mí, sea lo que fuere, para ennoblecerlo y sublimarlo.

Aparte esto, a su lado no me turba nada, absolutamente nada, de lo que es natural y debiera ser casi siempre lícito, que el hombre experimente junto a la mujer.

De modo que aunque tú consideres peligrosas a ambas primas, por lo pronto descartaremos a esta Ana teniendo muy en cuenta su voz, su mirada y su inteligencia, no concibo que pueda preocuparme poco ni mucho mujer cuyas líneas me dejan impasible: ya sabes que yo creo poco en la supremacía de lo espiritual; el amor para mí nace de la belleza, y la belleza es una cualidad de la forma; así es que el amor es cuestión de dibujo.

Además, la vida que he hecho estos últimos años en París, mixta de placeres y estudios, me ha quitado ilusiones y me ha quebrantado algo la salud; estoy, moral y materialmente, un poco apabullado. ¿Conoces esa especie de fatiga, al par intelectual y física, que los franceses llaman *surmenage?* Dicen que es agotamiento producido por exceso de trabajo; pongamos que también contribuye algo el amor en su forma menos platónica; pues sin padecer eso, afortunadamente, siento yo el hastío, el desmadejamiento, la negrura de ideas que debe de causar. Créeme: aunque Beatriz fuese un portento de gracia y de belleza, la contemplaría como una figura más de los cuadros que tanto abundan en esta casa.

Quien debe de ser muy hermosa, juzgando por los retratos que aquí veo, es la otra, Estér; y se conoce que le agrada retratarse, porque abundan, y también

que es algo presumidilla o coqueta, porque con sus trajes, tocados, escotes y posturas, tendría pretexto para refunfuñar de lo lindo cualquiera de esos hipócritas que llaman lazos de perdición y armas diabólicas a los encantos que Dios o la Naturaleza han dado a la mujer, y que ella afila y aguza cuanto puede. No supongas que en tales imágenes hay nada indecoroso: no son retratos de aventurera ni de cómica ingerta en pecadora; pero la viudita se trae lo suyo, como dicen en Andalucía, y aquí lo suyo es la flor de la coquetería. Repito que contra el tedio que me han amontonado en el alma los amoríos fáciles, y con la necesidad que siento de reconstituyentes y tónicos, así venga la propia Venus, después de haber aprendido el arte supremo de vestirse y desnudarse, que es uno solo aunque parecen dos, me hallará invulnerable. Los padres del yermo, aquellos que en las espeluncas de la Tebaida esperaban la gloria comiendo raíces, fueron unos calaveras libertinos comparados con lo casto y frío que me propongo ser.

Además, y adivino tu asombro al leer esto, tengo entre manos un trabajo al que consagro muchas horas y para el cual encontraré aquí abundantes materiales. En cuatro palabras te diré lo que es.

Como todo el que ha vivido mucho tiempo fuera de España, tengo sanamente exacerbado el patriotismo, pareciéndome el colmo de la injusticia y la ignorancia esta manía de hablar mal de España que se ha apoderado de algunos españoles. Lo que he viajado y leído me persuade de que nuestra patria no vale

menos que otras, ni puede considerarse inferior raza que tan grandes cosas ha realizado, las cuales sólo niegan los que las ignoran. Mi propósito es escribir un libro donde reúna y refiera algo de lo que en el curso de los siglos ha hecho España por el progreso humano; y aprovechando obras antiguas, sacar a luz glorias olvidadas, como estudios, trabajos, tentativas y proyectos de cosmógrafos, médicos, navegantes, naturalistas y pensadores; recordar que el primer manicomio de Europa se fundó en España; que aquí se aceptó el sistema de Copérnico cuando fuera se le escarnecía; que en ninguna parte se dió a la naciente imprenta la protección que entre nosotros. ¿A qué seguir? ¡Si con España se ha cometido la iniquidad de juzgar su poderío del siglo XVI con el criterio del XIX! Quisiera, en una palabra, hacer un libro que vulgarice lo que saben pocos, ignoran muchos e interesa a todos; lo que está enterrado por el olvido o callado por la malquerencia; no tengo grandes pretensiones: me contento con procurar que unos se aficionen a estudiar lo que es su patria y otros entren en deseo de hacer lo mismo que yo, mejor hecho. Por supuesto, nada de poetizar lo malo y funesto de la tradición en cuanto representa intolerancia y fanatismo: ¡eso, nunca! Yo soy de los que creen que para los pueblos cualquier tiempo pasado fué peor; pero sostengo que la España vieja está cargada de glorias y que vale más estudiarlas para fundar en ellas la esperanza, porque dan la medida de lo que valemos, que negarlas sin conocerlas, aumentando neciamen-

te el pesimismo pusilánime y cursi a que contribuyen sin saberlo los que no leen más que revistas extranjeras y los que no leen nada. En Madrid tengo, y en Sevilla, y en Barcelona, y en Alcalá, y en Simancas, archivos, bibliotecas, colecciones... un mundo para la investigación y el estudio. Esto intento; y cuando me canse o me amenace el dolor de cabeza, me distraeré observando a las primas; que toda mujer tiene algo de libro por lo que hace gozar o sufrir, por lo que enseña o por lo que interesa. Ya ves que también yo pienso alto cuanto te escribo. Y otro día te hablaré de los cuadros.

Te quiere de veras tu hermano,

JUAN.

III

Madrid...

Querido Perico: Muchos días llevo sin escribirte: mejor: así tengo más impresiones que comunicarte; alguna creo que te sorprenderá.

Ante todo, cuatro palabras de los cuadros que, por cierto, están en excepcionales condiciones para ser admirados y comprendidos.

Me explicaré.

Este casi palacio debió de ser en su origen una de aquellas casas construídas en el siglo XVII y llamadas *a la malicia*, porque se hacían ocupando mucho terreno, pero de sólo planta baja, y a lo más otra principal, para eludir una contribución por pisos: así creo que se edificó ésta, y que luego se le aumentó altura y se le varió la ornamentación de la fachada; pero, sin duda, lo hizo un buen arquitecto, pues en vez de modernizarla le conservó su carácter propio, aunque procurando darle aspecto de mayor riqueza.

Es, pues, en lo exterior, un vetusto caserón nobiliario, nada monumental y sin primores de arte, pero

que representa una época, y ante el cual la imaginación puede volar cuanto quiera. Está situado en los barrios del Madrid primitivo, cerca de la Morería. Tiene amplio zaguán enarenado, del cual, dicho sea de paso, se despega la luz eléctrica, y ancha escalera, en cuyo primer rellano el muro de frente ostenta un cuadro enorme que figura una descomunal batalla entre flamencos y españoles.

Hay en su interior espaciosos salones, gabinetes, camarines, cuartos secundarios y multitud de dependencias, amén de un verdadero dédalo de patios, galerías, corredores y pasillos. En la parte opuesta a la entrada está el jardín, cercado de altas tapias, algo sombrío, pero que no carece de encanto: sin dificultad puede creerse que, junto a su fuente de mármol blanco, enverdecido por la humedad, y sentada en sus bancos de piedra, se arrulló alguna pareja de enamorados nobles por aquellos tristes días en que Cataluña se alzaba contra Felipe IV, y faltaba poco para que también se rebelasen Aragón y Andalucía. Los salones son magníficos y están regiamente alhajados, con muebles en su mayoría antiguos y bien conservados. Verlos, es tomar una lección de artes decorativas y suntuarias. Así debían de ser las moradas de Antonio Pérez, de don Rodrigo Calderón, del duque de Medina Sidonia, de los Fúcares y de cuantos señores de sangre azul o ilustres advenedizos dejaron fama de vivir con lujo.

En tapices, taquillas, bargueños, sillerías, espejos, tallas, porcelanas y bronces, hay una fortuna; lo bas-

tante para volver locos a los primeros coleccionistas del mundo.

En tales salones, es decir, en estancias y aposentos decorados con arreglo al estilo y carácter del tiempo en que se pintaron los cuadros, están éstos colocados; de modo que no se ven entre cosas modernas y nuevas, ni junto a dorados relucientes, sedas flamantes y colores chillones que les perjudiquen o distraigan de ellos la mirada, sino que aparecen en su propio ambiente: no es la colección compuesta por caprichos adquiridos acá y allá y amontonados de pronto, sino la casa magnífica que se ha formado a fuerza de años y de generaciones acostumbradas a saber gastar y tener cada cosa en su sitio, a veces haciendo o preparando lugar para que luzca y sobresaiga un objeto determinado. Por esto te decía antes que aquí pueden ser admiradas y comprendidas las pinturas.

Ante algunas de ellas, he tenido con Beatriz conversaciones que me han dado mucho que pensar. La otra mañana estuvimos viendo un cuadro de Ribera, indudablemente, repetición, aunque con variantes, de aquel otro del Museo del Prado, donde los verdugos, con cuerdas y poleas, están izando a San Bartolomé en un alto madero para desollarlo a su gusto. La composición es casi igual; los modelos son distintos: el santo, más viejo y con barba blanca, ya manchada de sangre por alguna cruel injuria que le acaban de hacer. Su cuerpo, amarillento y apergaminado, que destaca sobre un fondo muy lóbrego; lo

doloroso de la mirada, que revela juntamente pavor ante el tormento y confianza en sí para padecerlo; los semblantes de los sayones, que sonríen estúpidamente; los torsos desnudos y las cabezas expresivas, que surgen violentamente luminosos de entre la oscuridad del fondo, crean un conjunto concebido con valentía, pintado con fiereza; la verdad, aquello pone los pelos de punta.

—¡Vaya un cuadrito—dije yo—para alegrar el alma!; de lo mejor que he visto, pero no lo pondría en mi cuarto.

—Tienes razón—repuso ella—, y el caso es que estos cuadros de suplicios y martirios inspiran más horror que piedad y devoción...; yo no concibo lo religioso sino impregnado de dulzura, de placidez, de amor. Visto en una capilla, en un claustro para donde acaso se pintara, menos mal; hoy en un museo; pero en un salón, en una galería de éstas, mete el corazón en un puño.

—No sé si estaré equivocado—añadí yo—; creo que nada aleja tanto el pensamiento de lo divino, como lo cruel y terrible. Estos asuntos no sirven más que para enardecer el fanatismo de unos y dar margen a las burlas de otros.

—Cabal: ¿qué necesidad hay de que el devoto imponga al incrédulo el espectáculo, hasta la veneración, de lo que le parece absurdo, ni de que el escéptico se mofe de lo que el creyente considera sagrado?

—Con ese criterio—interrumpí para hacerla se-

guir hablando—habría que proscribir casi todo el arte cristiano.

—Eso no: en el templo, en el claustro, cada uno en su oratorio tenga lo que le guste o acreciente su fervor; pero sin ostentación, sin alarde; como el que tiene o cree tener una buena cualidad, no lo dice a gritos. En una palabra: para mí el sentimiento religioso es algo tan personal, tan íntimo, que nadie debe exponerlo a la profanación del que no lo siente, ni tratar de imponérselo, que es correr el riesgo de que en la réplica venga la ofensa; cada uno crea lo que quiera o pueda, y todo el mundo se respete sin que nadie pretenda buscar en la conciencia del prójimo.

—Pienso igual que tú: lo que no sé es si será muy católico eso que dices: me huele a herejía; porque discurriendo así quedan proscritos el proselitismo, la propaganda de la fe, el entusiasmo.

—Una pobre mujer no ha de discutir como un filósofo o un teólogo: he querido decirte que mi fe o la falta de ella, la esperanza o la duda, lo que atañe a mi alma, es tan mío como mi propia virtud, como mi mismo pudor, y ni hablo de ello ni consiento que lo traigan y lo lleven: si mi fe es un tesoro, no reconozco a nadie el derecho de manosearlo y tasarlo; y si no la tengo, ¿quién ha de dármela?

Así continuó largo rato la conversación. No me meto ahora a calificar sus ideas: digo sólo que escuchándola hay momentos en que olvida uno que no es bonita, ni tiene ni procura artificiosamente ninguno de los encantos que todas desean y de que presumen,

aunque les falten. Parece un amigo con faldas: faldas cuyos pliegues no inspiran el menor deseo de ver lo que cubren, y amigo en quien es forzoso reconocer cierta excelsitud mental que induce a pensar honrada y noblemente.

A la tarde siguiente estábamos en la habitación que más me gusta de la casa: un saloncito tapizado de alto a bajo con damasco rojo, tan rica y sobriamente adornado como te diré en cuatro palabras. Sobre la chimenea de serpentina, un reloj antiguo y un gran espejo con marco de ébano y plata; algunos sillones de roble y terciopelo muy cómodos; pendiente del techo, una araña de bronce y cristal de roca; y en las paredes, destacando sobre el fondo severo del damasco, sólo tres cuadros, soberbios retratos de mujer: uno, sin duda por Sánchez Coello, de aquella infanta doña Catalina Micaela, hija de Felipe II, la de los ojos negros hermosísimos; otro de una gran señora no guapa, de porte distinguido, vestida como la infanta doña María Teresa de Velázquez; el tercero de una dama francesa, engalanada según la moda de su tierra a fines del reinado de Luis XIII. Este retrato tiene tal empaque, que en los primeros momentos de verlo me asaltó la idea de que pudiese ser el que se sabe que hizo Velázquez a la famosa duquesa de Chevreuse y que se ha perdido. Luego, observándolo bien, se nota que le falta mucho para podérselo atribuir al gran Don Diego. Seguramente es de mano española: de cuál, no me atrevo a precisarlo: que no es de Velázquez, lo prueban descuidos de dibujo en

que nunca incurrió y cierta sequedad, ya impropia de su estilo, por los años a que corresponde; y para ser de Mazo, por ejemplo, me parece demasiado bueno; en fin, aunque nos quedemos con la duda, es interesantísimo y la dama una soberana beldad. Recordando otro retrato de la Chevreuse que hay en Versalles, me inclino a creer que éste también es suyo. Quizá se lo encargara ella misma para dejárselo a alguien que la hospedase y agasajase, o acaso lo mandara pintar algún adorador para tener recuerdo de dulces favores: quién sabe si el rey que, según los papeles de entonces, la colmó de atenciones. Es una mujer muy blanca, de ojos azules, grandes y mimosos, boca preciosa y pelo rubio que cae en bucles sobre la curva de los hombros: según costumbre de aquella corte, está escotada... ¡que hay que verla! En pintura es, y se queda uno pasmado. Lo que más agrada no es que el escote sea exagerado, sino el color y las admirables líneas del busto.

Naturalmente, este retrato contrasta con el de la dama española, que tiene los pechos brutalmente aplastados y el talle estrangulado por la cotilla, la cabeza abrumada por un promontorio de rizos apelotonados y el cuerpo todo desfigurado por el enorme guardainfante: una profanación.

—¡Qué gustos y qué modas tan distintas!—exclamé yo dirigiendo la mirada de uno a otro cuadro y comparándolos.

Beatriz dijo, con gran asombro mío:

—Verdad que sí; ese retrato que dices que puede

ser de la Chevreuse y éste de la condesa de los Alijares, demuestran lo que eran la corte francesa y la española: allá el refinamiento de la elegancia, el estudio minucioso para que luzca la mujer sus encantos; aquí la tiesura forzada, el empeño en ahogar la gracia: parece exageración y, sin embargo, ese contraste revela sociedades y costumbres enteramente diversas. Por los libros de memorias y por toda la literatura de entonces se ve que en la corte francesa había mucho inmoral y censurable, pero compensado por cierto culto instintivo a la alegría y a la vida; aquí la severidad lo ennegrecía todo, y todo era pecado; la etiqueta francesa, de puro rigurosa, era ridícula; la nuestra también, y además era fúnebre; el alcázar de Madrid debía de ser tristísimo, y aquella negrura desteñía y como que se desparramaba por el país. ¡He leído tantos detalles de intolerancia y de ñoñez! ¡Cómo se aburrirían las gentes!: y el aburrimiento creo yo que haría más hipócritas que virtuosos; la prueba es que los predicadores de entonces ponen el grito en el cielo porque no paraban las gentes de ofender a Dios. Esta duquesita de Chevreuse, acostumbrada a divertirse y lucir, aquí se consumiría de tedio, aunque la galantease el mismo rey.

Sorprendido quedé de oir a Beatriz: lo primero, porque no es común que nuestras mujeres hayan leído lo bastante para discurir así; lo segundo, porque dijo todo esto tan naturalmente, con tal acento de sinceridad, que revelaba gran indulgencia. Mi extrañeza estaba también justificada, porque la falta de be-

lleza y la extrema sencillez con que se viste, despreciando detalles y refinamientos de adorno que todas las mujeres procuran, me autorizaban a temer de ella que, habiendo de estar poco agradecida a la naturaleza y privada de ciertas satisfacciones de amor propio, estuviese agriada y fuese intolerante e hipócrita. Todo lo contrario; seguimos hablando, y dijo:

—Esa María de Rohan, la duquesa de Chevreuse, fué la amiga íntima de Ana de Austria; conspiró contra Richelieu, que la llamaba *el diablo;* tan hermosa, que se prendaban de ella lo mismo los grandes señores que sus criados, y hasta Bernardo de Chaux la pretendió e hizo mil disparates por agradarla, sin pensar que ya estaba muy viejo y, además, sin acordarse de que era arzobispo de Tours. La censuraron mucho por sus amoríos y aventuras, pero no era suya toda la culpa. Dos maridos tuvo: con el primero, que fué bueno, se portó admirablemente; el segundo le salió funesto, y a mujer mal casada no hay derecho a pedirle santidad.

En mi cara comprendió lo que me sorprendía su lenguaje.

—¿Te choca que piense así? Ya lo veo. Ante ciertas gentes no lo diría tan claro o callaría; pero irás comprendiendo que soy incapaz de fingir. Las enfermedades del corazón, en lo moral como en lo físico, hay que estudiarlas mucho... y tener gran piedad de quien las padece. Además, te diré que, aunque estoy soltera, no soy niña, y me parece ridículo aparentar una ñoñez que nada tiene que ver con la virtud y

la pureza. Sobre todo, como he de ser sólo para mí misma, soy como quiero ser.

—No te entiendo.

-Quiero decir que no aspiro a gustar a nadie en determinado sentido; sé que no puedo gustar, y la mujer como yo, privada de ciertos atractivos..., que son los que verdaderamente atraen, porque los otros, los que yo puedo tener no hacen más que asegurar lo conquistado..., ¿comprendes? La mujer sin belleza..., que no se haga ilusiones..., y no quiero hacérmelas.

—¡Pero eso es renunciar a la vida!

—¿Y quién te ha dicho que no hay en la vida sino lo que da el amor, tal como lo entienden muchos hombres diciéndolo, y muchas mujeres sin decirlo? Juzga por tí. Estoy segura de que habrás querido o quieres a alguna: con esa, o con otra, pretenderás ser dichoso; pero no supondrás que por sí sola, aunque sea muy hermosa y la rindas muy bien, pueda darte la felicidad completa. La dicha no consiste en colmar una sola pasión. ¡Pobres de nosotros si toda nuestra vida estribara sólo en el amor, que mientras se desea desazona, y cuando se logra destruye, como cosa que arde y a sí misma se abrasa. No, la felicidad se compone de mil anhelos satisfechos: saber, gloria, ambición, riqueza, salud, conciencia segura de sí propia... La mujer que ignore esto, la que sólo dé belleza, no tardará en ser olvidada sino lo que tarde en tener ajado el rostro y deformado el pecho. Si algo valemos, no es únicamente porque sepamos besar, sino porque ayudamos a vivir. ¿Concibes amar con pasión verdade-

ra a mujer que no te entregue más que el cuerpo y se contente con el tuyo? La que de veras te ame, por ti y para ti tendrá ansia de gloria, ambición de fama. ¿No has pensado nunca en la delicia de trabajar teniendo cerca a la mujer amada? Porque a alguna clase de estudio te habrás dedicado; ¿o vives en el ocio de los ricos, que suele hacerlos viles como a los pobres los hace criminales? ¿No trabajas?

Declaro que la escuchaba encantado. En aquel momento, como si temiera desmerecer a los ojos de quien así pensaba, excitado acaso por algo de amor propio, me molestó la idea de parecerle un señorito vulgar, frívolo, inútil; tuve la debilidad de dejarla ver mi deseo de distinguirme por algo y hablé del libro que traigo entre manos; en dos minutos le expliqué lo que me proponía: combatir la preocupación de llamar leyenda dorada, como si fuese fábula, al conjunto magnífico de las viejas glorias de España. Puse, sin duda, entusiasmo y calor en mis palabras, porque me comprendió admirablemente.

No sé si acertaré a describirte lo que entre ambos pasó entonces. Mirándome con honda simpatía, y no a modo de lisonja, sino como quien lealmente aprueba lo que le complace, dijo:

—Eso, cuanto más al alcance del vulgo, mejor. Puedes hacer un libro precioso. Que hablen, que hablen de ti, que te elogien, que te envidien: escríbelo, ya me irás enseñando lo que hagas. No presumo de sabia, pero leo mucho y te diré cuanto se me ocurra—. Y, sonriendo, sin pizca de coquetería, añadió—: Aun-

que no nos una sino un lazo entre fraternal y amistoso, el interés que tu libro me inspire te hará experimentar la ilusión de lo que debe ser para el hombre que trabaja el dulce estímulo de la compañera cariñosa y constante.

No puedes imaginar la impresión que estas palabras me causaron. Jamás había oído cosa igual en labios de mujer. En aquel instante me pareció hasta hermosa.

No porque esto haya influído en mi ánimo; pues pensando fríamente, comprendo que debió de ser mero rasgo de discreta amabilidad, pero lo cierto es que trabajo mucho. Por otra parte, las bibliotecas y archivos de Madrid abren ancho campo a mi actividad; preveo que voy a estar aquí más de lo que pensaba.

Harto de fondas, de viajes, de sociedad enojosa, de amores efímeros, esta vida reposada y sana me encanta; mi espíritu está tranquilo; mi cuerpo cada día más fuerte.

Con mandarme aquí me has hecho gran favor.

Beatriz se va mañana a Sevilla para firmar unas escrituras.

Estér debe llegar la semana próxima.

Adiós, Perico; te quiere con toda su alma tu hermano,

JUAN.

IV

Madrid...

Querido Perico: Más de un mes llevo sin escribirte, y hoy lo hago en tal estado de ánimo que no sé si podré ordenar las ideas, ni menos darte cuenta exacta de lo que siento. ¿Cómo decírtelo? No me inspiras terror; es que no sé lo que me pasa o no quisiera saberlo. En fin, allá va. Yo, que siempre me he burlado de lo que los franceses llaman *donner dans l'œil* y nosotros flechazo... ¡pues eso! Sí, Perico de mi alma; ¡qué impresión me ha causado Estér! Lo que en una comedia o en una novela me parecería absurdo y contado por un amigo me haría reir, eso estoy experimentando hasta el punto de haber perdido la gana de comer y el sueño. Lo que aún me resisto a creer y, sin embargo, debo decirlo, porque me lo da a entender claramente, es que yo le gusto a ella; sí, hermano de mi alma, sin vanidad y sin falsa modestia, le parezco bien. Se complace a mi lado, me atrae, me busca, prolonga nuestros diálogos, hace cuanto puede una mujer para expresar que le halaga y le satisface

la compañía de un hombre. Las atenciones que me dispensa son mucho más insinuantes de lo que debieran para el huésped y el pariente. ¿Quién podría ser sordo a tan lisonjero llamamiento?

Muchos días hace que llegó y aún no he vuelto de mi asombro. Su belleza es extraordinaria. Describirla es exponerse al empleo de tales adjetivos y ponderaciones, que la verdad parecerá increíble. Hay que verla. ¿La recuerdas bien? ¿Viste rubia más graciosa? ¿Hallaste por el mundo andar tan airoso ni busto tan codiciable? Pues, ¿y los pies y las manos? Estas, que con mesurada coquetería mueve y juega mientras habla; aquéllos, que se calza sin atormentarlos, de modo que conserven la forma, son dignos remates de su gallarda figura. Ya sabes que hay dos procedimientos para observar a la mujer—estudio por cierto más importante que el del arancel de aduanas o la legitimidad de la propiedad eclesiástica.— Consiste uno en apreciarla primero en conjunto y después en detalle; otro en hacer antes examen de las partes y elevarse luego a la contemplación del todo. Yo he considerado a Estér de ambas maneras y te aseguro que es una estupenda beldad. Su aspecto es severamente clásico; no hay en ella línea incorrecta ni facción defectuosa y, sin embargo, no peca de frialdad ni sosería, porque tiene multitud de rasgos y matices en que la gracia calienta y anima la perfección estatuaria. ¿Me entiendes? Sospecho que al tacto debe de ser un mármol tibio, aunque creo que los labios estarán a más alta temperatura.

Después de examinarla minuciosamente, puedo afirmar que sus encantos principales son la bizarría del cuerpo, la poderosa expresión de la mirada y la blancura de la tez. ¿Recuerdas aquella magnífica *Lavinia* que en los catálogos de algunos museos pasa por hija de Tiziano y a quien éste retrató, ya a modo de ideal Salomé alzando con los brazos desnudos una fuente de oro con la cabeza del Precursor recién cortada, ya un canastillo de flores?; pues a ella se parece. Mas lo principal en Estér, lo que la hace juntamente adorable y peligrosa, es la atracción, en parte involuntaria, en parte artificiosa, con que se apodera del ánimo y turba los sentidos, ofreciéndose sin cesar, como si al pedir y brindar amor cumpliese una misión impuesta por algo superior a sí misma. Su deseo de agradar no es hervor impúdico, sino sabio empleo de una fuerza legítima. Gusta de ser admirada; hasta sospecho que le agradará ser vista sin que entre su persona y el admirador se interpongan muchos obstáculos, por ricos y elegantes que sean; mas todo esto sin asomo de viciosa torpeza, ingenuamente sentido, cual si poseyera plena conciencia de que la Providencia o la Naturaleza imponen a la belleza el doble deber de inspirar amor y de pagarlo. Acaso el amor sea para Estér el reconocimiento instintivo, espontáneo de una deuda sagrada, contraída en esferas superiores y que aquí bajo ha de satisfacer: lo que afirmo es que quien la ve experimenta en seguida el deseo de que ella entregue pronto los preciosos valores que guarda sin ocultarlos entre monadas y sonrisas.

Su genio es alegre; su carácter, hasta ahora, me parece franco; quizá el ingenio y el lenguaje un poco libres, pero sin que la osadía merme sus fueros al decoro; aun las cosas más arriscadas expresa con decencia.

Porque le haya sido simpático o le inspire confianza, habla conmigo como si nos hubiéramos tratado mucho, y el tuteo, autorizado por el parentesco, aumenta la cordialidad de nuestros diálogos. Se plantó aquí sin avisar. A la hora del almuerzo se presenta con bata blanca, sin grandes pretensiones ni más alardes de coquetería que mostrar en gran parte los brazos desnudos y el primor del peinado, que, como los sonetos buenos, aunque parece hecho fácilmente, debe de ser labor delicadísima. En cambio, las dos noches que ha comido aquí, como luego iba al teatro Real, estaba vestida con astuta sencillez y exquisito gusto; la primera, traje de seda verde mirto, y en la cabeza un pequeño lazo rosa. Al concluir de comer avisaron que estaba el coche y se marchó, diciendo:

—He convidado a una amiga y voy a buscarla; si no fuera por esto, me quedaba contigo y te dedicaba la noche.

La vi marchar con pena, y creí o me hice la ilusión de que, al darme la mano, me miró como ellas miran cuando quieren dejarle a uno pensativo.

Pasados cuatro días, la segunda noche que comimos juntos y en que también debía ir al Real, se presentó en el comedor con traje de terciopelo negro muy ceñido, exento de adornos para que nada altera-

se las líneas de su busto y caderas, y muy escotada; advirtiendo que puede, sin escándalo, escotarse mucho, porque tiene la tabla del pecho bastante alta. El contraste creado por el negro profundo del terciopelo con la suave blancura de su piel era cosa admirable y renuncio a las comparaciones. Rasgo característico: no usa joyas; persuadida sin duda de que perlas y brillantes, por ricos que fueran, no indemnizarían a la vista del trozo de cutis que cubrieran.

Hablamos de los cuadros, de viajes, de chismes de sociedad; y al comentar actos de hombres y mujeres, como es natural, vinimos a parar en el amor. Da gusto charlar con ella, porque es sincera e indulgente; cuando habla de sí, su lealtad la lleva a grandes osadías; dice, por ejemplo: «Yo me entregaré sin reserva de ninguna clase, pero sólo cuando esté segura de que el elegido es absolutamente mío, pues hasta de su propio pensamiento seré celosa.» Respecto del prójimo, su tolerancia es como la de esos confesores que siempre absuelven, y afirma que en amor hay que pasar por todo y perdonarlo todo, menos el engaño. El haber estado casada, aunque poco tiempo, le permite juzgar de ciertas cosas por experiencia; y respecto de otras, su intuición es maravillosa. Los hipócritas y timoratos la tildarán de desvergonzada; a mí me encanta, porque en algunos momentos parece que habla por sus labios la madre Naturaleza, no sin cierto pudor que la hace bajar los párpados y aun ruborizarse un poquito, pero sin sombra de gazmoñería.

Para que comprendas bien cómo es, porque un ras-

go sólo pinta un carácter, te contaré que la otra mañana, al atravesar ella y yo una galería, sorprendimos al mozo de comedor dando un beso en el cuello a la segunda doncella: éstos, por la disposición del sitio, no podían sentirnos llegar, si no avanzábamos. Estér, con caritativa prudencia, se paró y me detuvo, pronunciando estas admirables palabras:

—¡Pobrecillos! Por si se quieren de veras, que no nos vean; ya le diré yo a la chica que sea prudente.

Y nos fuimos por otro lado.

Pero vengamos al final de la segunda comida que hicimos juntos. Toda la luz del comedor, espléndidamente alumbrado, parecía preparada para que luciese su figura: la intensa claridad y el contraste con la negrura del terciopelo, hacían resaltar lo blanco de sus hombros: se le veían hasta las venillas azuladas del nacimiento del pecho. El claro-oscuro del pelo, recogido formando grandes ondas, tenía reflejos sedosos, y algunos cabellos sueltos, que brillaban por transparencia, semejaban hebras luminosas. Los ojos... Te advierto que los ojos de Estér no son azules, ni negros, ni verdes: a primera vista, cuando está distraída, cuando no hace caso de lo que dice o escucha, y por decirlo así, no está en el mundo, son pardos; aunque hermosos, casi vulgares. Pero presto sale de su error quien así los juzga sin haberlos observado despacio; porque apenas ella se anima con lo que dice o escucha, en cuanto siente interés, gusto, deseo, alegría o enfado por cualquier cosa, aquel tono parduzco y amortiguado se le enciende y aviva, adquiriendo en-

canto irresistible: en su iris misterioso surgen menudísimas estrías que fulguran como átomos de luz dorada: son ojos de oro, no hay otro modo de decirlo; pero sin la antipática frialdad y dureza del brillo metálico: antes al contrario, de dulce y suave expresión, de languidez mimosa, que en algunos momentos se hace francamente sensual, dejando a quien favorecen impresión de caricia: ojos prometedores de cuanto se les quiera pedir y de mucho más que ellos saben inventar.

Tan embebecido en mirarlos hablaba yo con Estér aquella noche, ya terminada la comida, que el café se me quedó frío y a cada momento se me apagaba el cigarro, cuando, sacándome de mi adoración, oí una voz que decía:

—Señora: está el coche.

Ella miró al reloj, y al ver que iban a dar las once, primero dirigiéndose al criado y luego a mí, pronunció estas palabras:

—Que se vaya: no lo quiero. Hoy sí que te dedico la noche.

A punto estuve de preguntar: ¿Toda? No me atreví; pero sin duda lo que los labios no formularon debió de darlo a entender mi maliciosa sonrisa, porque dijo Estér:

—Hasta la una o la una y media. ¿Te parece poco?

—Para estar a tu lado, sí... y eso que dos horas bien aprovechadas... Pero ¿renuncias por mí al teatro habiéndote vestido tan primorosamente?

La respuesta fué echar a andar, haciendo seña de

que la siguiera. Entramos en su gabinete, amueblado con la más discreta combinación de sencillez y riqueza; y lo que allí sucedió, o para hablar con propiedad, lo que salió de sus labios, fué inaudito, increíble.

Primero se acercó a la chimenea, levantándose un poquito la falda, no sé si para calentarse los pies o para que se los viese: me complazco en creer que para lo segundo, porque se los miré fijamente sin que los retirase. Luego hablamos largamente, sentado yo en un sofá y ella unos ratos andando por la habitación, otros dejándose caer en una butaca pequeña, o en una meridiana; ya accionando con elegante naturalidad para que los movimientos hicieran valer la gracia, ya permaneciendo quieta para dar reposo a la vista y espacio a la contemplación. Supongo que tu asombro al leer lo que sigue será igual al que experimenté. Momentos hubo en que dudé si era mujer de carne y hueso o figura soñada; símbolo, acaso, del poder de la belleza y de lo que exige al hombre. Pero no, no era sueño, que algunos instantes sentía llegar hasta mi cara su respiración, y otros, no hay que olvidar el parentesco, me ponía la mano en el hombro.

—¿Tanto te choca que después de vestida me quede contigo? ¿Te parece mal?

—El sacrificarte privándote de ser admirada, me halaga muchísimo; pero eso que has dicho de hasta la una... es cruel. ¿Crees que en dos horas hay tiempo de ver todo lo que en tí merece verse?

—Lo que veo yo es que te consideras obligado a

galantearme, y aborrezco la galantería, que es la moneda falsa del amor.

—¿Por dónde es falsedad decirte que eres hermosa y que da gozo mirarte?

—No, ya sé lo que soy, y me alegro lo indecible; primero por mí misma... luego por alguien, no sé aún por quién. . por el que sepa apoderarse de mí.

—¿Y si ese fuera yo?

—Vamos a cuentas: las cosas claras. ¿No dijo no sé qué filósofo que la hermosura es el resplandor de la verdad?; pues verás qué verdades te dice esta mujer guapa. Desde que llegué comprendí la impresión que te produje. Te gusto muchísimo: ahora mismo estás deseando halagarme con frases bonitas y hasta sinceras: todas me las figuro; aun las más apasionadas y atrevidas, que me harían mucha gracia; pero no quiero exponerte ni a que peques de corto y quedes descontento de tí, ni a que te excedas algo y sea yo quien pierda ilusión.

—¡Eres admirable!

—Franca nada más. El quedarme en casa no ha sido sacrificio. Me he vestido para tí, me he peinado pensando en agradarte; lo de no salir lo decidí al verme en el espejo con este traje que me favorece bastante; pero. . una interrupción: a propósito de traje; tú, que eres tan artista y te entusiasmas tanto con todo lo antiguo y entiendes tanto de ello, quiero que me veas puesto, en cuanto me lo entreguen, y me digas si está bien o hay que modificarlo, un

traje que me he encargado para los cuadros plásticos que van a hacer en casa de los Triana.

—¿Qué Triana y qué cuadros son esos?

—Los duques de Triana: ella es íntima amiga mía. Va a dar en su palacio una gran fiesta en honor de un príncipe extranjero y hacen dos cuadros plásticos: uno de no sé qué escena del *Quijote* y otro un grupo de mujeres griegas que se acercan a un ara con ánforas, cabritillos, palomas y flores. Lo ha dirigido todo un pintor amigo de los Triana.

—Y tú eres una de esas griegas.

—Cabal...

—Habrá que verte en traje griego.

—Me verás antes que nadie; te lo prometo: el día que me lo pruebe... Pero volvamos a lo de antes, que es lo principal. Pues me dije: esta noche salgo de dudas; por lo menos, le pongo en antecedentes para que ni se engañe ni sea yo la engañada, aunque esto último me parece difícil.

Indudablemente se me pintó la estupefacción en la cara. Estér continuó hablando a ratos, como hablamos todos, con frases llanas y corrientes, y a veces diciendo cosas que parecían ya reminiscencias de lecturas, ya conceptos extravagantes, y sobre todo con ideas impregnadas de romántica novelería; así es ella: siempre se sale algo de lo trillado.

—Repito—continuó—que me he dado cuenta del efecto que te causo; como tú, aunque yo intentara disimularla, te la darás pronto de la simpatía que me inspiras. Por esto, a riesgo de que me creas atrevida

o desapudorada, imprudente por lo menos, procuro que me conozcas. En mí hay dos mujeres: una, la que soy conmigo misma y no puedo ni quiero mostrar al prójimo, la que sólo mostraré a mi amado; otra, la que tengo que ser en sociedad: para ti no debe existir sino la primera. Te gusto, me deseas, empiezas a quererme... No me quieras sin escucharme. Mira bien lo que haces. Sabe que en la hora de pagar el sentimiento que inspire seré espléndida, derrochadora, pródiga: ternuras de mi alma, tesoros de mi cuerpo, todo será para ti; desde lo que hace temblar a la esposa más púdica hasta lo que invente la más refinada pecadora de oficio; que la verdadera pasión discurre y afina más que la astucia profesional. Pero nada te daré mientras no esté segura de que soy tu dueño absoluto, como tú has de serlo mío. Yo lo excluyo todo: despídete del encanto de la amistad, de la lucha por la ambición, del afán de medro, del trabajo por la ciencia, del entusiasmo por el arte; ni aun con el ansia de gloria he de compartir mi dominio: serás lo que yo quiera, y nada más. Puede que te alargue la vida y te la haga famosa, si me da por ahí, ¡tal vez! puede que te envilezca y te mate, ¡no lo sé! Mi amor es como el reino de los cielos ofrecido por el Nazareno: para ganarlo hay que renunciar al mundo.

Todo esto dijo con vehemencia, pero sin arrogancia, con rara mezcla de dulcedumbre y energía, esforzándose en mostrarse sincera, desnudándose el alma. Quedé pasmado, absorto, dudoso entre si era mujer real, dama de ahora que tuviese el temperamento dañado y

la inteligencia extraviada, o si debía ver en ella la encarnación misteriosa del poder incontrastable con que la belleza se impone al hombre y lo avasalla.

De esta cavilación me sacaron una sonrisa que corrió desde sus ojos de oro hasta sus labios de grana y un gracioso movimiento que hizo para recostarse en la meridiana. No fuí dueño de mí. Al verla casi echada, arreglándose el pelo, puestos en alto los brazos, de modo que mostraba el busto entero, alargué los míos, y arrodillándome cerca de ella, la estreché el talle, sintiéndolo ceder bajo mis dedos; clara señal de que no llevaba corsé. Dándose cuenta de mi sorpresa y confirmándola, dijo:

—No; no uso corsé: las modistas se desesperan conmigo.

—Pues tienes un cuerpo ideal.

—Si no me tildaras de orgullosa, te diría que soy como la Venus de Esquilino, ¿la recuerdas? aquella que le faltan los brazos y está enteramente desnuda, sin más que unas sandalias preciosas; no hay otra diferencia sino que tengo un poquito más de pecho.

¿Cómo escucharla y no rendir su culto a la deidad? Sin la menor violencia, sin ánimo de fuerza, imaginando que la oportunidad era propicia, intenté besarla, nada más que besarla; desprendí las manos del talle para cogerle las suyas y atraerla hacia mí; pero ella se desasió conteniéndome severamente, igual que pudiera hacerlo la diosa Juno con un atrevido pastorcillo, al mismo tiempo que decía:

—No seas loco... ni tonto. Cogerías una cosa inerte,

pasiva, fría; cuando comprenda que eres mío, cuando sienta que me quieres, seré para tí como una llama.

Después de esto, insistir hubiera sido de mal gusto e imposible hablar de cosas indiferentes.

—Tienes que perdonarme; tu hermosura todo lo disculpa; no se te ocultará que marcharme ahora, a pesar de aquello de las dos horas convenidas, es prueba de respeto.

Salí confuso, arrepentido de lo que acababa de hacer, trastornado aún por sus palabras, pero esperanzado de que la impresión se me borraría pronto y volvería la serenidad a mi razón. Han pasado algunos días; Estér no come en casa ni vuelve hasta muy tarde; no la veo, me huye, tal vez dejando astutamente que me desespere y la codicie. ¡Y lo ha logrado! Por más reflexiones que me hago no recobro la tranquilidad. Ya no me paro a indagar si es una mujer superior libre de preocupaciones vulgares, limpia de hipocresía, o si es una gran coqueta, una grandísima pícara. ¿Es Eva en toda su pureza? ¿Es su compañera la serpiente, que ha tomado forma femenina? No lo sé; lo indudable, hermano mío, es que no puedo vivir sin ella.

¡Pobre de mí! Pretendo buscar refugio y consuelo en el trabajo. Mi libro, sí, ¡a mi libro!; si esto no me salva, estoy perdido. ¡Leer, escribir, pensar! Algo que me arranque su imagen de la memoria, algo que la destruya y la extirpe. ¡Si yo consiguiera hacer el libro tal como lo concibo! Pero es horrible lo que me pasa. Me pongo ante las cuartillas, y en vez de acudir a mi mente las ideas dóciles, los juicios claros, los períodos

rotundos, las frases afortunadas, quien viene es ella, Estér, o una parte de ella: los ojos, la boca, los pies, el busto entero. Desvarío, sueño despierto; me parece que con la cabellera suelta me envuelve, me ahoga y ¡abur trabajo! El entendimiento se desordena, la fantasía se dispara.

Esto me sucede: ya irás sabiendo lo demás. Adiós, hermano. Acuérdate y compadécete de mí.

Tu hermano, que te quiere mucho,

JUAN.

V

Madrid. . . .

Querido Perico: Me encuentro en un estado de abatimiento moral y al mismo tiempo de excitabilidad nerviosa, que de no apaciguarse pronto acabará conmigo.

Estér se va todos los días a comer con amigas; me huye para que la desee, y lo consigue; pero hay en esta conducta cierto error de cálculo, porque el pensar en ella y codiciarla, no ejerce en mi alma el mismo trastorno, la misma perturbación que tenerla delante: su fuerza estriba en dejarse ver; sus actos, su astucia, importan relativamente poco, comparados con la emoción que causa mirarla. La prueba es que, durante su ausencia, aunque cada vez que la recuerdo se me va el santo no sé si al cielo o al infierno, otras cavilaciones ocupan también mi pensamiento;; lo cual prueba que su hechizo, el de Estér, entra por los ojos.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, que no sé si lograré prolongar, trabajo lo que puedo. La adjunta carta de Beatriz te explicará cuáles son aquellas cavilaciones.

DE BEATRIZ A JUAN

Sevilla ..

Querido Juan: Lo que voy a decirte te dará idea de la simpatía que por tí siento y del interés que me inspira tu libro. No te sorprenda que una mujer hable de esta manera; harto sabes que en el alma femenina cabe todo: desde el egoísmo pasional que pretende apoderarse del hombre sólo por placer y orgullo de poseerlo y dominarlo, hasta la abnegación, también algo orgullosa, que consiste en animarle a vivir y hacer su nombre glorioso. No me llames literata ni marisabidilla; aprovecha de estas líneas lo que te convenga, y nada más. Supongo que seguirás trabajando. Aquí he visto y he oído cosas de que te conviene tener noticia. En primer lugar, este Archivo de Indias es un verdadero arsenal para la labor que traes entre manos; debes venir a pasar en esta ciudad una temporada. Segunda cosa que te importa: no lejos de la casa que habito ha muerto, hace pocas semanas, un señor muy viejo, hombre de gran cultura, que había formado una biblioteca que contiene miles de libros raros de los siglos XV al XVII, utilísimos para tu intento: códices desconocidos, manuscritos preciosos, ejemplares únicos, pliegos sueltos con relaciones de sucesos particulares; en fin, una mina, un tesoro que, según quien lo explote, dará ocasión a engendros de erudición deslavazada e indigesta, o a estudios amenísimos donde surja y palpite el alma

de lo pasado. Estoy en trato para comprarlo todo, a fin de que puedas aprovecharlo.

Entre el polvo que envuelve esos tomos y legajos, está el espectáculo magnífico de los tiempos que fueron con sus creencias y sus ideas, sus afanes y sus ambiciones, sus penas y sus placeres, sus errores y sus aciertos. ¿Por qué no has de ser tú quien haga el prodigio de reconstituirlo?

No te importen las veladas de estudio, los momentos de duda, los desfallecimientos de cansancio: todos estos dolores del trabajo serán como los braceros que excavan en las ruinas: alguna vez se fatigan, hasta parece que se rinden; mas luego tornan a su empeño, y de entre los pedruscos calcinados y las osamentas carcomidas, sacan de la tierra, limpiándolo con triunfante cuidado, el busto glorioso de una estatua de mármol. Quiero que trabajes. ¿Me entiendes? ¡Lo quiero! No sé lo que daría por tener imperio sobre ti. Nada: ¡que me he empeñado en ser tu musa!

Tercera cosa que te interesa: he sabido que García Mayo, el catedrático de Madrid, está escribiendo una obra, cuyo asunto, si no anda mal informado quien me da la noticia, es análogo al de tu libro: no han podido decirme a punto fijo cuál es el asunto. Dados el mérito y la autoridad de ese hombre, el haber coincidido con él, aunque en cierto modo y por de pronto te halagara, sería desastroso para el éxito de tu libro. En fin, entérate, vé a verle y saldremos de dudas. Y suceda lo que suceda, no te desanimes; nada de renunciar a lo hecho.

Con lo que eres y vales, tienes obligación de trabajar. Quisiera que fueses a tus propios ojos despreciable, si no trabajases.

. . . .

(Hasta aquí Beatriz).

Comprenderás, hermano de mi alma, que al día siguiente me planté en casa de García Mayo, a quien, por ventura, fuí presentado hace poco. Le hablé del libro, le enseñé el plan, le leí fragmentos, le consulté cuanto quise, y luego de escucharme con singular benevolencia: «Esté usted tranquilo—me dijo—. Mi obra es cosa distinta que en nada puede perjudicar a eso; lo que lleva usted hecho está bien; no se desanime usted y siga trabajando.»

No tranquilo, sino loco de contento, salí de aquel cuarto con aspecto de celda, donde me recibió el sabio.

¿Por qué te refiero todo esto? Para que veas lo que Beatriz está siendo para mí: entre ella y yo se ha establecido una comunicación ideal; no sólo se entusiasma con mi trabajo, sino que me procura medios de continuarlo y hasta evita cuando pudiera causarme descorazonamiento. Tiene razón; es una musa serena y casta, que infunde el amor a la gloria. ¡Si esto bastase para vivir!

Pero es el caso que me pongo a escribir y la imagen de Estér surge de pronto en mi pensamiento y lo turba. ¡Cómo me fascina y me atrae! Creo verla; la veo. Sus ojos brillan lánguidamente; todo su cuerpo parece

llamarme con estremecimiento misterioso, como si aguardara el debido tributo de mis besos. ¿Por qué no había de ser ella la que me inspirase aquel deseo de gloria, o por qué la otra, Beatriz, no había de tener y querer darme esa misma hermosura?

Acaso son estas dos mujeres las mitades truncadas, descabaladas, de un todo superior. ¿Recuerdas la ficción platónica que explica el origen del amor?

Dice que los dioses crearon el ser perfecto, el individuo con la doble sexualidad; cometió una falta y, en castigo, fueron los sexos separados; hubo hembras y varones, y como ya ninguno de ambos es completo, eternamente se andan buscando hombres y mujeres con ansia infinita, inacabable, eterna, de volver a juntarse y ser perfectos. ¡Admirable fábula! Pues algo análogo, que yo no acierto a precisar reduciéndolo a símbolo, ha debido de suceder con los anhelos que en mi ánimo representan estas dos mujeres. Si fuera posible juntar el espíritu de una a la forma de otra, se crearía el ser femenino perfecto, capaz de sentir y satisfacer juntamente la sed de idealidad, que es natural aspiración del alma, y aquella otra sed más seca y ardorosa en que los sentidos se abrasan cuando la belleza se les ofrece hecha carne que pueden poseer y gozar. ¡Ay, Pedro! ¿Por qué no han de ser mías ambas? Y no me digas que estoy loco; todos lo estaremos, pues no habrá hombre que en algún momento de su vida no haya pensado lo que yo pienso ahora. Con igual fuerza me siento atraído por ellas; com-

prendo que sobre ambas ejerzo poder análogo al que tienen sobre mí, y esto mismo hace más incierta la lucha.

Adiós, hermano. Te quiere siempre,

JUAN.

VI

Madrid...

Querido Pedro: Te escribo después de una emoción vivísima, producida por algo tan extraordinario que entra en los dominios de lo inverosímil y fantástico. Hay momentos en que estoy seguro de la realidad, de que lo sucedido es cierto; otros me parece que lo he soñado.

Te diré, ante todo, que Beatriz volvió hace algunos días; pero nos hemos visto poco, porque anda malucha y apenas sale de sus habitaciones, donde almuerza y come. Además, me parece que evita lo que puede, discretamente, encontrarse con Estér. Conmigo no ha tenido más que una conversación, en la cual se informó de lo que he adelantado en el libro y de mi entrevista con García Mayo, animándome luego con cariñosas y vehementes frases a que persevere en el trabajo.

Sus palabras me impresionaron mucho; me habló de la gloria que para mí desea, como pudiera hacerlo una madre muy inteligente o una amante muy

desinteresada y juiciosa. Después no he vuelto a verla. Es decir, no sé si la he visto o si un fantasma, una imagen maravillosa ha tomado la apariencia de su forma para acabar de trastornarme. Te contaré lo sucedido; y prepárate, porque la aventura es increíble.

Como Estér suele también almorzar sola en sus habitaciones y va frecuentemente a comer con amigas, llevábamos una semana sin vernos. Hace dos días, al sentarme yo a comer solo, viendo puesto cubierto para ella, la esperé. Contra su costumbre, se presentó vestida sin galas lujosas, y durante la comida hablamos de cosas indiferentes. Al tomar el café, luego de retirarse los dos criados que nos sirven, dejó pasar unos instantes como para cerciorarse de que nadie nos interrumpía, y dijo bajando la voz:

—Te prometí enseñarte el traje griego que me he hecho para los cuadros plásticos de casa de los de Triana. Está precioso.

—¿De veras te lo pondrás para que yo lo vea?

—Sí; esta noche... pero alguien viene.

Entró un criado, que se entretuvo unos minutos recogiendo objetos del servicio. El silencio que guardó Estér me indicó claramente que preparaba una entrevista secreta. Al quedarnos solos continuó:

—No quiero que nadie lo sepa. Aprovechemos esta misma noche en que Beatriz no ha de moverse de su cuarto, porque está delicada, y porque si se enterase, me lo censuraría mucho. Ya te habrás dado cuenta de que es envidiosa.

—¿Y cómo nos las arreglaremos?

—Muy sencillo: yo me estaré con Beatriz hasta que se duerma, haciéndole compañía; luego me voy a mi cuarto; como de costumbre, allá a la una y media, la doncella me despeina, me da la bata y se retira. Una hora después, cuando yo calcule que todos están recogidos, en vez de acostarme me pongo el traje y voy a tu despacho. Conozco la casa palmo a palmo y no he de tropezar aunque ande a oscuras. Prefiero esto a que tan tarde vengas tú a mi gabinete. No tienes más que dejar tu puerta encajada, sin cerrarla, y todas las cortinas bajadas para que no se vea luz. Espérame—. Y con una mirada algo burlona, añadió—: No te duermas.

El cuarto donde trabajo, y en el cual debía esperarla, es una sala de siete a ocho metros por lado, con dos balcones al jardín: tiene dos puertas: una que abre paso a mi dormitorio y tocador; otra a la galería, que la pone en comunicación con el resto de la casa. Cubren los muros estanterías de roble antiguo, con libros, y magníficos cuadros: ante uno de los balcones está la mesa, cargada de papeles: cerca de ella, colocado diagonalmente, a poca distancia de la chimenea, hay un enorme diván, muy ancho, con grandes almohadones, comodísimo: la alfombra es roja, lisa, y, tendidos encima, hay un tapiz oriental y varias pieles: sillones de cueros labrados y aparatos de luz eléctrica, que deshacen algo del carácter de la estancia, pero que alumbran mucho, completan el conjunto.

Esperé con nervioso desasosiego: en el reloj inglés antiguo, de gran sonería, colocado en la chimenea, el juego de campanas, que trae a la memoria los *carrillons* de las catedrales flamencas, dió la una. Creció mi ansiedad. El cuarto... la media... otro cuarto... Empecé a sospechar si se habría burlado de mí. ¡Las dos! En el colmo de la impaciencia lo apagué todo y me puse ante la puerta que da a la galería, aguzando el oído. De pronto sentí un rumor apenas perceptible, y antes que pudiera retroceder para dar luz, unas manos tropezaban conmigo. Alargué las mías, y, cogiendo a Estér, la atraje hacia el medio de la habitación, donde el bulto blanquecino de su figura quedó rojizamente iluminado por el resplandor de dos o tres leños que se consumían en la chimenea, ya sin llama, hechos brasa.

—Enciende—dijo soltándome.

Obedecí: la sala se inundó de claridad vivísima. ¡Qué maravilla de mujer! Desconfío, hermano, de saber describir lo que mis ojos vieron. Estér había, sin duda, copiado su traje de algún cuadro de Alma-Tadema o de Moore..

Interiormente, acaso no más por miedo a enfriarse, llevaba un túnico de hilo corto, sin mangas. Sobre éste, el verdadero peplo helénico, formado por un amplísimo rectángulo de lanilla blanca muy endeble y flexible, puesto de modo que la envolvía el cuerpo todo, circundándolo, y ocultaba por completo el lado izquierdo, excepto el brazo, viniendo luego a recogerse y sujetarse sobre el hombro contrario con un bro-

che que era un soberbio camafeo; así que por el lado derecho, mientras estaba quieta, con sólo el caer abundante de la tela, que hacía muchos y menudos pliegues, también quedaba castamente cubierta: mas al andar o accionar con natural desenvoltura, las junturas y bordes se entreabrían, mostrando en súbitas apariciones, ya el túnico interior bajo el cual temblaba el pecho contenido por tirillas de lienzo entrecruzadas, ya el contorno admirable de la cadera y de la pierna. La parte inferior de la vestidura traía adornada por una greca a modo de meandro, hecha con listones de galón encarnado.

No hay ropaje que oculte y revele mejor la forma: en reposo y andando lentamente, todo lo tapa; cuando por el movimiento de la persona o la violencia del aire se ciñe como el paño húmedo a la escultura de barro recién modelada, entonces todo lo dibuja: según quien se lo pone y maneja, es libre o pudoroso; la actitud lo hace incitante o casto, y a voluntad de la mujer, permanecen en honesto secreto sus encantos o se delatan con sus propias líneas; de suerte que, sin acabar de mostrarse, aparece más codiciable la belleza.

Tenía el peinado hecho en *corymbo*, que es toda la mata del pelo reunido hacia arriba, sin estirarlo demasiado, sujeto por delante con estrechas cintas que van de uno a otro lado de la cabeza, y formando el moño en la parte alta a manera de piña, de la cual se escapa, semejante a una llama pequeña, un ricillo endiablado y gracioso.

Su calzado eran *crépidas*, especie de sandalias formadas por la suela, donde la planta descansa entre estrechos rebordes, dejando ver los dedos y la prominencia del empeine, por cima del cual, sin taparlo, se enlazan, formando ángulo, las blandas correíllas que se sujetan al tobillo.

Tal se me presentó Estér: como una griega auténtica de Atenas que anduviese camino de la fuente sagrada cuyas aguas, buscadas al tiempo que brilla la estrella de Venus, hacen fiel y vigoroso al hombre amado; como doncella de Corinto que viniera de ofrecer una pareja de palomas negras en el ara de Hécate para implorar el auxilio de un filtro contra una pasión desventurada; así debían de ser las que embalsaman con su dulce y enérgica poesía las tragedias de Eurípides: la enamorada Alcestes, la dulce Polixena, la triste Hécuba, la terrible Medea.

Lo único en que infringía algo la verdad era en traer el peplo un poquito más corto, inexactitud calculada para lucir los pies; y bien puede, porque son preciosos: finos, altos por el tarso, blandamente carnosos y de sonrosada blancura, que surcan venas débilmente azuladas.

Con los brazos en alto, para mostrarse bien, quedó inmóvil junto al diván, diciendo:

—¿Qué te parece?

—¡Admirable! Pudieras servir de modelo a los que esculpieron los frisos del Parthenón... Pero, ¿te vas a poner así en casa de los Triana?—pregunté, seña-

lando los pies y el arranque de la pierna que se le veía por entre la abertura lateral del peplo.

—No; cerraré esto un poco y me pondré unas mallas finísimas de seda, que tienen sus dedos y todo. Esto es sólo para ti.—Y como viera la sorpresa pintada en mi semblante, continuó—: Te conozco bastante para saber que una griega con medias te habría horrorizado, y lo que deseaba era todo lo contrario.

Es extraño, te diré, hermano mío, abriendo un paréntesis, lo que con Estér me acontece. A poco de tenerla al lado, la mujer, aunque llena de atractivos, mujer al fin, parece que se transforma engrandeciéndose y poetizándose, haciéndome experimentar algo misterioso que ya no es el influjo personal de una beldad determinada, mortal como yo, sino el imperio de la belleza misma. Mi alma tiende a unirse con ella; pero como el alma es esencia, cosa espiritual que por sí sola no ejecuta mi obra, transmite a los sentidos su anhelo, les hace sus medianeros, y éstos, entonces, la admiran y codician, ansiosos de cumplir la misión sagrada de enamorarla y poseerla. En otras ocasiones también sucede que, lejos de parecerme atrayente y codiciable, me atemoriza y arredra, cual si una voz secreta me hiciese presentir que hay peligro en amarla y mayor en ser amado de ella, porque sus artes engañosas y maléficas quitan la razón y hasta la vida, y que, cuando llegase a gozarla, no sería yo su dueño, sino ella mi tirano.

Mientras yo seguía en pie contemplándola, Estér se sentó en el diván y, al sentarse, la ligera y flexi-

ble tela, que en unas partes se plegaba y en otras se ceñía, dibujó con graciosas líneas las proporciones admirables de su cuerpo. No había en la actitud y el ropaje asomo de impudor; y, sin embargo, aquellos medianeros del alma, mis sentidos, experimentaron una fuerte sacudida, reconociendo de improviso el poder soberano que les hacía juguete de lo mismo que ansiaban poseer.

Me senté en el diván junto a ella; cediendo a un impulso irresistible, pero sin la menor violencia, con el brazo derecho rodeé su cintura y con la mano izquierda estreché una de las suyas. No me rechazó, ni siquiera hizo movimiento de esquivarse: la atraje despacito y, al través de la endeble lanilla del peplo, sentí el calor de su cuerpo; ella dejó caer sobre mi hombro la cabeza; se la cogí con ambas manos, metiendo bien los dedos entre el pelo, abarcándole el cráneo entre las palmas, como si quisiera apoderarme del centro de su pensamiento, y atrayéndola todavía más hacia mí, la besé en los ojos. Durante unos segundos consintió la caricia; luego quise besarla en la boca, y entonces, aunque sin señal de enojo, me apartó sonriendo, al mismo tiempo que decía:

—Aún no; ya sabes que no he de ser tuya hasta que no me pertenezcas en absoluto, hasta que no sientas nada que no sea inspirado por mí.

—Harto sabes tú que soy libre..., que no estoy ligado a ninguna mujer.

—No me has comprendido. Quizá si pusieras en otra mujer los ojos no me importase; tan segura es-

toy de que volverías a mí. ¿No me has repetido mil veces que soy la belleza misma? ¿Qué voy a temer? Al decirte que seas mío en absoluto, pretendo expresar que no aspiro sólo a recrear y hermosear tu vida: es que la quiero completa, entera, desprendida de todo. ¿Tienes gusto, entusiasmo, interés, capricho, pasión por algo? ¡Ese algo es mi enemigo!

A ratos paseando por la espaciosa sala; ya recostada en un mueble; ya sentándose o tornando a levantarse; más o menos iluminada, según que venía a quedar bajo la araña pendiente de la techumbre o se aproximaba a la penumbra de los rincones, su figura clásica, su lenguaje apasionado, su mirada voluntariosa me causaban emoción indecible. Momentos hubo en que creí soñar; sus palabras y mi propio desasosiego me hacían comprender que estaba despierto.

Aquello era absurdo; se había vestido con el más refinado estudio para enloquecerme; había buscado la ocasión y la hora favorables a su propósito; tenia la certeza de que me enamora: soy libre, estábamos solos... y nada.

De repente se paró ante la mesa, totalmente ocupada por montoncillos de papeles y pequeños legajos de apuntes, notas y borradores que forman el material de mi libro.

—¡Cuánto papelote! ¿Qué es todo esto?

—La obra que estoy escribiendo, mi libro—repuse con entonación que debió de parecerle vanidosa.

—¿Y estás muy entusiasmado con eso?

—Lo hago a gusto, y creo que si acierto...

—Te cubres de gloria—interrumpió irónicamente.

—No diré que me cubra de gloria, pero me halagaría mucho...

—¿Y para qué tanto papel suelto, tanto pliego lleno de garrapatos, tanto libro con señales puestas?

—Pues todo eso, ya te lo he dicho, son datos, apuntes, observaciones, ideas sueltas que he ido reuniendo a fuerza de lectura, de meditación, de estudio; pensamientos ajenos y juicios propios... en una palabra, el plan, el armazón, el andamiaje del libro.

—¿Y ese montón grande de cuartillas?

—Eso es lo que llevo hecho, lo definitivo y acabado... aunque corrija algo, porque nunca acaba uno de corregir.

—¿Y siempre estás pensando en esto?

—Siempre, precisamente, no...

—En fin, que sueñas con ser célebre.

—No tanto; pero ya te he dicho que me halagaría mucho la idea de realizar una buena obra y la esperanza de escribir un libro notable.

—¿Y eso te deja alma, interés, corazón, cabeza, ansia para otras cosas? ¿En eso cifras lo mejor de ti mismo?

—¿Qué quieres decir? No te comprendo; ¿por qué te alteras?

Se puso muy seria; el ceño fruncido, la boca algo contraída, como si se mordiese los labios, y apartándose de la mesa fué lentamente hacia el centro de la sala. Se aproximó a la chimenea donde un leño, que

yo había echado hacía poco, lanzaba de sus fibras dardos de vivísimas llamas, y sentándose en el diván se recostó de medio lado, quedando casi tumbada; la cabeza, con los brazos cruzados bajo la nuca, descansaba sobre los almohadones: el ropaje, pegado al cuerpo, lo modelaba perfectamente; los pies, extendidos y caídos fuera del asiento, buscaban el calor del fuego.

—Tengo frío—dijo—; atiza más esa lumbre.

Me incliné, agachándome hacia el hogar; añadí otro leño, del cual se desprendió pronto intensa llamarada, y sin levantarme volví la cabeza para mirarla. La expresión de su rostro había cambiado, trocándose aquel desabrimiento y adustez de hacía pocos momentos en una sonrisa encantadora.

Medio arrodillado como estaba, al tenerla tan cerca de mí, no pude resistir a la tentación de extender las manos; la cogí primero los pies, después toqué, no sin respeto, las caderas, toda el arca del cuerpo, diciendo:

—¡Pobrecita! Estás helada.

—Sí, tengo frío; mucho frío.

Yo, al sentir que se estremecía, la oprimí entre mis brazos: lejos de mostrar enojo, me miró con ternura.

—¿Quieres que te acerque el diván a la chimenea?

—No; verás, esto es mejor—dijo, e incorporándose con pasmosa rapidez, de un salto se colocó sobre el tapiz, en el suelo, a mi lado, haciéndome quedar más cerca del fuego y acurrucándose mimosamente contra

mí: yo, al recibir aquel dulce choque, tuve que apoyarme también en el suelo, y allí quedamos ambos sentados, muy unidos, casi abrazados; ella, tiritando real o fingidamente, y yo, contemplando su cara, intensamente alumbrada por las llamas de la chimenea, que ponían en la tez blanquísima reflejos azulados y rojos, mientras las ondas de su pelo rubio brillaban como dibujos de un casquete de oro.

Así permanecimos unos minutos, silenciosos, inmóviles, estrechamente unidos: no sé lo que Estér sentiría, ni si sentía algo; yo experimentaba esa placidez inefable que infunde la esperanza de la dicha cercana. Me parecía imposible que se desligara de mis brazos, como no fuese para abrirlos en un arranque de pasión y apretarme con más fuerza.

Y, sin embargo, lo que ocurrió a partir de aquel momento pertenece a la categoría de lo terrible. Con inflexiones de voz entre melosa y tímida, con acento que participaba del deseo y del recelo, pegando casi sus labios a mi oído, me preguntó:

—¿Quieres que sea tuya?

—¡Sí!

—¿Estás dispuesto a demostrarme que por mi posesión renunciarías a todo?

—¡Sí!

—Vamos a verlo.

Se levantó, fué a la mesa, y rápidamente, antes que yo pudiera moverme para impedirlo, reunió cuantos papeles pudo abarcar con ambas manos arrastrándolos hacia sí, juntos, mezclados, confundidos en es-

pantoso desorden: apuntes, notas, datos, fragmentos de borrador, todo revuelto, se lo echó en la tela del peplo recogido a modo de delantal, y volviendo a mi lado y señalando a la chimenea, dijo:

—¡Toma! Tú mismo lo has de quemar. ¿No sueñas con la gloria? Pues me la has de sacrificar. ¡Yo, yo sola... quiero ser sola!

Quedé aterrado; como si el mundo se me viniera encima; no sé qué fué mayor, si el asombro o el enojo, la sorpresa o la ira. Quizá se sobrepusiera a todo la admiración, porque Estér, al tirar con fuerza del ropaje para recogérselo, se lo descosió o rasgó por más abajo del cuello, y los pliegues, cayendo a uno y otro lado, dejaron al aire, poderoso y tiunfante, su hermosísimo pecho, tan blanco, que junto a él la lana parecía amarillenta; de líneas tan puras, que sólo el latido de la respiración hacía que fuera seno de mujer y no de estatua. Su gesto y su actitud eran imponentes; su acción tuvo la celeridad del relámpago.

Con la ruina de mi pobre trabajo en el regazo, mientras sus ojos me miraban entre suplicantes y amenazadores, permaneció extendiendo los brazos cargados de papeles, excitándome al sacrificio que pedía, y mostrando con el pecho desnudo la espléndida recompensa que ofrecía. Pero al verme perplejo, mudo, la indignación y la ira se apoderaron de ella; en su boca serpenteó una sonrisa de desprecio, y con un movimiento brusco, dando impulso de abajo a arriba a la tela del ropaje, arrojó al aire todo el conjunto de

papeles que había recogido sobre la mesa, lanzándolos hacia la chimenea. Unos cayeron al pie o encima del diván, los más en la alfombra, algunos tan cerca del hogar, que comenzaron a quemarse.

Me bajé a recogerlos sin pensar detenerla, roto ya, al menos pasajeramente, el hechizo que su hermosura me causaba. Ella, riendo como debe reir el genio del mal, se dirigió hacia la puerta; al pasar junto a la cortina, para salir con exceso de precaución, tocó la llave de la luz eléctrica dejando a oscuras la sala, y el busto blanco de su figura se perdió de pronto en la tiniebla de la galería...

Presa de una emoción en que se confundían la rabia y el dolor, quedé caído sobre el tapiz, sin otra claridad en torno mío que la proyectada por el rescoldo de la chimenea. Entonces me acometió de improviso en la cabeza una pesadez horrible, comenzaron a zumbarme los oídos, creí que una oleada de sangre me invadía el cerebro, y a pesar de estar casi a oscuras, al pretender fijar la mirada en el fuego noté que se me turbaba la vista; cerré los ojos. Indudablemente perdí el sentido... Ignoro cuánto tiempo estuve así. Lo demás, querido hermano, no sé si fué realidad o delirio. Primero, al cabo de un rato larguísimo, sonó cerca rumor de faldas de seda. Alguien me cogía la cabeza... Abrí los ojos, y al resplandor de las brasas me pareció ver a Beatriz inclinada sobre mi cuerpo, mirándome con piedad infinita, con inmensa ternura... Sentí un beso en la frente. Después, dejándome reclinado sobre el diván, recogió cuidadosamente cuan-

tos papeles desparramados y dispersos había por el suelo... Pero todo esto, repito, no sé a punto fijo si es verdad o si lo fingió mi desvarío.

Al otro día desperté en la cama con fiebre. Los que me rodeaban decían que, estando escribiendo o descansando, debió de darme un desmayo, un vahido, y culpan al exceso de trabajo.

Ha pasado una semana: me siento algo mejor, pero tan aplanado y débil, que temo enfermar de veras. Si recobro fuerzas intentaré arreglar mis papeles y veré lo que puedo salvar de mi pobre libro. Seguiré contándote cuanto me suceda, te lo prometo; nada ha de ocultarte tu amantísimo hermano,

JUAN.

VII

Madrid...

Querido Pedro: Te escribo convaleciente y poseído de incertidumbre acerca de pavorosos misterios; presa de una turbación de espíritu, a veces desesperada y violenta, a veces mansa y apacible, que preveo me ha de durar mientras viva. En verdad te aseguro que ya no sé si tengo existencia positiva, personalidad real, si soy hombre de carne y hueso, o si pertenezco a la categoría de esos entes de razón y engendros literarios creados por la fantasía humana para desahogo de inteligencias cavilosas y corazones enfermos, como símbolos de aspiraciones y penas que jamás serán satisfechas ni remediadas.

Pasados tres o cuatro días de aquella noche en que la beldad vestida de griega estuvo a punto de quemar el original de mi libro, quise, creyéndome restablecido de la emoción sufrida, ordenar los papeles para darme cuenta de lo que faltaba, pues harto comprendía que algo pereció entre las llamas, y prepararme a seguir trabajando. Presto me convencí de

dos cosas. La primera, que ya mi musa había intentado deshacer parte del estropicio causado; sí, Beatriz, sólo ella podía ser, había ido juntando en montoncitos y pequeños apartados todos los papeles, agrupándolos como mejor supo, poniendo a un lado las noticias, datos y apuntes sueltos, y a otro los pliegos del borrador, y separadamente los copiados en limpio; pero, por desgracia, algunas hojas faltaban. La segunda convicción fué que, a pesar de aquella bondadosa tentativa, el manuscrito está tan revuelto y confuso, que me costará meses ponerlo en condiciones de seguir trabajando. Hasta estos días no me había yo dado cuenta del entusiasmo que sentía por el libro ni las esperanzas que en él fundo. Por no sacrificarlo, arrojándolo al fuego, excité la indignación despechada de Estér y perdí su belleza; después, tal impresión me causó aquel desorden, aquel destrozo, que me puse malo. La recaída ha consistido en exacerbarse la pasada excitación nerviosa con altísima fiebre durante más de tres semanas. Beatriz y Estér me han cuidado.

Te asombrará, sabiendo lo que hizo, leer el nombre de la segunda; pero fuera injusto callarlo. Sí; Estér casi no se ha separado de mí. ¿A qué atribuirlo? Es hermosa, desplegó su poder, resistí por amor de algo que no era ella misma, y mientras no me rinda considerará que no cumple su misión; pues si la belleza no sirve para enseñorearse del hombre, ¿para qué fué creada ni dónde está su razón de ser? Acaso, en su corazón o en su entendimiento, poco a

poco el despecho se ha transformado en tenacidad; la tenacidad en más tranquila perseverancia; ésta luego en habilidosa astucia; y, por fin, sus sentimientos se han ido gradualmente apaciguando y dulcificando hasta inspirarle, si no misericordia y lástima sinceras, a lo menos propósito de aparentarlas si con ellas contribuía a salvar la vida de que pretende apoderarse; porque así como dicen que Roma no quiere la muerte del pecador, sino que pague y viva, así Estér no desea mi desastrado fin, sino hacerme súbdito suyo. ¿Será ilusión mía este largo tránsito desde el amor propio herido hasta la simulación del verdadero amor, caritativo y abnegado, en el cual pudiera venir a convertirse? No sé; de lo que no me cabe duda es de que, si antes pretendió sojuzgarme con sólo la belleza, ahora une a la belleza la ternura; es decir, ha afilado el arma.

En cuanto a Beatriz, es la misma de siempre; no piensa más que en infundirme alientos para que trabaje, comunicándome su entusiasmo; acabará por persuadirme de que mi libro va a ser una maravilla.

¡Qué contraste forman ambas mujeres! Comprendo que el amor único de cualquiera de ellas sería mi destrucción; y, entre tanto, las cavilaciones me atormentan y consumen. ¿Será mi sino no poder dominarlas? ¿Consistirá en esta batalla lo que llamamos vida?

....
....

Por decaimiento de espíritu y flojera de cuerpo

suspendí la presente carta, que continúo y termino casi al mes de comenzada.

Uno de los días que salí a la calle después de mi recaída, regresé mucho antes de lo que pensaba. No lejos de la sala grande donde trabajo, hay en esta casa una mucho más pequeña, preciosamente alhajada, en la cual me gusta sobremanera pasar algunos ratos; aquélla, de que creo haberte hablado en una de mis primeras cartas, tapizada de damasco rojo y que adornan los retratos de la infanta hija de Felipe II y de la duquesa de Chevreuse. En esta salita entré y, sentándome en una gran butaca, comencé a cortar las hojas de ún libro recién comprado; precisamente la impaciencia de hojearlo me hizo volver pronto. A los pocos minutos de comenzar a leer, percibí rumor de conversación. Estér y Beatriz estaban en un gabinete contiguo, separado de la habitación en que yo me hallaba sólo por el hueco de la puerta sin hojas ante la cual pendía una gran cortina; la eterna cortina dispuesta en dramas y novelas para que alguien escuche lo que el autor prepara, pero que también suele existir en la realidad.

Conversaban ambas imaginando que yo tardaría buen rato en volver y suponiendo que al entrar iría derecho a mi cuarto: debían de haber comenzado poco antes sus confidencias, y exponía cada cual su pensamiento, segura de que por aquella parte de la casa ningún criado se acercaría sin ser llamado: el asunto de su diálogo era mi humilde persona, y de él se desprendía terrible y amenazadora la síntesis de

mi situación. He aquí cómo discurrían: y aunque yo, a veces, no indique sus nombres, sus propias frases revelarán cuál de ellas las pronuncia.

—¿Crees que está curado?—decía Estér.

—Sí, pero en cuanto le excites y le soliviantes se pondrá peor—repuso Beatriz.

—Lo mismo puede enfermar por culpa tuya si le entonteces con el condenado libro y con esas fantasías de gloria que le has metido en la cabeza.

—Y tú le enloqueces con tu hermosura.

—No sé qué te pueda importar.

—Más que a ti: tú le deseas para ti misma: yo para que él a sí mismo se pertenezca: no soy egoísta. En fin, ¿quieres que juguemos a cartas vistas, lealmente?

Después de una larga pausa, Estér contestó:

—Sí: la verdad es que las dos le queremos; hacia las dos se inclina... y de las dos no puede ser, sin que cada una ceda en algo: hablemos claro.

—Tú primero—dijo Beatriz.

—Bueno. Empiezo por confesar que cuando está a mi lado embebecido en contemplarme, creyendo que voy a ser suya, aunque me parece enteramente dichoso, me aflige, porque comprendo que algo le falta...

—¡Lo que yo le podría dar!—interrumpió Beatriz—; y el caso es que también en nuestras conversaciones mientras más le animo al trabajo y a la gloria, a veces se distrae o se entristece, como si echase algo de menos.

—Pues eso que echa de menos cuando tú le hablas de gloria, es lo que yo puedo darle.

—Tal vez; ¡pero no dejaría de pensar en mí!

—Ni lo que experimenta por ti le quita el ansia de hacerme suya.

—Mira, Estér: yo me doy cuenta perfectamente de que ilumino su inteligencia y lleno su pensamiento; cuando me escucha sus ojos brillan como los del sabio que cree haber descubierto una verdad... pero luego parece que se hastía, deja de hacerme caso, se ensimisma, se abstrae y acaba por ponerse melancólico cual si le atormentara una nostalgia misteriosa... Entonces... le daría el alma.

—Pues lo que entonces quisiera él es mi cuerpo. Mas para que veas lo leal que soy, te declaro yo también que me ha ocurrido muchas veces tenerle junto a mí arrobado y absorto, gozando en mirarme: he dejado que me besara y me estrechara entre sus brazos, he comprendido que mi contacto le deleitaba, y lo mismo que tú, le he visto quedar de pronto indiferente, frío, como si de él se apoderasen la fatiga y el tedio. No. ¡Yo tampoco le basto!

—Es que hacia ti le arrastran sólo los sentidos... que se cansan pronto.

—Tú mandas sólo en su pensamiento, que con nada se satisface.

—En resumen —decía Beatriz—, ni tú ni yo sabemos hacerle dichoso...; a ninguna dominará, y tampoco conseguirá ninguna apoderarse exclusivamente de él.

—Es verdad; no seremos vencidas, pero no lograremos vencerle—añadió tristemente Estér.

—Separadas, no.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quizá una tremenda, pero necesaria contradicción; acaso una inmoralidad; algo que parece contra Naturaleza y, sin embargo, ella misma impone: que juntemos nuestras fuerzas; que sea de ambas; que a las dos pertenezca; que cada cual le ame y se deje amar como pueda y sepa; que tú le endulces lo que yo le acibare, y yo le consuele de aquello en que tú le traiciones; que, alternativa e indistintamente, seamos la verdad y la mentira, el bien y el mal, sin saber a veces nosotras mismas en qué consisten... y él todavía menos. ¡No importa! ¿Será feliz? ¿Imaginará serlo? ¿Contigo? ¿Conmigo? Igual da: con la que pueda.

—¡Aterra oirte!—exclamó Estér, llorando.

—¿Qué remedio? ¡Si somos ambas impotentes para su dicha!

....

....

Caía la tarde, envolviendo en sombras la estancia, y la tristeza del ambiente parecía caer también sobre mi alma. ¿Por qué doloroso fatalismo aquellas mujeres se repartían mi vida contra mi voluntad? Y, sin embargo, yo comprendía que el reparto era inevitable: viéndolas juntas, ¡no me sentía capaz de preferir ni renunciar a ninguna de ellas!

Miré por entre el cortinaje. La luz escasa, que aún parecía flotar en el aire, iluminaba los ojos de

Beatriz; los labios de Estér, rojos y brillantes, parecían una flor de sangre. Entré cauteloso, me acerqué a ellas y, estrechándolas por la cintura, las atraje hacia mí; besé a Estér en la boca y se abrasó la mía; Beatriz me besó en la frente, y su caricia inundó de grato frescor mi pensamiento.

Y al mismo tiempo, ya medio envueltos en la lobreguez que nos circundaba, casi a oscuras, percibí juntamente el temblor amoroso con que el cuerpo de Estér llamaba al mío, y la mirada dulcísima, ideal, con que el espíritu de Beatriz llegaba hasta el fondo de mi alma.

Adiós, Pedro; tú, que pareces el sentido común hecho hombre, dime qué piensas de todo esto.

Tu siempre cariñoso hermano,

JUAN.

VIII

Londres...

Querido Juanito: ....
....
. .. .

Has hecho bien; eso mismo hubieras tenido que hacer aunque no quisieras. El mal está en que tú puedes amar a las dos sin dejar de ser leal y sincero; pero ellas serán siempre rivales, y su eterna rivalidad te hará sufrir. Dichoso, completamente dichoso, no has de ser; y nunca podrás dejarlas. El bien que una te haga lo mermará otra; y ésta misma te resarcirá del mal que aquélla te cause. Jamás te rindas a una sola, porque la venganza de la preterida será implacable. En sus manos quedas; ellas te cerrarán los ojos. ¡Que la belleza de Estér te alegre la vida; que el alma de Beatriz la ilumine y te guie!

Tu hermano,

PEDRO.

LA RECOMPENSA

I

En cierto colegio monjil de las cercanías de Madrid había hace más de veinte años dos educandas que se querían muchísimo. El sentimiento de amistad que les unía nació merced a circustancias extraordinarias de la situación de ambas, fué favorecido por sus caracteres y acabó de consolidarse en la batalla de la vida.

La mayor, que se llamaba Susana, tenía diez y seis años: era huérfana de padre y madre y dueña de una gran fortuna. Un tío, que le servía de tutor y curador, se la confió a las monjas, quienes, sabedoras de la riqueza de la niña, procuraron ante todo despertar en ella vocación religiosa; mas persuadidas pronto de que no era catequizable, pusieron gran empeño en educarla de modo que su ilustración y buenos modales redundaran en honra del convento. Gracias a la inteligencia de Susana, las madres vieron coronados sus desvelos por el resultado más lisonjero. Era primorosa en cuantas labores ponía mano, escribía admi-

rablemente, pintaba flores con gusto de artista, cantaba como un ángel, bordaba como una madrileña del siglo XVIII, hablaba francés como si hubiese nacido en Orleans, y finalmente, para cuanto fuese brillar, lucirse y cautivar, tenía maravillosas aptitudes, gracia irresistible y atractivos de gran señora.

Según unos, porque el tutor quería seguir con la administración de los bienes, y según otros, porque deseaba para la pupila brillante y completa educación, era cosa resuelta entre aquel caballero y las respetables madres que Susana permaneciese en el convento hasta los diez y ocho años. Gentes menos maliciosas afirmaban que, dada la belleza de la colegiala, lo que el tutor procuraba era recogerla lo más tarde posible, sabiendo que no hay nada tan difícil de guardar, dirigir y encarrilar, como una mujer rica y bonita.

II

La segunda educanda tenía un año menos que Susana y se llamaba Valeria. Su origen era un misterio que pudiera servir de base a una novela. Un anciano, que dijo ser su padre, la llevó al convento cuando apenas tenía cinco años, y por espacio de ocho fué a verla todos los meses: luego no volvió a presentarse allí para nada, ni escribió siquiera a la que llamaba hija; pero durante otro año envió puntualmente dinero con que atender a cuanto gastaba, y al siguiente, es decir, al llegar Valeria a los quince, dejaron las monjas de recibir las mensualidades de costumbre. Otro año entero siguió Valeria recibiendo los mismos cuidados que si pagasen por ella, hasta que, cuidadosas las madres de sus intereses, determinaron poner fin a una situación de que nada bueno esperaban. ¿Quién era Valeria? Lo ignoraban. Mientras recibieron lo que su educación costaba, no pensaron en averiguaciones: tal vez de hacerlas hubieran tenido que rechazarla; pero apenas empezó a serles gravosa comenzaron a rumiar ideas de desconfianza y a sentir un recelo muy parecido al miedo. Las visitas cortas y

tardías de aquel anciano misterioso, su desaparición luego y el extraño modo de remitir fondos sin escribir palabra, todo indicaba algo extraordinario, anómalo, y que trascendía a pecaminoso. Al mes siguiente de no recibir dinero estaban persuadidas de que Valeria no era de origen limpio y confesable, y de que su compañía pudiera constituir un peligro para las educandas que tenían familias conocidas, siempre puntuales en el pago de cuanto sus hijas gastaban. Más claro: la prudencia aconsejó a las monjas no continuar manteniendo y enseñando a una señorita que era juntamente carga pesada y causa probable de responsabilidad; porque una de dos: o sus padres habían muerto y la niña iba a quedarse allí gratis para siempre como flor olvidada, y flor que costaba más que una *victoria regia* cultivada en Europa, o dichos padres, por no poder confesar que lo eran, se desentendían de ella, y en tal caso, ¿quién iría a recogerla... y pagar? ¿Se presentaría tal vez preguntando por Valeria una señora falsificada, una aventurera despreciable, una... o lo que fuera peor, un juez? Sólo pensar en ello les ponía a las madres carne de gallina. Movida por estas consideraciones, que se discutieron entre las de más autoridad y consejo, la priora, abadesa, o lo que fuese, mandó llamar a Valeria, y suavemente, con gran dulzura, le dijo que la situación era insostenible; que habían consultado con el señor obispo; que éste no resolvía sus dudas; que la responsabilidad del convento era tremenda; que allí había un misterio indescifrable; que no po-

dían continuar así, y otras muchas cosas, todas las cuales venían a compendiarse en estas horribles frases: «Hija mía, lo sentimos mucho... Profesar no puedes por carecer de dote; seguir aquí tampoco, por falta de otros requisitos... Nosotras todas te encomendaremos al Señor en nuestras oraciones, pero en el colegio es imposible que sigas. Te damos ocho días de plazo para que digas a quién llamamos, dónde quieres que te lleven, o cosa parecida. Y si no dices nada..., pues ya nos ha aconsejado el Padre Dulzón que demos parte al gobernador para que resuelva.»

¿A quién había de llamar? ¿Dónde había de ir la sin ventura? ¡El gobernador! ¿Qué podría hacer sino enviarla a un asilo de beneficencia o dejarla en medio de la calle? Valeria oyó aquello como reo de muerte que escucha su sentencia; se arrodilló a los pies de la *madre*, le regó las manos con lágrimas, le besó el hábito, y al fin cayó al suelo desmayada. Hubo que llevarla a la enfermería, donde pasó tres días con fiebre y delirio. Al cuarto se alivió algo, y lo primero que pidió fué que llamasen a Susana; mas parapetadas las monjas en que el reglamento prohibía a las educandas entrar en la enfermería, negaron el favor.

Susana, sabedora de lo que ocurría, movida del cariño y conocedora del terreno que pisaba, regaló a una monja que hacía de *pasanta* una crucecita de plata, rogándole que, a cambio del obsequio, llevase a Valeria un regalito, consistente en un huevo de marfil, dentro del cual había un rosario. Lo que ignoraba la monja era que, bajo el algodón en rama donde des-

cansaba el rosario, iba escondido un papel en que estaban escritas estas palabras: «No digas que estás mejor; procura ganar tiempo y no tengas miedo. El domingo debe venir mi tutor, y yo haré que ponga remedio. Confía en mí.»

III

¿De qué nació el afecto que aquellas dos muchachas se profesaban? Primero, del misterioso engranaje formado por las semejanzas y diferencias que existían en sus caracteres. En bondad de corazón y lucidez de inteligencia, eran iguales; de modo que podían quererse y estimarse. Segundo, en lo vario de sus genios, de suerte que mutuamente se buscaban, deseosas, por instinto, de hallar a sus facultades contraste y complemento. Susana era bulliciosa y alegre; Valeria, tranquila y melancólica; la ligereza y vivacidad de una hallaban compensación y freno en la sensatez y reposo de otra: lo que al parecer debiera separarlas era precisamente lo que les unía. Pero aún estaba su amistad asentada en fundamento más firme.

Susana, por demasiado convencida de su hermosura, era de condición tan altiva, que se había hecho antipática a todas sus compañeras: Valeria, amargada del abandono y olvido en que vivía, y sin que aquel amargor se convirtiera en envidia, consideraba como un peligro su belleza, no alardeaba de bonita, sentía la incertidumbre de lo porvenir, y privada de es-

peranzas era humilde. Desde que se conocieron fué la sola compañera de Susana capaz de escuchar, sin sonreir burlonamente, sus primeros arranques orgullosos, propios de señorita mimada por la naturaleza y la fortuna, llegando a ser la única confidente de sus ambiciosas ilusiones. No las compartía, pero no las ridiculizaba.

Susana hallaba en ella un corazón amigo, que aun contrariándola, mostraba comprenderla, distante por igual de la adulación y de la envidia; porque en la humildad de Valeria no había sombra de bajeza. Ni ella la hubiera tolerado, pues era tan altiva a lo grande e incapaz de pretender que le atribuyesen cualidades que le faltaban, como celosa de que se reconocieran las que estaba segura de tener. Valeria era sincera sin dureza y cariñosa sin lisonja, armonizándose por ello las condiciones morales de ambas, en tal grado, que no hubiera podido precisarse cuál valía más, si la orgullosa cuando sabía ceder, o la humilde cuando sabía imponerse. Milagros del corazón, que dobla lo fuerte y se somete a lo débil.

Llegado el domingo, fué el tutor de Susana a visitar a su pupila, la cual, después de referirle lo que ocurría, le dijo en sustancia, poco más o menos, lo siguiente:

—No me importa estar aquí un año más: tarde usted lo que quiera en ponerme al tanto de lo que es mío, administre usted como le acomode; pero quiero que pague usted cuanto Valeria debe al Colegio,

de modo que continúe tan considerada como antes: quiero también que haga usted esos pagos a nombre del caballero que antes venía a verla, para que nadie le eche en cara su pobreza; y deseo, por último, que salgamos juntas del colegio y vivamos luego como hermanas: es decir, que venga a mi casa, porque de vivir como hermanas me encargo yo.

Si fué por mira interesada o en acatamiento de aquel impulso de caritativa amistad, nadie lo sabrá nunca, pero lo cierto es que el tutor accedió al ruego, y pasados unos cuantos meses, ambas educandas salieron el mismo día del colegio, yendo Valeria a vivir a casa de Susana.

IV

La intimidad del hogar fomentó el cariño nacido en el convento. Dos mujeres vulgares se hubieran dejado insensiblemente sojuzgar por las circunstancias anormales de la situación. En Susana y Valeria sucedió lo contrario: ellas se impusieron a la índole del caso. Ni la protectora imperaba como ama, ni la protegida parecía dominada como sierva. El afecto, más aún, la buena educación y delicadeza de sentimientos, hacían las humillaciones imposibles. Valeria no era en la casa una amiga pobre benévolamente acogida, no era una *demoiselle de compagnie* tratada con consideración: era la hermana menor. Ambas poseían ese maravilloso arte de ceder a tiempo y resistir con dulzura, ante el cual se allanan los disgustos y rozamientos que producen inevitablemente las pequeñeces de la vida.

Ni aun la belleza podía mover discordia entre ellas, porque sus atractivos ofrecían caracteres opuestos. Susana era grande, blanca, gruesa, rubia, y, a pesar de su edad y su doncellez tenía aspecto de Venus flamenca, perezosa y carnal. Valeria era pequeña, morenilla, delgada, pelinegra, tipo de mística españo-

la, poca materia y mucho espíritu; un fraile de Zurbarán hecho hembra. Los ojos azules de Susana alborotaban los sentidos; los ojos negros de Valeria, por dulces y serenos, inspiraban más cariño que deseo. No había entre ellas rivalidad posible. El hombre que se prendase de una no podía racionalmente enamorarse de otra.

Gracias a la fortuna y desprendimiento de Susana, vivían con lujo, iban a bailes, teatros y saraos; viajaban, tenían coche, vestían con exquisita elegancia, trayendo para ambas de París la mayor parte de las galas, y, en una palabra, capricho sentido era en ellas gusto satisfecho. Servíales de acompañante una hermana del tutor de Susana, llamada doña Gregoria, señora entrada en años, pero tan amiga de divertirse, que nunca ponía obstáculo ni entorpecimiento a cuanto las muchachas fraguaban para lucir y brillar. Lo único que le disgustaba era ver que las galanteasen, con la circunstancia extraordinaria de que su enojo no estallaba cuando ellas coqueteaban, sino cuando se presentaba alguien que asiduamente las cortejase. Un observador cuidadoso hubiera podido notar que les dejaba tontear frívolamente, permitiéndoles oir piropos y requiebros atrevidos, mientras quien se los decía no pasaba de halagar su inocente vanidad de niñas bonitas, pero que en cuanto alguien les buscaba con frecuencia, mostrando afán de serles agradable, doña Gregoria ponía empeño en estorbarlo, sobre todo si se trataba de Susana. En una palabra: aquella señora, obediente a las instrucciones

del tutor, su hermano, toleraba cuanto podía contribuir a que las jóvenes tuviesen fama de coquetas e insustanciales, y en cambio desarrollaba un mal humor inaguantable y una astucia increíble apenas surgía la posibilidad de que un hombre ganara terreno en el corazón de Susana. El tutor y su hermana le dejaban gastar cuanto quería, haciendo la vista gorda en presencia de sus devaneos, pero ante la idea de una pasión seria mostraban profundo desagrado. Indudablemente se habían propuesto no reprenderla si tiraba el dinero, para que cuanto más derrochase con mayor facilidad pudieran ellos englobar sus robos en los gastos, y al mismo tiempo, estorbando que se casase, dilatar la época de la rendición de cuentas.

Quien primero descubrió el juego fué Valeria: comunicó a Susana la sospecha y trataron ambas de ponerse a la defensiva; mas por desgracia era tarde para evitar gran parte de los males que temían. Pronto comprendieron que debían, primero, gastar con más prudencia, poque las rentas iban mermando considerablemente, y segundo, andarse con pies de plomo en lo que se refería a dejarse galantear, porque entre sus propias imprudencias y la malignidad del tutor y su hermana, iban ellas cobrando reputación de frívolas y ligeras. Desde entonces vivieron con relativa economía, y fueron verdaderamente sensatas.

V

Algún tiempo después, en la tertulia de unas amigas, conocieron a dos hombres jóvenes, íntimos amigos y compañeros de carrera, Pepe Gutiérrez y Andrés Pérez, el primero, comandante de ingenieros, y el segundo, capitán del mismo Cuerpo: ambos dignos de ser queridos. Gutiérrez se prendó de Susana, que por primera vez tomó el amor en serio, fué correspondido y entraron en relaciones, procurando que permaneciesen ignoradas del tutor: únicamente cuando ella adquirió el convencimiento de que su novio era hombre que valía mucho como inteligencia y como carácter, le autorizó a que la pidiese en matrimonio.

La situación de Valeria era más libre y desembarazada, pero no envidiable. Por pobre, estaba libre de los cuidados que da el oro; por abandonada, no había menester consentimiento de nadie; mas, ¿de qué le servía aquella independencia, si el compañero de Gutiérrez no se fijaba en ella? Pérez frecuentaba la casa de Susana, porque iba con Gutiérrez a todas partes: eran inseparables; estaban unidos por una amistad nacida en los bancos de la escuela de primeras letras,

fortificada en el colegio militar, y, por último, arraigada en sus corazones, gracias a la vida que hacían juntos en plena juventud. A Pérez le gustó Valeria desde que la conoció; pero no se atrevió a requebrarla ni poner seriamente en ella la esperanza, considerando que ambos eran pobres. La muchacha no tenía nada: él, sólo su haber de capitán. ¿Qué ventura podía ofrecerla? Ni siquiera comunicó a Gutiérrez la simpatía que le inspiraba Valeria. Tan bien supo disimularla, que la misma interesada tomó la indiferencia por franco y declarado desvío. Susana fué la única que adivinó el doble secreto de aquellas dos almas: unos cuantos detalles bastaron a su penetración para comprender que Valeria y Pérez se querían; convencerse de ello y formar propósito de favorecerles, todo fué uno. Tanto le convidó a comer, colocándole junto a ella, tantas veces les dejó solos a tiempo de que se les transparentara el alma, tales cosas hizo para que mutuamente se conociesen y apreciasen, que al fin llegaron a entenderse. Susana, que años atrás había evitado a Valeria la desgracia de verse arrojada del colegio, y que luego la trató como a hermana, se erigió de nuevo en protectora cariñosa. «Nos casaremos el mismo día—le dijo—yo primero, y luego *seremos* padrinos de tu boda. Si nosotros habíamos de gastar veinte, nos contentaremos con diez, partiré contigo lo que tenga..., es decir, ¿para qué hacer números ni cálculos? Viviremos juntos, y... Cristo con todos.» Claro está que Valeria, deshecha en lágrimas de gratitud, aceptó aquella nueva demostración de

cariño, aunque en el fondo de su alma, y con aprobación de su futuro marido, estuviese resuelta a no aceptar favores que, por excesivos, redundaran en perjuicio de su amiga.

En la primer entrevista que tuvo el novio de Susana con el tutor de ésta, se convenció de que la mujer a quien quería unirse había sido robada a mansalva. Era inútil soñar con restituciones ni pleitos. El canalla tenía las cosas preparadas con tal maña, que según cuentas, escrituras y comprobantes, aún resultaba la pupila debiéndole algunos miles de duros. Una vez más la maldad hizo mofa de la ley. De las condiciones morales de Gutiérrez y del amor que su novia le inspiraba, pueden dar idea estas palabras con que comunicó a Susana el resultado de la entrevista:

—Mira, nena; coche ni muchos vestidos no tendrás, porque ese hombre es un ladronazo...; por ti... lo siento; por mí, casi me alegro, para que veas que te quiero de verdad. Lo esencial es que nos casaremos cuando se nos antoje.

En Susana pudo más la alegría del amor probado, que la tristeza por la riqueza perdida, y arrojándose en brazos de su Pepe, repuso:

—Yo también me alegro, porque así conozco lo que vales. No me equivoqué al quererte.

Valeria, que hubiera procurado luego de casada sustraerse a la protección de Susana siendo rica, consintió en vivir con ella viéndola casi arruinada, y ambas bo-

das se verificaron la misma mañana, a mediados de 1873, cuando España estaba en plena guerra civil.

La doble luna de miel fué cortísima. A los seis meses ambos maridos eran destinados al ejército del Norte y salían de Madrid dejando a sus mujeres poseídas de la más amarga tristeza, y embarazadas del mismo tiempo.

VI

Hacia los primeros días de 1874, la desgracia cayó sobre ellas en forma irremediable y terrible.

Un extraordinario de un periódico les dió repentina y brutalmente la noticia. Oyeron vocear el papel, mandaron comprarlo, y sin poder llorar ni gemir, secas las gargantas, enjutos los ojos, atarazada el alma por la desesperación y la sorpresa, leyeron lo siguiente:

«*Pamplona*, 9 enero, 10'15 mañana.

»El titulado brigadier Garzuaga fué ayer batido en Puente-Rey con pérdida de más de 300 hombres, caballos, armas, carros y municiones.

»Las fuerzas liberales han experimentado también sensibles pérdidas. El brigadier Queralt está herido de gravedad. El coronel Quintana, levemente. El comandante de Ingenieros don José Gutiérrez Riela y el capitán del mismo Cuerpo don Andrés Pérez Deza, han muerto heroicamente en el campo del honor. Las bajas de la clase de tropa no pueden precisarse todavía.»

Movidas de impulso igual y simultáneo se arrojaron una en brazos de otra sintiendo, al mismo tiempo que las garfiadas del dolor, los inquietos latidos de dos seres que antes de nacer eran huérfanos...

Primeras impresiones de amor, dulzuras de pasión satisfecha, esperanzas para lo porvenir, todo quedaba destruído, todo parecía mentira: únicamente la desgracia era verdad.

A fin de marzo, con diferencia de veinticuatro horas, parieron un niño cada una en la misma habitación, tragándose las lágrimas y los quejidos, animándose mutuamente a tener valor, buscando en su cariño fraternal el único consuelo que les quedaba. Los recién nacidos no se les parecían: ambos eran pelinegros y muy blancos, señal de que habían de ser morenos como sus pobres padres, que dormían para siempre entre los peñascales ensangrentados de Navarra.

Ya no tenían ventura que esperar aquellas infelices mujeres: ni aun la de sufrir unidas. Juntas crecieron en el convento cuando niñas; juntas gastaron riqueza y derrocharon alegría, siendo, mientras pudieron, ligeras y frívolas como su propia juventud; al mismo tiempo amantes, casadas, viudas y madres; sus dichas y sus penas parecían tan hermanadas como ellas mismas; pero había llegado la hora de que se rompiese el misterioso paralelismo de sus vidas.

El parto de Valeria había sido rápido y feliz; el de Susana, trabajoso y de fatales consecuencias. La fiebre puerperal que se apoderó de ella fué intensísima, y

halló su organismo tan conmovido y debilitado por los recientes infortunios y penas, que no tuvo fuerzas para resistirla. Sintiéndose morir, llamó a Valeria y le habló de este modo:

—No te hagas ilusiones—dijo sonriendo con una serenidad que daba miedo—; esto se acabó.

Quiso su amiga interrumpirla gastando bromas y fingiendo esperanzas, mas ella continuó:

—Oyeme bien. Ya sabes lo que te quiero... No tengo parientes, y puede que sea mejor... Mi hijo va a quedar solo en el mundo; te lo confío... tú serás su madre... júrame que le querrás y le cuidarás... como...

—Calla, mujer. ¡Qué has de morirte! ¿No has de resistir esto, tú que eres más fuerte que yo? Te pondrás buena y seremos felices..., es decir, viviremos para los niños, porque felices ya no podemos ser...; pero si te murieras, que no te morirás, por el recuerdo de todo el bien que me has hecho, te juro que tu hijo..., vamos, como si fuera mío.

—¡Pobre Valeria! ¿Qué será de tí con dos criaturas?... Esto va muy aprisa. Escucha. En aquel cajón de la mesa que usaba Pepe, hay ocho mil duros en papel del Estado, que vienen a dar ocho mil reales al año. Allí están también los mil duros que sabes que teníamos ahorrados. Por último, en el cajón de más arriba encontrarás las escrituras de propiedad de mi casa de Rivaria. Yo no he estado allí nunca, pero sé que es un caserón con un huerto: los labriegos que lo tienen arrendado no pagan hace mucho tiempo.

Quizá por eso no se quedó mi tutor con la finca. Los títulos de la Deuda y el dinero de los ahorros los coges en cuanto me cierres los ojos, y ahora manda venir a un notario. Quiero que la casa sea legalmente tuya, para que nadie pueda molestarte. Ya sabes con lo que cuentas. Lo principal es que no teniendo nada mi hijo... no habrá quien piense hacerse cargo de él.

Valeria quiso resistir por animarla, pero ante la energía con que expresaba el deseo, cedió.

Vino el notario: Susana hizo una declaración reconociendo que cuanto había en la casa era de Valeria, y que en pago de una deuda que confesaba, la daba la finca de Rivaria. Del niño no se habló palabra. ¿Quién había de solicitar su tutela siendo pobre?

Pocas horas después, como si se hubiese esforzado en vivir hasta ultimar lo hecho, Susana moría en brazos de Valeria. Ella la amortajó y veló, pasando la noche arrodillada a los pies del cadáver.

De rato en rato se levantaba para ir a ver a los niños.

¡Qué contraste el formado por la vida y la muerte que allí se mostraban con toda la brutal realidad de los hechos! ¡Qué lástima de mujer, tan hermosa y tan buena! ¿Qué falta hacía a nadie arrancarle la existencia como se descuaja una planta? ¿Ni qué falta hacían en el mundo aquellos angelitos?

Valeria les contemplaba con miradas de ternura, iguales para ambos, cual si se le hubiese duplicado el cariño de madre, y a pesar de la tristeza que sentía, no le era posible sustraerse al influjo de una observa-

ción que ya había hecho y que en aquel momento, hasta contra su voluntad, se le iba entrando al pensamiento, agitándoselo con desvaríos de la imaginación.

Cada vez que se acercaba a las camitas donde estaban acostados y se fijaba en ellos, aquella observación se confirmaba con más fuerza. Los niños se parecían muchísimo: ambos eran muy blancos, de pelo y ojos negros, chatillos, gorditos, casi de igual volumen. Claro estaba que andando el tiempo habrían de diferenciarse física y moralmente revelando su distinto origen; pero entonces, casi hubieran podido pasar por mellizos. A Valeria le parecía el suyo mil veces más hermoso y mejor formado, y sin embargo, hubo un momento en que pensó: «Vaya, que se parecen mucho, son casi iguales, tan semejantes, que si dejara de verlos unos cuantos meses... no acertaría con el mío; es decir, míos son los dos; en fin, con el que yo he parido.»

Luego, en el largo monólogo de aquella noche interminable, cruzaron por su mente recuerdos de la juventud, memorias de gratitud hacia Susana, punzadas de dolor renovado por la pérdida del hombre a quien había querido, e ideas de miedo y responsabilidad ante la carga que para ella representaba el porvenir de aquellos niños—. «¿Sabré corresponder—se decía—a todo lo que Susana ha hecho conmigo? ¿Podré pagar al hijo lo que debo a la madre? ¿Llegará un momento en que las circunstancias me obliguen a favorecer al mío en perjuicio del suyo? El poco dinero que queda entre mis manos no es *nuestro*, yo

nada tengo... ¿Me asaltará algún día la tentación del despojo..., será más fuerte mi amor de madre que el recuerdo de la gratitud y el cumplimiento del deber?» Y al mismo tiempo que discurría todo esto, en su pensamiento iban hermanándose y confundiéndose, para compenetrarse, aquella observación insistente del parecido de los niños y aquella idea extravagante favorecida por las condiciones de la realidad.

Sus propias palabras eran la síntesis de la situación: «Si dejases de verlos unos cuantos días, no sabrías cuál es el tuyo».

....

¿Fué propósito razonado de alma grande, fruto de una extraordinaria elevación de espíritu? ¡Desarreglo de inteligencia trabajada por una idea fija? ¿Acaso sugestión de ese algo misterioso que a veces nos aproxima, por el anhelo del bien, a la divinidad?

Nadie lo sabrá nunca: lo cierto es que aquella idea le fué labrando surco en el pensamiento y acabó por arraigar en él de tal suerte, que se enseñoreó de su voluntad, y la puso por obra.

¿Quién dirá que Valeria llegó por gratitud a la locura, o a la suma piedad por la noción del deber? Aquel que la juzgue, que sepa bucear en las reconditeces del alma.

VII

Luego de enterrada su amiga, Valeria se marchó a Galicia con los niños, aposentándose en la casa de Rivaria.

Su primer cuidado, después de arregladas las cosas necesarias a la vida, fué observar la índole y carácter de los colonos, marido y mujer, de quienes Susana había dicho que nunca pagaban el arrendamiento. Afortunadamente, él, como buen gallego, era muy listo, y ella se pasaba de buena. Valeria se propuso aprovechar las cualidades de ambos, y entre tanto, poseída por su idea fija, procuró ver poco a los niños; lentamente fué desentendiéndose de ellos; casi no les miraba, mostrando una fuerza de voluntad increíble.

Haciendo vida campestre y retirada en aquel lugar, había un acaudalado caballero a quien por lo caritativo llamaban sus convecinos *el Santo*, y en éste se fijó principalmente Valeria para realizar su propósito. Le dijo que, viéndose obligada a emprender un largo viaje por mar, y no atreviéndose a llevar consigo los pequeñuelos, quería confiarlos a su cuidado; le dió dinero para cuanto necesitasen durante cierto

tiempo, y dispuso que el labriego y su mujer le obedecieran ciegamente. Por último, obrando astuta y sagazmente, tuvo la horrible precaución de ocultar los verdaderos nombres de los niños, que eran los de sus padres, llamándoles Juan y Pedro, ardid en que estaba fundado su propósito: hecho todo lo cual desapareció del pueblo.

Cerca anduvo de arrepentirse por su condescendencia aquel santo varón; casi se asustó de haber aceptado tamaña responsabilidad, pero jamás llegó a preocuparse formalmente: primero, porque su compromiso era sólo verbal y no había pruebas que pudieran perjudicarle; segundo, porque ¿quién habría en la comarca capaz de perseguirle ni acusarle? Sobre todo, sin saber la causa, sin que él se diera cuenta de ello, Valeria le había inspirado simpatía profunda y confianza ciega. Estaba persuadido de que aquella mujer era mediadora de buena fe o víctima en una de esas intrigas amorosas, donde sólo el misterio puede estorbar la iniquidad. Lo principal para él era que, con caer las criaturitas en sus manos, se habría casi seguramente evitado un crimen. Resta sólo decir que inducido a error llamó Juan al mayorcito de los niños y Pedro al menor.

De esta suerte comenzaba a lograrse la confusión que Valeria deseaba.

Cada tres meses recibía *el Santo* en pliego certificado un billete de Banco cuyo valor era bastante a cubrir los gastos ocasionados por los niños. Lo que jamás recibió fué carta, mensaje, ni visita que le ha-

blase de la desaparecida. Cuantas tentativas hizo para saber su paradero fueron inútiles. Así pasaron cinco años.

En tan largo lapso de tiempo, Valeria estuvo muchas veces a punto de renunciar a su tremendo sacrificio; en más de una ocasión le faltó poco para volver a la aldea, exigir que le devolviesen los niños y escudriñarles el cuerpo para distinguirlos, hasta recobrar la certeza de cuál era el ajeno y cuál el suyo. Su vida fué un martirio insoportable; mas lo padeció sin arrepentirse de lo hecho.

Fuese extravagancia de entendimiento perturbado, fuese abnegación premeditada, había en su conducta heroica grandeza, algo casi sobrehumano, que consistía en imponerse el doble sacrificio de privarse de su hijo, y aceptar por tal al que no lo era, para que esta ignorancia la hiciese luego tratar a ambos con el mismo cariño. Ignoraba que alma de su temple jamás hubiera perjudicado al ajeno en provecho del propio; y quiso colocarse en tales condiciones, que hasta le fuesen imposibles la preferencia y la injusticia.

¿Quién podía prever la suerte que les estaba deparada? ¿Qué haría ella, por ejemplo, el día en que por los azares del mundo fuese preciso anteponer en su corazón uno a otro, darle mayores facilidades de éxito, o salvarle de un riesgo? ¿A quién acudiría primero? ¿No juró confundirles en el mismo cariño? ¿Pues qué mejor manera de realizar el juramento que conseguir la imposibilidad de quebrantarlo? Según su corazón, que estaba sorbido y dominado por

la gratitud, todo aquello y más debía a Susana, que la libró de ser arrojada del convento, la trató como hermana, y finalmente, la unión al hombre de quien estaba enamorada. ¿Qué hubiera sido de ella sin Susana? ¿Hasta dónde hubiera rodado impulsada por vientos de desgracia?

VIII

Por fin, al comenzar el sexto año de separación, Valeria estuvo enferma, y entonces, aterrada ante la idea de morir, sintió doblegarse su entereza. Apenas convaleciente, corrió a la aldea. Su viaje le pareció un tormento, más largo que el de los cinco años transcurridos. ¿Vivirían los dos niños? ¿Cómo los encontraria? ¿Cuál seria su índole? ¿Cuál mostraría mejores sentimientos? ¿Cuál la querría más? De fijo el suyo... Pero ¿cómo le conocería?

¡Sacrificio inútil, batalla estéril contra la flaca condición humana! Aún no habían llegado aquellos seres a la edad en que se revelan el corazón y la inteligencia, y ya instintivamente ambicionaba que su hijo fuese superior al hermano pegadizo.

. . . .

Le parecía que el coche no iba bastante aprisa, que los árboles de las laderas del camino eran siempre los mismos, que huía a lo lejos el horizonte prolongando la separación..., hasta que al volver un recodo próximo a la aldea, descubrió dos niños vestidos con relativo esmero. Estaban jugando bajo

un gigantesco grupo de castaños, saltando sobre un espeso tapiz de musgo aterciopelado, donde el sol y las sombras del ramaje formaban maravillosos arabescos.

Al llegar el carruaje cerca de aquel sitio, mandó parar, bajó, y acercándose a los niños y conociéndolos, porque a su lado estaba la mujer del colono, los envolvió en una mirada indefinible. Clavó en ellos los ojos, quiso dirigirse primero a uno y luego a otro, vaciló, llenáronsele las mejillas de lágrimas, y por último, extendiendo los brazos, cogió a los dos al mismo tiempo, les atrajo contra su pecho..., los apartó, tornó a mirarlos, y enloquecida de dudas y alegrías, apretándoles de nuevo contra sí, abarcando juntas las cabezas, se las cubrió de besos y caricias, mientras la aldeana, que la reconoció en seguida, gritaba con su dulce acento gallego: «Juan, está quieto; Pedro, non te vayas.»

La mujer de alma grande tenía logrado su propósito. No sabía cuál era el que había parido.

IX

Pasaron años. Desde que Valeria recogió los niños de manos del *Santo* hasta que se hicieron hombres, no le causaron más penas que los disgustillos que dan de sí la infancia y la primera época de la juventud: jugarretas, trastadas, bromas y travesuras. Llegada la edad de la razón, Juan y Pedro fueron buenísimos para ella. Sus corazones no cesaban de brotar y consagrarle nuevos tesoros de ternura. ¿Quién la quería más? Era imposible averiguarlo. Del carácter sensato y juicioso del uno, de las genialidades prontas e irreflexivas del otro, surgían continua e inesperadamente pruebas de amor filial. Ella, en tanto, hoy mimaba a Juan, mañana prefería a Pedro, igual cariño profesaba a los dos, pero cariño ciego, vacilante, inseguro, como si viviese condenada a la incertidumbre de su propia sinceridad. Ambos ante su conciencia eran hijos suyos, mas siempre le quedaba en el fondo del alma la duda, nunca satisfecha; la esperanza, jamás colmada, de que el mejor fuese el que ella había llevado en las entrañas.

Andando el tiempo, Valeria, exclusivamente dedica-

da a estudiar aquellas dos almas, hizo un descubrimiento que la llenó de angustia. Ambos tenían novia y cada cual quería a la suya, no con un sentimiento vulgar y pasajero, sino con pasión digna de ellos. Aquella era la ocasión de probarles.

Había pagado su deuda haciéndoles buenos y felices: ninguno tenía derecho a proferir la menor queja: ella lo tenía a saber cuál era su verdadero hijo, forjándose la ilusión de creer que lo sería el que mostrase quererla más. En otro tiempo le cegó la gratitud: ahora le cegaba el ansia de cariño.

Luego de haber madurado su propósito, con la astucia propia de su índole y carácter, les juntó un día y les dijo:

—Os llamo porque ocurren grandes novedades. Estamos medio arruinados. No podemos seguir viviendo con la holgura relativa que hemos disfrutado hasta ahora. Es necesario que uno se separe de mí y de su hermano. Tengo la seguridad de conseguir un buen destino para Ultramar. Mientras cambia la fortuna, es preciso que uno de vosotros se vaya muy lejos y ayude a los que aquí quedemos. ¿Quién quiere separarse de mí? ¿Quién se quiere quedar? Resolvedlo vosotros, y decídmelo mañana.

Oyéronla ambos en silencio, y aquella misma noche se reunieron a deliberar.

Valeria, descalza, para no ser sentida, fué hasta la puerta del cuarto donde estaban, y pegando la oreja al ojo de la llave escuchó todo lo que hablaron.

—¿Has oído a madre?—dijo Juan.

—Sí—repuso Pedro.

—¿Y qué dices?

—Que no me voy.

—Ni yo tampoco.

—¿Por qué?

—Porque no me separo de ella... ni de ti.

—Lo mismo digo.

—Pues ella dispone que se vaya uno.

—Ya le haremos ceder.

—¿Y si no cede?

—Ya no pienso en casarme. Estoy dispuesto a ganar un jornal, a arrancar piedras con los dientes, a todo, menos a separarme de ella.

—Tienes razón. Igual pienso yo. Aquí a su lado soportaré escasez, pobreza, lo que venga: yo también renuncio a la mujer que amo; pero ¿irme lejos, exponerme a que mi madre se muera sin verla? ¡Eso, no! Aunque lo mande. Si quieres, márchate tú.

—Y ¿por qué he de ser yo el sacrificado? ¿No soy tan hijo suyo como tú?

Aquellos dos muchachos, que se querían entrañablemente, que jamás habían reñido por nada, ni de niños ni de mozos, estuvieron a punto de venir a las manos. Con todo transigían, todo lo aceptaban menos lo que pudiera significar despego hacia su madre. Cruzáronse entre ellos algunas palabras fuertes, algunas frases agrias; pero al fin pudo el cariño más que ningún otro sentimiento, y Juan dijo:

—Mira, no añadamos a la pesadumbre que ya tenemos la pena de enfadarnos uno con otro. No hay

más remedio: si madre lo manda, uno tendrá que sacrificarse. Que ella lo designe, y ése que baje la cabeza, obedezca y se resigne sin chistar. ¿Convienes en ello?

—Convenido, ella decidirá.

Y abriéndose mutuamente los brazos, lloraron juntos, como dos niños.

....

Valeria les escuchó henchida el alma de alegría. Aquel fué el único momento egoista de su vida. Todas sus penas hallaron resarcimiento, todos sus dolores tuvieron premio. Luego, andando de puntillas, se alejó de junto a la puerta, y a los pocos días, con fingida tranquilidad, dijo que las circunstancias habían variado y que la separación no era precisa.

Nunca supo quién era su verdadero hijo, pero adquirió el convencimiento de que ambos adoraban en ella. En un mismo culto la confundían el que llevó en las entrañas y el que formó con la bondad de su alma.

Aquella doble maternidad fué la recompensa de su vida.

AMORES ROMÁNTICOS

Felisa tenía veintitrés años; era hermosa, rica, estaba enamorada, podía casarse, porque su tutor no lo estorbaba, y sin embargo, iba dilatando voluntariamente la realización de su ventura: encantos de la juventud, bienes de fortuna, pasión correspondida, todas las circunstancias que justificaban y debieran contribuir a que la boda se celebrase pronto, quedaban en ella esterilizadas por una resistencia incomprensible.

Su novio, que se había educado en el extranjero, haciéndose luego ingeniero en España, tenía cuatro o seis años más que ella, y era también inteligente, rico, de buena índole y arrogante figura, cualidades que le rindieron en poco tiempo el corazón de Felisa, pero que no bastaron a conquistar su voluntad.

La conducta de la muchacha era un verdadero enigma. Estaba en la situación más favorable a su deseo que pudo soñar mujer amante: para ella, querer era poder, y en vez de fijar el día del casamiento, constantemente lo aplazaba, cuándo con astucia, cuándo con energía, ya fingiendo prolongar la vanidosa sa-

tisfacción de verse deseada, ya mostrando recelo de que al ser poseída mermase la vehemencia del amor que había inspirado, ya negándose clara y resueltamente.

El pobre Manuel no acertaba con la explicación de lo que entre ambos ocurría.

Felisa era elegantísima; gustábale todo lo artístico y lujoso, pero no pecaba de manirrota ni derrochadora. Según ella, con lo que habían de reunir al casarse, tendría más de lo necesario: no había, pues, que atribuir a codicia el origen de aquella resistencia.

El tutor, que por honrosa y rara excepción le sirvió de padre cariñoso, deseaba la boda: primero, suponiendo que sería feliz, y segundo, pensando ahorrarse las molestias que proporcionaba la administración de lo ajeno; con lo cual Felisa no hallaba oposición que vencer.

¿Tendría tal vez, como a muchas acontece, idea exagerada de sus propios encantos y esperanza de fundar en ellos un matrimonio más ventajoso?

No: Manuel podía rechazar esta sospecha cumplidamente, porque Felisa era tan modesta como desinteresada: no con la modestia que aparenta ignorar la propia belleza, sino con aquella otra que muy pocas mujeres tienen y que consiste en no abusar del poder que sus hechizos les conceden. Le gustaba engalanarse, pero luego de vestida pasaba ante los espejos sin mirarse, y ni a solas era ridículamente vanagloriosa ni coqueta con los hombres.

Finalmente, Manuel estaba seguro de haberse ido enseñoreando del corazón de su novia en diálogos íntimos y largos, donde, sin menoscabo de su pureza, pudo mostrarse la mujer tal cual era.

Libre y apasionado él, sin madre y enamorada ella, tolerante y dormilona el aya que había de vigilarles, sus entrevistas no fueron dúos con centinela de vista, sino momentos de casta expansión en que sinceramente se dibujaron sus caracteres, contribuyendo los atractivos morales de cada uno a que se templara el amor de los sentidos en la dulce servidumbre de las almas.

No sopló el diablo, a pesar de hallarse tan cerca el fuego de la estopa. Pero cuanto más orgulloso estaba Manuel por haberse apoderado del corazón de Felisa, menos podía explicarse su terquedad en ir dejando la boda para más adelante, como si juntamente sintiese amor al hombre y miedo al matrimonio. ¿En qué se fundaba su temor?

No llegó a sorprenderlo toda la perspicacia de Manuel. Por Noche Buena del primer año de sus amores, le dijo Felisa que se casarían en la primavera siguiente; llegado abril, lo aplazó para el verano; luego dió largas hasta la vuelta de los baños de mar; en septiembre ideó nueva dilación con pretexto de pasar el otoño en París haciendo preparativos y compras; por último habló del día de año nuevo y santo de él, y hubiese seguido alargando plazos si Manuel no tuviera el valor de fingir (su trabajo le costó) que se enfadaba seriamente. Planteó la cuestión, discutie-

ron, y venció... a medias, que es como siempre vence el hombre a la mujer.

Manuel tenía necesidad ineludible de ir a Nueva York y permanecer allí dos o tres meses para arreglar asuntos que, al morir, dejó pendientes su padre, y que importaban muchos miles de duros; deseando además estudiar los últimos adelantos realizados por ciertos ingenieros *yankees*. Echando cuentas galanas, su proyecto era casarse, pasar unos días en París, y hacer luego el viaje con Felisa durante la luna de miel: a lo cual ella se negó en redondo, proponiéndole a su vez que fuese solo a América, que mientras terminaría todos los preparativos, y que a su vuelta él designaría la fecha definitiva del casamiento.

Con esta nueva demora hubo de transigir Manuel, ya formalmente esperanzado por la seriedad de la promesa.

—Comprendo que tengas miedo al mar—le dijo—; pero júrame que documentos, papeles, ropas, muebles, todo, lo tendrás preparado para que nos casemos a las veinticuatro horas de mi llegada. Si intentas el menor retraso, creeré que es un pretexto, un modo de reñir conmigo.

—Te juro que al día siguiente de tu llegada nos casamos, si tú lo deseas. ¿Acaso soy la primera que tiene miedo al mar?

Pero mentía.

La navegación no le inspiraba temor: se negó a

embarcarse para ganar tiempo, pareciéndole que aquellos dos o tres meses no habían de acabarse nunca.

Pocos días después emprendió Manuel su viaje.

Desde París, desde el Havre, hasta momentos antes de ir a bordo, la escribió cartas llenas de confianza y de ternura, a las cuales ella contestó con un telegrama, pues no había tiempo para más, en que discreta y veladamente ratificaba su promesa.

Luego, cuando durante la navegación dejó de recibir aquellas frases que le recordaban el compromiso adquirido, volvió de nuevo a la resistencia. En vano su aya o acompañante, aleccionada por Manuel, intentó que principiase a buscar casa, tomar criados, comprar ropas de cama y mesa y encargarse trajes. Felisa no hizo nada; en vez de entregarse a las ocupaciones gratas para cuantas se casan a su gusto, persistió en su inacción: antes parecía amante abandonada que novia dichosa. Ni aun el tutor logró hacerle comprender lo desatinado de su conducta.

—Mira, nena—le decía—, estás jugando con fuego: afirmas que le quieres y al mismo tiempo te niegas a casarte, de modo que si se da a pensar en semejante contradicción... ¡figúrate! Va a creer que hay en tu vida alguna mancha cuyo recuerdo te obliga a rechazar lo mismo que deseas. ¡Pobre de él y pobre de ti, como se le meta eso en la cabeza! Vamos a ver: ¿en qué fundas tu terquedad?

Cuando tales cosas escuchaba Felisa, dejaba caer la cabeza sobre el pecho y contestaba con evasivas.

—No sé... rarezas mías... ya nos casaremos.

El origen de su proceder era de tan difícil explicación, que ni ella misma podía justificarlo: estribaba en una preocupación casi pueril, meramente sentimental y supersticiosa; pero tan robustecida en fuerza de darle vueltas con el pensamiento, que no conseguía desterrarla ni vencerla. Ignoraba el modo de combatirla; pero sabía formularla con esta terrible claridad que tiene el alma para conocer sus desventuras. He aquí lo que la atormentaba y sobre lo cual levantaba una serie de razonamientos insensatos, descabellados, pero que le hacían sufrir como si fuesen fruto de la lógica más perfecta.

Su madre había sido mujer de extraordinaria hermosura, una de esas beldades excepcionales que debieran ser premio providencial otorgado a los mejores hombres; pero que, por azares de la vida, son presa y juguete del primero que sabe engañarlas, pues es cosa sabida que no corta la flor quien sabe apreciarla, sino quien anda más cerca de ella al punto en que se abre. Aquella mujer encantadora fué desgraciadísima por causa de su propia hermosura: todas sus desdichas, y fueron tantas que acabaron con ella, tomaron origen en su funesta belleza.

El primer hombre a quien quiso murió loco por no lograr que se la diesen como esposa. Luego la casaron sus padres con un ricacho desalmado y frío que, tras una temporada de apasionamiento meramente físico, la dejó abandonada durante cuatro años. Arruinóse después en el juego, y pensando entonces que las gracias de su mujer podrían ser base de nueva

prosperidad, le impuso con amenazas la reconciliación, obligándola a soportar amantes, a quienes explotaba. De una de estas uniones nació Felisa, que pudo ser el consuelo de su madre; pero el marido la dió a criar en tierra extraña, y al cabo de unos cuantos meses dijo que había muerto. Por último, aquel malvado reprodujo con caracteres más repugnantes la tradición o leyenda de la mujer de Candaúles, y una noche, cenando con tres amigos, subastó entre ellos a su esposa. Los padres de ésta, sabedores de tanta infamia, pusieron remedio al mal: a fuerza de oro rescataron a la esposa mártir y a la niña abandonada, muriendo de allí a poco la primera y heredando la segunda aquella belleza extraordinaria, germen maldito de tamañas desdichas. Posteriormente, primero los abuelos y después el tutor, criaron y educaron a Felisa entre mimos y grandezas.

Más adelante el supuesto padre, que sólo lo era legalmente, pidió a los abuelos una gruesa suma; no quisieron dársela, y él, por vengarse, hizo llegar a manos de la niña un papel donde refería las infamias que había hecho con su mujer, la vida que le obligó a sobrellevar, y hasta la lista de los amantes que le impuso.

Todo esto sabía Felisa: tal era el vergonzoso origen que no quería confesar a su novio. Además, por testimonio de gentes que la conocieron y por retratos que se conservaban, sabía también que físicamente se parecía a su madre cuanto una mujer puede parecerse a otra. Tan grande era la semejanza, que hallándose

un verano en un pueblo de baños, un caballero anciano la habló, comprendiendo quién era sin que nadie se lo dijese, porque a voces lo declaraban los rasgos de su fisonomía.

Ésta era la causa de su insistente deseo de aplazar la boda: de una parte quería ocultar la infamia de su nacimiento, y de otra aquel extremo parecido perturbaba sus ideas hasta el punto de hacerle temer que, como heredó la belleza, heredería también la desgracia y la deshonra. Calma, reflexión, frialdad, todo era inútil. Mientras escuchaba las protestas de amor que su Manuel le prodigaba, creía en él y le adoraba, maldiciéndose a sí misma, por imaginar que aquel hombre fuese capaz de algo malo; pero cuando a solas por la noche besaba el retrato de su madre, o cuando a la mañana se veía en el espejo, sentía nuevamente el alma invadida de temores; erguíase en su pensamiento la resistencia invencible al matrimonio, y en garantía de felicidad ansiaba ser amada como no lo fué su madre, como acaso no lo fué mujer alguna, con una pasión despojada de todo sensualismo, con afecto ideal, tan puro y limpio de deseos, que ni la posesión lograra mancillarlo ni el hastío destruirlo.

Había en aquel modo de pensar cierta grandeza trágica entre cristiana y gentílica. De un lado suponía ser de aquellos hijos malditos en quienes retoñan y se castigan las culpas de los padres; de otra parte se miraba predestinada al infortunio como las vírgenes de los poemas griegos: temía juntamente ser víctima expiatoria, y presa de la fatalidad, viniendo

estos sentimientos, por una larga e intrincada serie de transformaciones mentales, a degenerar en una impresión doble y extraña que la impulsaba a deleitarse con el pensamiento en el amor, y a temer al amante como hombre. Diríase que su madre la concibió forzada, pugnando por sustraerse a la realidad, y que ella, adivinándolo, sentía horror de ello, procurando aborrecer las perfecciones corporales que habían de convertirse en desventuras del alma.

Otros tiempos, otras ideas, otro medio social en torno suyo, y Fensa hubiera sido de aquellas visionarias que se atenaceaban los pechos y se abrasaban el rostro para no caer en brazos del ángel malo. Era, sin darse cuenta de ello, una mística del amor; quería sentirlo y poseerlo en espíritu, con la suave delicia del arrobamiento; y como aquella belleza que suponía funesta le sujetaba al suelo, maldecía de ella viendo en la expresión turbadora de sus ojos, en la púrpura de sus labios, y hasta en el timbre voluptuoso y penetrante de su voz, otros tantos presagios de irremediables infortunios.

Esas preocupaciones, en un principio voluntarias y solicitadas por el pensamiento, llegaron a dominarla, convirtiéndose poco a poco en supersticioso terror; sus cavilosidades adquirieron esa tenacidad inconsciente de las perturbaciones mentales, y comenzó a odiar sus encantos, como si fueran obstáculos a su felicidad y causa de que no pudiera saber hasta dónde llegaba el amor al hombre a quien quería.

Por fin, su imaginación enfermiza resumió todos aquellos desvaríos en esta pavarosa duda:

«Si fuese fea... ¿me querría?»

Jamás mujer bonita se ha hecho pregunta tan terrible.

En estado de ánimo análogo al suyo debió de verse aquella dama que, perseguida con deseos torpes por un rey de Castilla, se abrasó el rostro para evitar la ocasión de su deshonra.

Felisa, menos trágica, más moderna, y sobre todo más femenina, se limitó a procurar saber si Manuel amaba y deseaba en ella algo superior a la envoltura carnal. Luego de sentirse amada en espíritu, toda hermosura le parecía poca para que él la gozase; pero alambicando y quintaesenciando a su modo la índole de la pasión que inspiraba, se preguntaba constantemente:

«¿Me querría si fuese fea?»

....

....

Cuando Manuel tuvo casi ultimados los asuntos que motivaron su viaje, escribió a Felisa fijando el día de la boda.

«Dentro de quince días estaré en París —decía—, y desde allí telegrafiaré.»

La travesía de Nueva York al Havre se le hizo más larga que a los argonautas toda su expedición; al fin pisó el puerto, tomó el tren y se detuvo en París, a lo cual le obligaba la necesidad de negociar ciertos valores, albergándose en la misma fonda donde estu-

vo algunos días al hacer el viaje de ida, porque en ella vivía su antiguo y cariñoso amigo Pepe Teruel, que conocía a Felisa, y a quien constantemente hablaba de ella: debilidad propia de enamorados, que siempre han menester confidente.

Manuel y Pepe habían sido compañeros de colegio, condiscípulos de carrera y camaradas de aventuras en la primera época de su juventud: tal confianza les unía, que al irse a Nueva York el primero dijo al segundo:

—Ya he dicho a Felisa dónde ha de escribirme y hasta qué fecha; pero cuando le avise que estoy a punto de volver, me escribirá aquí. Tú me guardas las cartas hasta que te las pida, si por casualidad he de permanecer fuera más tiempo.

En cumplimiento de este encargo, el día de su regreso le entregó Pepe tres o cuatro cartas, diciéndole, al dárselas en el cuarto de la fonda, mientras les preparaban el almuerzo:

—¿Sabía ella con seguridad cuándo te embarcabas?

—Fijamente no. ¿Por qué?

—Porque esas cartas son muy atrasadas: estos últimos días no ha escrito... esta mañana ha llegado otra carta... pero no parece suya la letra... tómala.

—¿De modo que éstas son anteriores?

—Claro: la última vino el 2; estamos a 30; conque...

—¡Veintiocho días sin escribir!

Desazonado por el presentimiento de alguna desgracia, rompió el sobre, cuya letra no era de Felisa, y miró la firma.

—¿De quién?—preguntó Pepe.

—De Lorenza.

—¿Quién es esa señora?

—La conoces: es aquella viuda graciosa y parlanchina con quien jugabas al ajedrez; buena y lista, pero demasiado amiga de divertirse. No me gusta que ande mucho con ella, pero, ¡vaya usted a evitarlo! Felisa le da vestidos, sombreros, la saca de apuros, la lleva al teatro, en coche... Es el tipo de la parienta o amiga que tienen casi todas las muchachas ricas; servicial, complaciente, mitad por afecto, mitad por interés... Felisa la maneja como quiere. Y vaya una carta larga. Verás cómo hacen encargos, de seguro piden trapos... y, sin embargo, me temo algún disgusto gordo.

La lectura de los primeros renglones le alarmó: luego se puso pálido, comenzaron a temblarle las manos, nubláronsele los ojos, como si a despecho de la entereza varonil quisieran brotar las lágrimas, y por último, dejándose caer sobre una butaca, alargó el papel a su amigo, mientras decía entre sollozos:

—Entérate. ¡Pobre Felisa mía!

Pepe leyó en alta voz:

«Querido Manuel: No sé si recibirás en París estas líneas ni cuándo llegarán a tus manos. Sé que voy a darte una pesadumbre, y sin embargo, ni quiero ni

puedo dejar de escribirte. Yo lo hubiera hecho de todos modos, pero además lo hago por encargo de Felisa.

»Tantos rodeos para comenzar y los muchos días que llevas sin recibir noticias suyas, te habrán hecho temer que aquí sucede algo grave: desgraciadamente, no hay más remedio que decírtelo. Ha pasado el peligro, pero ha sido grandísimo: unas viruelas espantosas.

»En cuanto a su vida, puedes estar tranquilo; los médicos la han salvado. Dicen que la convalecencia será larga, y basta verla para creerlos. No parece su sombra: en fin, seguiremos cuidándola como hasta aquí, y recobrará las fuerzas perdidas.

»Y ahora, pobre amigo, ármate de valor. Ya te lo figuras ¿verdad? Consulta bien a tu corazón, haz algo que sea semejante a un examen amoroso de conciencia, y si quedas seguro de que todavía puedes quererla, prepárate a sufrir una gran desilusión y a luchar con la más terca manía que cabe en cabeza humana.

La violencia de la enfermedad ha sido espantosa: dice el médico que no recuerda tan fuerte ataque de viruelas. ¿Para qué aumentar tu pena refiriéndote detalladamente cuánto ha sufrido y nos ha hecho pasar? Donde más ha tenido ha sido en la cara: fué preciso atarle las manos para que no se destrozara, y aun así ha quedado completamente desfigurada.

»Las facciones han perdido su regularidad y su gracia; la tez, todavía plagada de manchas rojizas, que-

dará para siempre llena de hoyos, y por algo que no sé explicarte, pues no entiendo lo que dicen los médicos, la cara se le ha quedado algo contraída y como atirantada; en las mejillas y alrededor de los labios es donde tiene más viruelas; los ojos apenas dan idea de lo que fueron: la viveza y expresión que tenían se ha convertido en una mirada amortiguada y mate: no hay brillo en sus pupilas, y casi estoy por decirte que su dulce melancolía contribuye a que sea mayor la compasión que inspira: parece que en los ojos se le refleja la amargura del alma.

»Al segundo día de levantarse pidió un espejo. Doña Jenara y yo habíamos quitado los que había en el cuarto, deseando retrasar la horrible impresión que había de sufrir, tratando al menos de que no fuese una impresión brutal y repentina. Como comprenderás, los espejos pequeños podían esconderse fácilmente, y así lo hicimos: con decir que no parecían, en paz; pero delante del armario de luna tuvimos que poner un biombo con pretexto de que por una puerta entraba aire.

»Todas las precauciones fueron inútiles: ya sabes lo lista que es. En seguida lo notó todo, y dándonos sus llaves, pidió un espejo de mano que tenía guardado. Hubo que obedecer. Se miró, hizo un esfuerzo violentísimo por sobreponerse a la impresión que debió de sufrir, y luego inclinó la cabeza sobre el pecho, mientras por las mejillas le caían dos lagrimones que no podían resbalar como antes sobre la tersura de la piel, sino que fueron cayendo de hueco en

hueco y de hoyo en hoyo como gotas de agua arrojadas contra arena dura. ¡Qué escena tan triste! No es para descrita.

«En muchas horas no hubo modo de arrancarle la palabra. No comió ni durmió. A la tarde siguiente me llamó, haciéndome sentar a su lado, y me encargó que te escribiera.

«He aquí, poco más o menos, sus palabras, que pronunció serena, friamente, y las cuales, a mi juicio, son el fruto de una noche de horrible insomnio y de sin igual tormento:

«Escribe a Manuel, dile que he estado mala, lo que he tenido... y cómo me he quedado. La verdad desnuda... que estoy horrible, espantosa, que puedo inspirar lástima; pero que el amor y el mundo se han acabado para mí: que le devuelvo su palabra... y que sea tan feliz como merece. Ya ves—añadió—es hombre, y por grande que sea su amor, ¿qué pasión resiste a esta prueba? Hasta me complazco en creer que sufrirá. ¡Ya ves si soy egoísta! Pasará una temporada cruel, pero ni puedo ni quiero exigirle que se case conmigo. ¡Qué desencanto si me viese! En mi belleza—siguió diciendo—se fundaba su amor; la he perdido y tiene derecho a la libertad: si yo no se la diese ahora, él la recobraría luego... y sería peor. Esta resolución es irrevocable; nada podrá torcerla. En cuanto pasen unos días y me sienta fuerte, me iré a la Puebla del Maestre, procuraré restablecerme, y trataré de olvidar un mundo donde, ya lo ves, la dicha depende de unas calenturas y unos cuantos granos

feos en la cara. ¡Pobre de mí! Escribe a Manuel de modo que sufra lo menos posible, pero persuádele de que esto se acabó; ahórrale penas, pero quítale toda esperanza. Bien miradas las cosas, aunque ahora lo sienta, cuando sepa cómo estoy, bendecirá este arranque mío. No debemos volver a vernos. Quiero que, de conservar memoria mía, guarde el recuerdo de la otra Felisa, la de antes."

»He tratado de repetir sus mismas frases: lo que no puedes imaginar es el acento de amarga y firme resolución con que las dijo.

»Y he aceptado el encargo de escribirte esta carta violentándome mucho, porque sé la pena que ha de causarte: pero ten la seguridad de que nadie participará de ella tan sinceramente como tu antigua y buena amiga,

LORENZA.»

Manuel estuvo abatidísimo durante la lectura de la carta, y concluída, interrogó a su amigo con la mirada, invitándole a que hablase. Pepe lo hizo así:

—¿Qué quieres que te diga? El golpe es rudo... pero vamos a cuentas. Del exceso del mal brota a veces en la vida el consuelo, y si no el consuelo, la persuasión de que las fuerzas humanas se estrellan contra la realidad. La cosa es dolorosísima: para un enamorado, saber que su amada se ha puesto fea, es robarle el sol a mediodía... En cambio la situación no puede ser más que despejada. Todo te lo dan hecho.

—Explícate.

—Una de dos: o amas a esa mujer de tal modo, que aun desfigurada, la haces tuya... y créeme, ella cederá si lo intentas; o no te atreves a tanto, y entonces... pues te quedas aquí un año, y chico... ¿cómo ha de ser?, la mancha de la mora... De todos modos, piénsalo mucho, interrógate y contéstate sinceramente, porque ni debes hacer nuevas protestas de pasión, movido sólo de conmiseración y lástima, ni exponerte a que un arrepentimiento tardío te haga desdichado para el resto de tu vida.

Manuel no estaba para sostener discusión, ni siquiera para expresar lo que sentía.

Pepe siguió haciéndole reflexiones de las que a sangre fría se discurren cuando no es propio el mal que las motiva.

Así estuvieron todo el día y parte de la noche encerrados en el cuarto de la fonda: Manuel, triste y silencioso, leyendo y releyendo la carta; Pepe, aguzando el ingenio y prodigando sutilezas que endulzasen tanta amargura.

....

Pocos días después, Lorenza recibía la presente carta:

Mi querida amiga: El ser yo quien conteste a lo que ha escrito usted a Manuel, necesita previa explicación. Yo también soy medianero de tristezas: Usted experimentará, al leer lo que voy a decirle, una

impresión tan dolorosa como la que yo he sufrido leyendo lo que usted ha escrito.

»Cuando Manuel marchó al Havre para embarcarse, me rogó que recibiese cuantas cartas llegasen para él. «Casi todas—me dijo—serán de negocios; las abres y contestas según instrucciones que luego te daré.» Y después, enseñándome el sobre de una escrita por Felisa, añadió: «Las que tengan esta letra, me las guardas.» Con posterioridad a su partida llegaron varias que conocí ser de *ella*, y las guardé: luego faltaron, y como hace tres días recibí la de usted, y la letra del sobre en nada se parece a la de Felisa, claro está, la abrí y leí. Por el mal rato que habrá usted pasado al escribirla, podrá usted comprender el que yo estaré sufriendo ahora, porque el objeto de estas líneas es igualmente doloroso. ¡Razón tienen los que afirman que lo novelesco e inverosímil abunda más en la realidad que en los libros!

»Hace cuatro días, cuando esperaba la llegada de Manuel, recibí un telegrama puesto por el cónsul de España en el Havre, que es antiguo amigo mío, y que estaba redactado en estos términos:

«Ocurrido grave y desgraciado accidente a Manuel al desembarcar procedente de América. Conviene venga usted por primer tren.»

»A las pocas horas de recibida esta triste noticia, llegué al Havre. El accidente a que se refería el cónsul había sido horrible. En el momento en que, recién llegado de Nueva York, saltaba Manuel desde el vapor que le había traído al bote que debía conducirle has-

ta el muelle, estaban en la entrada del puerto dos ingenieros holandeses haciendo las primeras pruebas de una lancha movida por un aparato de su invención, llamado «propulsor de reacción». Quizá, como señora, no entienda usted bien lo que esto significa, ni ésta es ocasión de explicárselo. Bástele a usted saber que se trata de un nuevo sistema de locomoción marítima sin ayuda de remos, velas, vapor, ni electricidad.

»La mañana estaba hermosísima; miles de curiosos llenaban los muelles; el lanchón de los holandeses, que surcaba las aguas con pasmosa velocidad, pasó junto al bote en que venía Manuel.

»Este, como buen ingeniero y apasionado de su profesión, quiso presenciar a corta distancia el experimento, y para lograrlo, dió propina a los remeros, diciéndole que siguiesen de cerca a la embarcación de los inventores.

»Pocos momentos después el aparato motor que manejaban los holandeses, cargado con sustancias químicas, estalló, causando varias víctimas.

»Uno de los que lo manejaban quedó muerto en el acto; el que hacía de timonel sufrió graves quemaduras, y nuestro pobre Manolo, que tan imprudentemente se había aproximado, recibió en la cara gran parte de la carga química que debía mover el malhadado invento.

»Los remeros, viéndole caer sobre las tablas del bote con el rostro ensangrentado, le trajeron inmediatamente a tierra.

»Las heridas son, como dicen los médicos, de pronóstico reservado; mas, por lo que yo he podido comprender, el pobre Manuel quedará ciego.

»Fué llevado al hospital de marina, y de allí, con grandes precauciones, le traje a París en cuanto lo permitió la prudencia. No está en peligro su vida, por fortuna, pero repito que la pérdida de ambos ojos parece inevitable: sólo un milagro puede hacer que estos temores no se cumplan. Ya ve usted lo cruel que sería comunicarle ahora todo lo que usted me dice en su carta sobre la enfermedad y la resolución de la desgraciada Felisa.

»¿Querrá ella, después de leer estas líneas, renunciar a su propósito? ¿Qué resolverá? Ni quiero ni puedo adelantarme a interpretar su voluntad, que acaso se modifique, dadas las circunstancias.

»El desdichado ignora la gravedad de su situación; supone que se curará por completo; cree que verá pronto, y a quien más desea ver es a su Felisa.

»Con tal intensidad se ha posesionado de él este deseo, que me ha dado encargo de hacer a Felisa la proposición siguiente:

»Dice que, según ellos convinieron, Felisa debe tener arreglados todos los documentos necesarios para la boda, y que como él tiene también corrientes los suyos, el matrimonio se puede celebrar en Madrid por poderes, luego de lo cual espera que ella venga inmediatamente a París, no a pasar una luna de miel, sino a cuidar a su marido enfermo. Tal es la mezcla de amor y de egoísmo que se ha imaginado.

»Esto me ha dicho hace dos horas. ¿Cómo quiere usted que yo le entere de que su Felisa ha perdido aquella belleza que era su orgullo, y además le diga que ha resuelto no casarse? Se supone querido, e ignora que quedará ciego. A su discreción de usted fío cómo debe enterar a Felisa de todo esto, y con arreglo a lo que resuelva aguardo instrucciones.

»Hable usted con ella y contésteme lo antes posible.

»Suyo afectísimo siempre,

PEPE.»

La lectura de esta carta produjo a Felisa una emoción extraordinaria e imposible de analizar: sintió pena por el infortunio del ser amado, incertidumbre de lo que debiera procurar según lo extraordinario de las circunstancias, y alegría por vislumbrar la ocasión de ver puesta a prueba la grandeza de su corazón.

Con cierto refinamiento egoísta de idealismo pervertido y femenino se complacía en persuadirse de que la desgracia de Manuel daba solución al pavoroso problema de sus dudas; porque si había de quedarse ciego, ¿qué importaba ya que en ella subsistiese el encanto de su belleza heredada y funesta?

Además, ella le hablaría de su hermosura como de un bien ilusorio, por lo fugaz, y del amor de su alma como de una realidad [illegible] y constante. ¿Qué importaban ni qué valían la púrpura de su boca, ni el llamear de sus ojos, comparados con la ternura de su espíritu?

La fuente de los placeres terrenos y groseros estaba para él cegada, y en cambio, ella, en su alma, sentía brotar y correr hacia el amado un raudal de abnegación y dulzura. Aquello era la purificación de toda torpeza, la clara visión interna del amor: amar sin ver el objeto de la pasión, algo semejante a la fe que adora lo que acaso no existe.

....
....

Lorenza contestó telegráficamente a Pepe, que Felisa accedía al matrimonio por poderes, y que en seguida de verificado saldría para París con dos criados, si, dada su avanzada edad, no podía el tutor acompañarla.

Envió Manuel los poderes necesarios, y allanó Felisa a fuerza de dinero cuantas dificultades surgieron, resolviendo, por último, que un primo suyo representase al novio, y que la ceremonia se verificara en la Puebla del Maestre, donde todo había de serle más fácil de lograr, gracias a los amigos y deudos que allí se desvivirían por servirla. Salieron las cosas a medida de su deseo, y una mañana, muy temprano, ante poca gente, puesto el pensamiento en el hombre a quien quería, dió palabra y entregó mano de esposa al que le representaba. Hasta la anormalidad de ser otro distinto de su amante quien recibió su juramento, le pareció cosa conforme al estado de su espíritu, porque, en vez de sentir el terror que le inspiraba la idea de dejarse poseer, pudo complacerse en saborear mentalmente el casto pla-

cer de pensar que su porvenir y su vida estaban para siempre unidos a los de un hombre que la quería, y que, no pudiendo verla, no había de fundar la pasión en sólo la hermosura.

Hallábase al otro día ocupada en los preparativos para marchar a París, cuando recibió un telegrama fechado en Burdeos, donde sin más explicaciones, decía Manuel:

«No salgas del pueblo: llegaré pasado mañana.»

Su sorpresa no pudo ser mayor; pero ¿qué remedio, sino esperar y obedecer?

....

Al expirar el plazo marcado a su impaciencia, Felisa, acompañada de Lorenza, salió a recibir a Manuel hasta legua y media más allá del pueblo, esperándole nerviosa y desasosegada, al caer la tarde, en un recodo del camino.

En la última línea del horizonte, bajo la inmensidad azul, se destacaban las cumbres violáceas de la sierra, oíase a lo lejos acompasado y lento el campanilleo de una recua, y una bandada de golondrinas, piando alegremente, volaba en torno de los murallones de un castillo ruinoso que parecía perdido y olvidado en la extensa soledad del llano.

De pronto sonó ruido de cascabeles y trallazos, y ambas mujeres vieron venir por la carretera un coche de colleras tirado por cuatro mulas y envuelto en una nube de polvo.

Pocos minutos después el coche se detenía, y el

amante esperado se apeaba solo, ligero y ágil, saltando como un muchacho.

Felisa, sin acertar a creer lo que veía, gritó a su compañero:

—¡Es él! ¡Solo! ¡Sin vendas ni trapos!

Manuel la abrazó con fuerza, como quien se apodera de algo propio largamente codiciado, y ella se dejó estrechar sin sustraerse al legítimo halago.

—¿Pero qué engaño ha sido éste?—preguntó él, trémulo de gozo, viendo su rostro sin la menor señal de la mentida enfermedad.

—Quise saber—repuso ella—hasta dónde llegaba tu cariño. ¿Pero y tus ojos y tu ceguera?

—De tu mentira, que creí verdad, nació la mía. ¿Qué te sorprende? Quise demostrarte que tu corazón me atraía más que tu belleza. Yo te amaba desfigurada y fea... como tú me has querido ciego. Piensa ahora si seremos dichosos: tú hermosa, yo pudiendo mirarte y los dos seguros uno de otro.

LA NOVELA DE UNA NOCHE

I

Cuando Juan quedó huérfano tenía veinticinco años. Sus padres, los condes de Plateruela la Real, que murieron durante una epidemia con diferencia de pocas semanas, le dejaron muy rico, más que medianamente ilustrado y con esos hábitos de gran señor, casi siempre ridículos en quien los improvisa, y, muchas veces, respetables en quien los hereda.

Pasado algún tiempo, Juan, que era aficionado a las artes, creyendo tener ultimados todos los asuntos de la testamentaría, resolvió hacer un largo viaje para estudiar los principales museos de pintura y las mejores colecciones de Europa, cuando de pronto un pariente lejano le disputó la posesión de dos casas, obligándole a litigar. Pensó en un principio aplazar su proyecto, pero, convencido de que el pleito sería largo, determinó confiar su encarrilamiento y dirección a un abogado con quien tenía gran amistad, y, encargándole también la administración de otras muchas fincas,

emprendió la deseada expedición, fijando su residencia en París, desde donde hacía excursiones a Italia, Holanda e Inglaterra. Satisfaciendo esta inclinación de su espíritu y otras menos puras a que le daban derecho su juventud, su gallarda figura y su riqueza, dejó pasar algunos años sin volver a España, durante los cuales y en virtud de tan prolongada ausencia, quedaron las amistades y relaciones que en Madrid tenía unas como en suspenso y otras olvidadas: únicamente se carteaba con su abogado y administrador, ya para pedirle fondos, ya para saber noticias del malhadado pleito, que se había hecho crónico. Así vivía entretenido en sus estudios de arte y amores de fácil logro, cuando recibió un telegrama que hizo indispensable su regreso. La mujer del abogado le participaba que su esposo había muerto de repente. Pudo entonces Juan encomendar a otra persona la prosecución del litigio; más, dudando entre elegir administrador o encargarse de gobernar su hacienda, determinó venir a Madrid, y a los cuatro días de recibida la noticia, acompañado de su ayuda de cámara, se apeaba del exprés en la estación del Norte.

Imaginando que arreglaría pronto sus asuntos, se alojó en una fonda, pero presto se convenció de que las cosas iban para largo: el pleito estaba enmarañadísimo, y la elección de administrador, tratándose de un hacendado que como él había de seguir acaso viviendo en el extranjero, era verdaderamente peligrosa: además, todas las dificultades aumentaban con la falta de aquellas amistades y relaciones que por su

ausencia tenía descuidadas o perdidas. Comprendiendo que su permanencia en Madrid no podía ser muy corta y no conviniéndole despedir a ninguno de los inquilinos que tenían arrendadas sus mejores fincas, determinó acomodarse provisionalmente en un caserón viejo, también suyo, el cual, al emprender el viaje, había convertido en depósito de los muchos muebles y objetos artísticos que sus padres le dejaron.

Estaba este caserón situado a un kilómetro de Madrid, en una de esas carreteras cuya parte inmediata a la población se ha ido convirtiendo en calle con honores de paseo por la construcción de grandes centros de vecindad y *hoteles* de aristócratas de menor cuantía que pretenden vivir como potentados extranjeros. De los dos pisos que el vetusto caserón tenía, Juan dejó el alto para la servidumbre que hubo de tomar; y en la planta baja, cuya fachada principal tenía delante un pequeño espacio ajardinado, hizo su dormitorio, el comedor y un gran cuarto de trabajo a modo de estudio, que en un principio pensó no adornar, pero que luego, por ese horror a la desnudez de paredes que tiene toda persona de buen gusto, fué poco a poco llenando con los muebles, tapices, armas y pinturas que en la misma casa conservaba guardados.

Ello fué que, como sus ocupaciones, aunque importantes, eran pocas y le sobraba tiempo, se entretuvo en alhajar la habitación, convirtiéndola en un pequeño museo.

Hasta entonces no había podido darse exacta cuenta de lo mucho y bueno que sus padres le dejaron. Claro está que mientras anduvo errante por naciones extrañas se acordó de la media docena de obras de valor excepcional que poseía: el *Nacimiento de Cristo*, del *Greco*, la cabeza sin concluir de Felipe IV, que parecía de Velázquez, la *Magdalena*, de Zurbarán, y los dos retratos de sus abuelas, hechos por Goya, no habían de borrársele de la memoria; pero aquel aluvión de cuadros buenos italianos, españoles y flamencos que en presencia suya se fueron sacando de cuartuchos y desvanes; los tapices, grabados, libros y dibujos que por todas partes surgieron, pareciéndole, de puro olvidados, nuevos, le sirvieron de tan grato entretenimiento que se entregó en cuerpo y alma a la ocupación de revisarlo, ordenarlo y colocarlo todo, hasta crear un conjunto superior al de colecciones que en el extranjero le habían hecho sentir la amargura de la envidia.

Por los menestrales que empleó y las habladurías de los vecinos se supo en Madrid que el conde de Plateruela había vuelto de su largo viaje y que estaba arreglándose para vivir aquel destartalado caserón donde en antigüedades y pinturas tenía una fortuna, comentando cada cual la noticia según su entendimiento. Unos afirmaban que el no haber desalojado a los inquilinos de alguna de las hermosas fincas que poseía en el centro de Madrid, para habitarla, era prueba de tacañería y mezquindad; mientras otros, más discretos, sostenían que para no residir fijamente en Ma-

drid no había menester más suntuosa morada, amén de parecerles muy señoril y castizo aquel modo de disponer y alhajar su casa a la antigua usanza española, en un edificio sencillo y modesto en lo exterior y dentro lleno de preciosidades y riquezas.

Realmente, Juan dispuso las cosas de modo que, entre el deseo de hacer investigación y recuento de lo que iba descubriendo y el agrado de gozarlo, fué poco a poco encariñándose con la idea de tener casa puesta en Madrid, hasta que acabó por amueblarla y engalanarla toda. Lo más notable era su cuarto de trabajo. Quien fuese poco observador no experimentaría al verlo sino la vulgar impresión que causa la riqueza; mas quien supiese penetrar el alma de las cosas, acertando a colegir y apreciar lo que puede ser un hombre deduciéndolo de aquello con que se rodea y complace, fácilmente comprendería que el dueño y ordenador de cuanto había en aquella estancia era de los elegidos que sienten el influjo de la belleza, gozan con ella y le conceden parte tan grande de su vida que no dejan lugar al mal ni resquicio libre a la ruindad. Lo de menos era el valor de lo coleccionado: lo interesante, la inteligencia que había presidido a la elección de cada objeto; el tino en designar el lugar que ocupaba, y el aspecto de la totalidad, donde hasta las piezas más opuestas parecían hermanadas y armonizadas en un conjunto de tan sin igual primor, que las cosas plebeyas parecían aristocráticas y las demasiado suntuosas pasaban por sencillas. Pinturas, estatuillas, relieves, tejidos, tablas, mármoles y di-

bujos, prodigios de la paleta, del cincel, del telar y de la forja, declaraban que quien los había juntado y en ellos se deleitaba no podía ser un rico cualquiera, sino alguien que supiese y mereciese serlo.

Juan dispuso también que arreglaran el pequeño jardín, conservándole aquella frondosidad consecuencia de algunos años de libre crecimiento; y en su centro, entre recuadros de rosales, mandó colocar una fuentecilla de la cual surgía un surtidor que, subiendo al aire con violento empuje, luego en lo alto se encorvaba y rompía, cayendo desgranado al pilón en ruidosas y cristalinas gotas.

En un ángulo de este jardinillo y al borde de la carretera se alzaba un cenador de hierro cubierto de plantas trepadoras y guarnecido de persianas pintadas de verde, dispuestas con tal habilidad que permitían ver todo lo que pasaba por el camino sin que desde fuera pudiese ser descubierto quien estuviere dentro. A este cenador bajaba Juan a tomar café y leer siempre que el tiempo se lo permitía, permaneciendo allí largos ratos, ya entretenido con libros y periódicos, ya dejando correr esas horas de tristeza alegre y de alegría triste en que gusta el hombre quedarse con su pensamiento a solas.

Así estaba una tarde de las últimas de otoño, mirando distraídamente la gente que pasaba por la calle, cuando de la parte opuesta a Madrid y en dirección a éste, vió venir, andando lentamente, una señora sola seguida a corta distancia por una berlina cuyos caballos caminaban al paso. Como iba muy

despacio, pudo verla bien. Era rubia, la tez blanca, las facciones delicadas, los labios finos y algo pálidos, los ojos grandes y azules; el pelo, tirando a rojo caliente, entremezclado de hebras de oro, parecía pintado y ondulado con habilidad suma. Lo verdaderamente hermoso era el cuerpo: se conocía que no lo llevaba oprimido por el corsé; el pecho, firme y sobriamente modelado, debía ser precioso y al andar, por el sitio en que bajo la falda se le marcaba la forma, indicaba a cada paso la proporción admirable de sus piernas. Sus movimientos tenían más de lánguidos que de airosos: en el gusto que daba verla entraba por más la elegancia que la gracia: su aspecto era el propio de esas beldades serenas que, seguras de imponerse, se cuidan poco de agradar. Estaba vestida con estudiada sencillez: su traje de lanilla gris claro y liso no tenía adorno, lazo ni pliegue que pudiera desviar la mirada de las líneas del cuerpo; los guantes y el sombrero eran negros; la sombrilla de seda roja, muy brillante, así que, cuando la ponía contra el sol para resguardarse de sus rayos, que ya venían casi horizontales, la luz tamizada al revés de la tela le coloreaba la cabeza con un arrebol delicadísimo, y entonces su rostro, impasible y pálido, parecía una flor blanca sobre la cual pasara muy alto una nube de fuego. Tenía más de estatua animada que de vulgar criatura humana. Aquella mujer debía de hablar despacio, como andaba; su voz debía de ser suave, pero acaso poco timbrada; y, a juzgar por la íntima relación que suele existir entre lo físico y lo

espiritual, no prometía ser de las que se impacientan cuando esperan y sufren cuando sienten.

Juan la siguió con la mirada hasta perderla de vista. Era indudablemente hermosa, pero a él se lo pareció más porque hacía tiempo que no se fijaba en ninguna.

Durante varios días pasó casi a la misma hora, llevando siempre detrás el coche. Juan la esperaba ya con afán de verla, persuadido de que ni en Viena, ni en París, ni en Roma había encontrado beldad igual. Su esbeltez, su elegancia, le cautivaban: debía de tener el cuerpo algo largo y no muy carnoso, semejante a los de las ninfas y diosas creadas por los artistas franceses del siglo pasado: en los techos de Versalles recordaba haber visto figuras semejantes, y en el Louvre miniaturas y pasteles con rostros iguales, donde la altivez está hermanada con la gracia: así debían de ser, así fueron indudablemente, aquellas damas de la camarilla de María Antonieta en quienes el tipo, el traje, los modales y hasta las ropas eran formas distintas de la tentación y aperitivos del pecado. Y Juan se complacía en la vaga sensualidad de que venían bañadas sus impresiones, esforzándose en convencerse de que aquello no era más que la influencia de la hermosura en la existencia de un hombre que llevaba algún tiempo sin hacer caso de mujeres, algo como el desquite, la venganza de la belleza viva y humana por él humillada y postergada a la belleza artística.

Pero, si no era más que esto, ¿por qué experimentaba simultáneamente otras impresiones de distinta

índole? ¿Por qué, cuando estaba sólo de noche en aquel cuarto que arregló con tanto primor, se sorprendía a sí mismo triste sin causa y pensando en ella con intención limpia de toda impureza? Entonces se daba cuenta de que había estado leyendo maquinalmente sin enterarse; y otras veces, sufriendo la secreta sugestión de las cosas que despiertan ideas y espolean sentimientos, se quedaba mirando un diván, un cojín, un espejo, ocurriéndosele que allí debía ella estar reclinada, apoyados los pies en aquel almohadón, reflejándose en aquella luna su gentil figura, mientras la lámpara colocada a su espalda pusiera reflejos de oro en los rizos de su peinado deshecho; y, al creer verla así y tenerla a su alcance, no le parecía turbadora ni provocativa, antes al contrario, la contemplaba quieta y pacíficamente, cual si ya le hubiese pertenecido, con ese placer reposado y apacible en que la pasión deleita sin consumir, como fuego que calienta y no abrasa.

Finalmente, por gestiones de su ayuda de cámara, en quien tenía el Conde grandísima confianza, averiguó antecedentes que le importaba saber. Aquella señora tenía veintiocho años y era viuda de un diplomático. A pesar de su elegancia y su carruaje, andaba lejos de ser rica; vivía con forzada y relativa modestia en un *hotelito* de aquella misma calle, finca de poquísimo valor, pero mediante la cual podía sin mentir afirmar que tenía casa propia; pagaba a plazos a costureras y modistas; y, según la gente de escalera abajo, los gastos de tocador y coche eran

para ella más importantes que los del comedor y la cocina; se trataba con lo mejor de Madrid, no se la conocía amante y se llamaba Luisa.

De todas estas circunstancias, la única a que Juan dió importancia fué la referente a su virtud: el gran disgusto hubiera sido que fuese casada: la gran alegría consistió en saber que era honrada. Los veintiocho años le tenían sin cuidado, porque apenas representaba veinticuatro y estaba en plena hermosura. Los defectos de vanidad le parecían disculpables. Pues si una mujer joven y bonita no es algo vanidosa ¿quién va a serlo? Juan pensó además que él la corregiría, y en último caso, ¿qué necesidad tenía de corregirla, si aquella vanidad era de esa inocente y trivial que sólo estriba en engalanarse para agradar?

Estos quebraderos de cabeza le preocupaban, cuando cierto día, paseando por las calles céntricas de Madrid, vió en la muestra de un fotógrafo un retrato de Luisa: sin duda debió de hacérselo para un baile de disfraces en alguna fiesta aristocrática, porque estaba formando grupo con otra señora que sería su amiga; esta también muy guapa y ambas vestidas según la moda francesa del primer imperio: peinado alto con diadema y plumas, zapatos y medias de seda, falda tan estrecha y ceñida que de cintura para abajo no quedaba en su cuerpo línea que no se revelase, y el cuerpo tan corto y escotado que mostraba casi desnudos pecho y espalda. Aparte la elegancia y color de época, la verdad era que no parecían señoras, sino comiquillas de esas para quienes el teatro

es tercero y la cuarta escaparate. El escote de Luisa era aún más descarado que el de la otra. Juan recibió con esto impresión muy triste: la hermosura de la que su adorada ostentaba no indemnizaba del disgusto producido por su poco pudor. Salió con pretexto de retratarse; trabó conversación con un dependiente, y mostrándose generoso, al principio con un cigarro y luego con veladas ofertas, consiguió de él, primero, la promesa de que procuraría con maña que su amo quitase del escaparate el doble retrato, y, segundo, que aquella misma semana le haría secretamente y le mandaría una prueba de la fotografía, pero con sólo la figura de Luisa, desvaneciendo y suprimiendo la de su amiga con el mayor cuidado.

Como dádivas quebrantan peñas, aquel hombre cumplió ambas promesas: a los ocho días la fotografía de las dos señoras escandalosamente escotadas había desaparecido de la muestra, y el conde tenía sobre su mesa de despacho una prueba primorosamente tirada en que la figura de Luisa estaba sola. Primero la puso sobre un caballete de ébano; después la mudó de sitio varias veces, deseoso juntamente de tenerla al alcance de la mirada y de que no llamase la atención de quien allí entrase. Por fin la colocó a un extremo de la habitación en un mesita de mosaico, detrás de un marco de plata que encerraba un esmalte italiano del Renacimiento.

Estar contemplando aquel retrato y estarse horas enteras en el mirador del jardín esperando que el original saliera de su casa o volviera, se le pasaba

el día, aunque no lograra verla más que un instante. Nunca intentó seguirla, como si temiese hacer un descubrimiento amargo; y aquel hombre que había corrido media Europa, acostumbrado a ver y lograr mujeres de extraordinaria hermosura; él que a ninguna rindió más tributo que el de la generosidad; él, a quien ninguna quitó el sueño, vino a estar respecto de ésta en la más extraña situación de ánimo; porque unos días se suponía realmente enamorado y otros creía ser juguete de un capricho medio sensual, medio platónico, sin que pudiera arrancársela del pensamiento, pues cuando no andaba haciendo conjeturas sobre sus excelencias morales tenía ocupados torpemente los sentidos en la terca visión de sus encantos, y tan pronto imaginaba satisfacer en ellos lo menos espiritual de la pasión como presumía haber topado con la compañera para toda la vida, dulce y severa, comunicativa y discreta, inteligente y mimosa, sensual y púdica, la ideal, la soñada, la que, al par que lo calma, purifica y perpetúa el desordenado amor que inspira.

Por fin, con tales fantaseos dió en melancólico y tristón, apoderándose de él ese aburrimiento terrible que es consecuencia de no saber el hombre a punto fijo lo que quiere ni cómo lo desea.

II

Noche crudísima de invierno. El viento gime entre los hilos del telégrafo, azota con furia los árboles y arranca de los tejados los cañones de las chimeneas. La nevada es espantosa. El piso va blanqueando rápidamente, a pesar de la violencia del viento. Las puertas de las casas están cerradas, y apagada la mitad de los faroles del alumbrado público. No se ve un sereno ni un agente de policía, ni se escucha rumor de pisadas: sólo interrumpen el silencio a intervalos desiguales los horrendos bramidos del vendaval: parece haberse desencadenado sobre Madrid un ciclón terrible.

Juan está solo en su despacho, aquel cuarto que adornó con tantos objetos de arte y maravillas de las industrias antiguas. En la chimenea, guarnecida de unos morillos góticos de hierro formados por enormes sierpes y hojarasca de cardos retorcidos, arden tres o cuatro trozos de leña cuyas llamas se reflejan en las armas bruñidas, en los cristales de los cuadros y en los vidriados de las vasijas orientales. Juan, sentado junto a la chimenea, delante de una mesita, se ocu-

pa en ordenar varias aguas fuertes, alumbrado por la luz de una lámpara que, arrojando la claridad sobre el tablero, deja en medrosa penumbra el resto de la estancia. El viento parece quejarse dolorosamente en los resquicios del maderamen de los balcones, y en el cañón de la chimenea lanza pavorosos rugidos, como si allí hubiera un monstruo prisionero. La nevada sigue con tal fuerza que desde dentro de la habitación se oye el chasquido que producen las masas de copos al estrellarse contra los cristales.

....

De repente suenan, casi juntos, varios ruidos y voces que forman breve y horroroso estrépito: galopar desenfrenado de bestias que hieren desigualmente el suelo, gritos de hombre, alaridos de mujer... en seguida el roce de algo grande y hueco que parece arrastrado, vidrieras que se hacen añicos, patear de bestias que chocan contra tablas y crujir de maderas que se astillan. Luego todo calla de repente, menos la mujer, que entre chillidos largos, guturales y agudos, grita en el colmo del espanto:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

El Conde se abalanza a la ventana, la abre, y, a favor de la claridad opaca que parece resbalar sobre la nieve, ve una berlina medio volcada, dos caballos pataleando, un hombre esforzándose por sujetarlos, desde el pescante, y otro pugnando por sacar del coche a una señora que va dentro. Entonces, como la ventana es muy baja, Juan salta al jardincillo, abre la verja que lo separa de la calle y se acerca al grupo.

De los dos faroles del coche, uno está apagado; la luz del otro, cayendo sobre el rostro de la dama, gracias a un movimiento de ella, lo ilumina de lleno. Es Luisa. Asombro de Juan, que, con ayuda del lacayo y después de algunos empujones para mover la berlina, consigue sacar a su ídolo sin más daño que un ligero arañazo en una mano, hecho con un vidrio roto. En seguida, sujetándola por el talle, pues de puro emocionada no puede sostenerse, la entra al jardinillo.

—Señora, no se ha hecho usted nada... está usted en salvo.

Ella, estremecida de terror y de frío, se deja llevar casi en vilo por el lacayo y por Juan. Este la suelta un momento y, temeroso de que sus criados tarden, en vez de llamar, salta de nuevo la ventana para abrir desde dentro.

Entretanto la dama pregunta al lacayo:

—Pero, ¿cómo entro yo aquí? ¿Qué casa es ésta?

—Este es el amo—responde el lacayo—; es este mismo; no sé cómo se llama, pero sé que es el amo; y, como el carruaje está roto y no podemos seguir, la señora no tiene más remedio que entrar; porque ya comprende la señora que no se ha de quedar en la calle... Nosotros iremos a casa y vendremos por la señora con el otro coche...

Juan, seguido ya de un criado, abre la puerta, diciendo:

—Aquí podrá usted reponerse del susto y espe-

rar. Es imposible que continúe usted; el carruaje está roto... el huracán es terrible.

Como dándole razón, el viento arrecia y la nieve cae a puñados. Ella se vuelve al lacayo y le dice:

—Bueno... pues levantad esos pobres animales y volved por mí en cuanto podáis: esto no puede durar.

La dama y el caballero entran en el cuarto de éste. Juan toca, al pasar, una llave de la luz eléctrica, y la estancia queda inundada de intensa claridad. Luisa intenta dejarse caer en la primer butaca que encuentra; pero él, sin soltarla del brazo, la lleva hasta el centro. Ella, al sentir la grata tibieza de la atmósfera, se quita el largo abrigo de raso verde mirto forrado de pieles blancas con que viene cubierta y aparece elegantísimamente vestida, aunque toda arrugada y con algún que otro desgarrón. Traje amarillo, muy claro, de gasa, adornado con racimos de flores y hojas de acacia; nada de alhajas; maravillosamente peinada a grandes ondas; el escote, aunque de forma moderna, tan abierto como en el famoso retrato. Juan acerca una butaca a la chimenea y hace ademán de ofrecérsela a Luisa. Esta, tiritando todavía y temblorosa del susto, se sienta: Juan permanece de pie a su lado, y entablan el diálogo siguiente:

Ella.—¡Aun me tiemblan las carnes! ¡Creí que era el último instante de mi vida!

El.—Ya pasó. Afortunadamente usted no se ha

hecho nada. El coche es el que ha quedado malparado.

Ella.—Eso es lo de menos. Lo que a mí me azora es esto... este modo de meterme aquí, de causarle tanta molestia a estas horas... su familia... Por Dios, que no se despierte a nadie... Pronto vendrán a buscarme.

El.—Señora, vivo solo; y, aparte el susto sufrido... yo doy gracias a Dios...

Ella.—No sé cómo no me he matado... Venían muy de prisa, y de pronto han echado a correr, locos... No había modo de parar, y de repente choca el coche contra un farol, vuelca... (yo creo que ha debido de venir arrastrado más de cuarenta pasos)... y esos pobres... ¡Jesús, qué miedo!

Suena un golpe en la puerta, y aparece el criado de Juan, diciendo:

—Señora: los muchachos no se han hecho nada y los caballos muy poco, unas rozaduras. Ya se los llevan paso a paso. El coche hay que dejarlo ahí. Dice el cochero que en cuanto amaine el tiempo, que está peor que antes, vendrá por la señora con el otro coche, con la victoria; pero que, como es abierto, teme que la señora tenga frío.

Ella (*riendo*).—Nada... voy a tener que quedarme.

El.—Ya lo ve usted, señora: no hay más remedio. Pero veo que está usted todavía nerviosa... ¿Quiere usted tila, té?... ¿Desea usted descansar?

No puedo ofrecerle más que mi propio dormitorio, un cuarto de hombre solo.

Ella.—Nada, nada más que estar aquí, al calor de la lumbre. Esperaré lo que sea preciso. Lo que siento es molestar. Hoy se queda usted sin dormir.

El.—Señora, la situación haría ofensiva toda galantería excesiva; pero... usted no puede molestar. La noche ha sido cruel con todo el mundo, y a mí me trata como a un hijo mimado.

Ella (*comenzando a sentir calor y retirando hacia atrás la butaca, al mismo tiempo que pasea la mirada por el cuarto, lleno de preciosidades artísticas*). —¡Jesús bendito! ¡Cuanta cosa aquí! ¡Si parece esto un almacén de antigüedades!

El (*sorprendido ante la simpleza que acaba de oir y procurando disimular el mal efecto que le produce aquella muestra de poco tacto y de ignorancia*).—Me gusta todo lo antiguo... cuando es mejor o tiene mas caracter que lo moderno.

Ella.—Es que los hombres son ustedes muy raros: no les gustan a ustedes las mujeres de medio siglo y buscan muebles y cacharros de quinientos años. ¡Si esto debe de valer un dineral!

El.—Algo: en mis viajes he comprado bastante, y, además, anejo a la casa y título de mis padres había también mucho de lo que usted ve.

Ella (*cogiendo al vuelo lo del título*).—¡Ah! Vamos! Usted es el Conde de Plateruela. Ha venido usted a Madrid para un pleito... y no se trata usted con nadie. He oído hablar de usted a mucha

gente. Todo el mundo se sorprende de que haga usted vida tan retirada.

El.—Es verdad: no voy a ninguna parte. ¡Es tan difícil reanudar relaciones al cabo de cierto tiempo! Casi no me he tratado, después que llegué, más que con anticuarios y prenderos.

Luisa permanece callada unos instantes, sin saber dar el giro que quiere a la conversación. Luego, levantándose como cansada del asiento, se acerca a la pared, mira un cuadro y pregunta:

Ella.—¿Y qué representa esto?

El.—Lucrecia.

Ella.—Pues en la ópera no salen así: estos trajes parecen los que sacan en *Polliuto*.

El.—Es que esta Lucrecia es la antigua: la de la ópera es del siglo XV.

Ella.—Lo mismo da. Tiene usted muchos cuadros. ¡Y cuántas mujeres desnudas!

El.—Pero no verá usted una sola que sea... así, vamos, indecorosa.

Ella.—¡Qué afición tienen ustedes todos los hombres a esto!

El.—Como que el desnudo de mujer es la expresión suprema de la belleza...

Ella.—Y con eso de que es arte llenan ustedes las casas de... (En este momento se le cae el pañuelo de encaje que lleva en la mano, y ambos se inclinan para cogerlo. A ella, por el movimiento que hace al bajarse, se le sube mucho el pecho. El lo nota; Luisa adivina la mirada de Juan, y, sin

embargo, ni se sonroja ni se turba, haciéndole experimentar una impresión doble y contraria: lo que acaba de descubrir le parece propio de una diosa, pero su impudor le hace daño: con poco que se hubiese ruborizado, el efecto hubiera sido mayor.)

Ella (*acercándose a un balcón del cual levanta un visillo, quitando con los dedos el vapor acumulado sobre los cristales*).—Sigue nevando. Afortunadamente, no tengo padre por quien sentir inquietud ni desasosiego; pero me da miedo serle a usted molesta.

El.—Por Dios, señora, que no se le ocurra a usted eso. Más triste es lo otro.

Ella.—¿Qué? ¿Vivir sola? Se equivoca usted. Si a los hombres les gusta tanto la libertad, ¿por qué no ha de gustarnos a nosotras, sobre todo a las que ya sabemos lo que es la vida? La soledad no me pesa: quien está solo escoge la compañía que quiere, y quien está acompañado sufre la que tiene.

Juan va de sorpresa en sorpresa: cuanto sale de labios de Luisa le parece señal de espíritu frío y poco femenino. Sin saber sobreponerse a la mala impresión que le preocupa, y casi sin pensar, dice:

—Claro es que hay situaciones... ésta, por ejemplo... en que vale más ser libre. Si ahora estuviese usted casada no mostraría tanta tranquilidad. Esto que ha sucedido, aunque no tiene nada de particular, podía no gustarle a su marido.

Ella.—¡Ay, hijo mío! Usted no me conoce. Si estando casada me hubiere sucedido esto, me vería usted tan tranquila: tenía yo bien acostumbrado a

mi difunto... y si se impacientaba o se enfadaba... pues... yo, tan fresca.

El (*procurando que siga dándose a conocer*).—Bueno... con el marido se puede ser algo dura... pero si tuviere usted hijos no pensaría lo mismo.

Ella.—¡Niños! No hable usted de eso: nada más que de pensarlo se me pone carne de gallina.

El.—¿Por qué?

Ella.—Será todo lo natural y hasta poético que usted quiera: la maternidad... ¡un sacerdocio!... corriente; ustedes que... no sufren las consecuencias; pero ¡nosotras! Lo primero que le sucede a una es que se le desfigura el talle, que no puede vestirse como quiere, que tiene que pasar una temporada larga alejada de toda clase de diversiones o presentarse hecha un mamarracho, luego ponerse a punto de muerte... Y no hablemos de las que tienen el mal gusto de criar y se les estropea el pecho, y engordan hasta ponerse como un bombo o adelgazan hasta quedarse en los huesos...

El desencanto de Juan sigue creciendo. Hay momentos en que no sabe lo que le hace más daño: si la enormidad de las ideas o el desenfado y la repugnante naturalidad del lenguaje. Luisa sigue hablando refiriéndose a una de las últimas frases de Juan.

Ella.—Ha dicho usted antes que si *ahora estuviese casada:* luego sabe usted que soy viuda, luego me conoce usted.

El (*comprendiendo que no puede negar, y al mismo tiempo hablando con un pequeño menos de temor*

y respeto).—La conozco a usted mucho: acaso más de lo que conviene a mi tranquilidad.

Ella.—Eso es poco galante. Y ¿dónde nos hemos encontrado?

El.—En ninguna parte. La he visto a usted pasar por delante de estas ventanas, desde hace seis meses, todos los días a las mismas horas. Por la mañana a las once va usted hacia Madrid: a la una está usted de vuelta; por la tarde sale usted a las cinco y media o las seis, y vuelve usted a las ocho: por las noches... también sale usted mucho.

Ella.—¡Como que la casa se me viene encima! No sé cómo hay mujeres que puedan vivir metidas en casa. Pero vamos a cuentas: para saber todo eso... señal de que se pasa usted la vida en la ventana espiándome.

El (*recogiendo velas*).—Es que trabajo en este cuarto y tengo siempre las ventanas abiertas.

Ella.—Y ¿trabaja usted en esta mesa?

El.—Aquí mismo.

Ella.—Pues, amiguito, desde aquí no se ve la calle.

Turbación de Juan: mirada indefinible de Luisa: momentos de silencio embarazoso para ambos.

Ella (*de pronto y con la mayor frescura*).—Vaya, esto es capítulo de novela: ahora vamos a salir con que... No sé cómo decirlo... y para hacer que lo ignoro es tarde.

El (*bromeando*).—Atrévase usted.

Ella.—Yo no tengo que atreverme: usted es quien acaba de confesar que se pasa el día en la ventana pa-

ra verme pasar. Y ¡poco que se habrá usted alegrado de la nevada y de que se me haga trizas el coche!

El.—Yo no he dicho que me asome para eso.

Ella.—Pero lo ha hecho usted.

Juan calla: Luisa mira de nuevo hacia la calle, ve que el temporal no ceja, y dice suspirando con mucha coquetería y monada:

Ella.—¡A que tengo que quedarme aquí!

Juan hace movimiento de ir a hablar y se contiene.

Ella.—Iba usted a decir... «ojalá».

Juan se queda enteramente desconcertado. Cree que en su propia casa no debe permitirse la menor osadía, y al mismo tiempo está ya convencido de que Luisa no es la que él imaginó. Al cabo de un rato habla, por no parecer tonto, comprendiendo que no galantearla es casi una grosería.

El.—Lo principal es que no se ha hecho usted daño y que yo he tenido esta grandísima suerte.

Ella (*afectando modestia*).—A cualquier cosa llaman suerte los hombres: suerte sería si yo le importare a usted algo y sin saberlo me hubiere metido en la boca del lobo.

El.—Pero ¿usted me supone capaz de devorarla?

Ella.—Y ¿usted cree que hay *devoradas* si ellas no quieren?

Juan ve que puede llevar la conversación al terreno que le convenga. Luisa no es de las que se asustan, pero él siente invencible repugnancia a convertir en aventura vulgar lo que había comenzado en su

pensamiento con tanta poesía. Luisa le parece ya una de dos cosas: conquista de fácil logro, y por consiguiente sin grandes atractivos, o mujer de esas que, aunque por frialdad natural no se rinden nunca, tienen particular vanidad y deleite en trastornar a los hombres dejándoles desear mucho para no conceder nada. Sigue gustándole físicamente. Repuesta del susto, con la fisonomía animada después de haber entrado en calor junto al fuego de la chimenea, algo descompuesto el peinado por el desorden y luciendo desnudos los brazos y gran parte del pecho y la espalda, está preciosa; además, sus movimientos y ademanes tienen cierta languidez que, sin ser francamente provocativa, aleja todo temor de fiereza o esquivez; y esto, que bastaría para seducir a otro hombre, a Juan, que se había fingido distinto tipo moral, le deja pensativo. El desencanto es en él más poderoso que la voz de Luisa, que anda por el cuarto mirándolo todo, se acerca al mueblecillo de mosaicos, donde medio oculto por un esmalte italiano, habrá puesto Juan el retrato que le mandó el fotógrafo: lo ve y se sorprende hasta lo infinito. El asombro que experimenta y la expresión que adquiere su fisonomía son de imposible descripción. Coge el retrato, se pone con él en la mano bajo la lámpara que hay en el centro de la habitación, y exclama:

—¡Ave María Purísima! ¿De dónde ha sacado usted esto? ¿Quién se lo ha dado...? ¿Con qué derecho? Y, sobre todo, lo absurdo, lo incomprensible,

lo criminal... ¡Si yo me retraté con Pepita...! porque fuimos juntas. ¿Cómo estoy aquí sola? ¿Qué explicación puede tener esto sino que usted ha sobornado al fotógrafo? ¡Dios mío, a lo que estamos expuestas!

Juan (*humildemente, comprendiendo que es inútil negar*).—Es verdad: no quiero mentir.

Ella.—¡Y decía usted que no se asomaba para verme pasar! Razón tuve al sospechar que me había metido en la boca del lobo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué diabluras habrá usted hecho y cuánto le habrá dado al fotógrafo para que borre del *cliché* a Pepita! Por supuesto que cuando ha suprimido usted a mi amiga es que no podía oir nadie lo que dijese usted a mi retrato. Le aseguro a usted que no espero que me ocurra en la vida nada parecido. ¡Sea usted señora, viva usted en su rincón, para que luego vendan el retrato como si se tratase de una cualquier cosa!

Juan, aunque desilusionado para aprovechar la ocasión, no tiene más remedio que mostrarse a la altura de las circunstancias.

El.—Señora, y ¿yo qué culpa tengo de que la pusieran a usted allí tan elegante y tan?... Quizás no le falte a usted motivo para enfadarse, pero ya supondrá usted que cuando un hombre ve una cosa así, lo primero que se le ocurre es llevársela a su casa... a falta de...

Ella (*deseando que acabe*).—Eso no quiere decir nada. Hay quien colecciona retratos de mujeres, hasta

de las cajas de fósforos. Lo que no se ha visto nunca es lo que usted ha hecho. Y... ¡luego para meterme detrás de un cuadro viejo!

El.—Señora, no lo desprecie usted: ¡es un esmalte florentino del siglo XVI... como no lo tiene el Louvre!

Ella.—Pero, hombre de Dios, ¿cree usted que yo puedo permanecer aquí ahora, aunque nieve más que en Suiza?

Sin soltar el retrato, se dirige al balcón, ve que el temporal ha calmado mucho, y contrariada vuelve al centro de la habitación sin decirlo, obstinada en seguir manifestando gran enojo y frunciendo el entrecejo. Su mirada se esfuerza en ser severa, y en el fondo del alma piensa con envidia en las que se ponen coloradas cuando quieren.

Comienza a amanecer, no nieva y ha parado el viento.

El.—En fin... estoy dispuesto a desenfadarla a usted en la forma que mande: usted es el cuchillo y yo la carne... Pero acuérdese usted de que la carne es pecadora... Resuelva usted la penitencia mientras dispongo que nos traigan unas tazas de té.

Ella.—No, por Dios... ¿Le parece a usted que yo puedo quedarme *en tête à tête* con un...

El.—Dígalo usted, señora (*bromeando*)... con un ladrón. Este ladrón es capaz de robar un retrato, pero sabe que el original es sagrado, mientras la interesada no dispone otra cosa.

Juan sale del cuarto. Luisa entonces abarca de una

mirada rapidísima cuanto le rodea, como si con los ojos quisiera tomar posesión de todo aquello. Los bronces, muebles, tapices, cuadros y sedas crean un conjunto que respira bienestar y riqueza. Todo lo que hay allí denota que Juan es un hombre acostumbrado a vivir como un gran señor.

Sobre la chimenea hay dos miniaturas encerradas en un solo marco, retratos de una señora y un caballero ancianos. Basta verlos, sobre todo a ella, para comprender que son los padres de Juan. En la parte superior del doble marco hay una coronita condal de bronce dorado. Luisa se fija en ellos, en su parecido con Juan... en la corona. En seguida espacía y derrama de nuevo la mirada por la habitación, y rápidamente, como obedeciendo a un impulso súbito e irresistible, coloca su propio retrato, que no había soltado ni suelta de la mano, tapando el de los dos ancianos, de modo que encima de él viene a quedar la corona. Entonces sonríe a flor de labio, de un modo casi imperceptible; cierra un punto los ojos, y siente que sobre su alma toda pasa una deliciosa llamarada de orgullo. Aquello no dura más que un segundo: es la visión fugaz con que la ambición halaga a la vanidad.

Luego se sienta en una butaca muy baja, presentando los pies, y algo más, al calor del fuego; se queda con el retrato en la falda, y, echando hacia atrás la cabeza, deja caer lentamente los párpados, mientras el enorme espejo colocado sobre la chimenea reproduce entera su figura. Al sentarse, la falda se le ha quedado ceñida, modelando como un paño húme-

do lo que oculta. Tapándose pudorosamente el escote, cual si tuviese frío, se ha puesto el tenue pañolito de encaje bajo el cual se transparenta la carne. Sobre su rostro deja flotar la expresión de una serenidad dulcísima.

De pronto entra Juan, la ve, hace un esfuerzo para dominar la impresión que recibe, y dice refiriéndose al té:

—Ya lo traen.

En seguida alarga la mano para coger de la falda el retrato. Luisa lo sujeta fuertemente y procura fingir una turbación que no experimenta.

—No, no puede ser: es mío.

El.—Por eso lo quiero.

Ella (*con triste serenidad*).—¿Qué mujer imagina usted que soy yo? Si no me lo deja usted llevar, déjeme usted que lo queme. (*Hace ademán de tirarlo a la chimenea, y Juan lo estorba cogiéndola un brazo suavemente*).

En aquel instante un criado golpea discretamente la puerta y, obtenida la venia de su amo, entra sosteniendo en ambas manos un magnífico servicio de té, de plata. Luisa se queda con el retrato. El criado deja la bandeja en un velador y dice al retirarse:

—El cochero de la señora acaba de llegar: trae una berlina de unos señores vecinos de la señora, que la mandan porque se han enterado de lo ocurrido.

Ella (*cuando se quedan solos*).—¡Qué vergüenza! ¡Lo va a saber todo Madrid! ¡Estoy perdida! ¡Cual-

[illegible] a las [illegible] de cómo y por qué he venido aquí! ¡Dios mío!

Parece presa de una emoción intensa: su pecho se alza y se deprime por una respiración de fatigosa intranquilidad admirablemente fingida. Sin soltar el retrato, se dirige rápidamente a la butaca donde al entrar dejó el abrigo, se lo echa sobre los hombros, y se dirige hacia la puerta, exclamando:

—¡Me voy en seguida!... El té lo tomaremos otro día, en mi casa. De algún modo he de darle a usted las gracias por su hospitalidad.

Juan, sin pronunciar palabra, abre la puerta, e inclinándose ceremoniosamente, le ofrece el brazo para acompañarla. Luisa se arrebuja en las pieles, y salen al recibimiento. Juan, sintiendo el contacto de su brazo tembloroso y desmayado, la lleva hasta el carruaje; y ella, una vez dentro, señalando el retrato oculto bajo los pliegues de la falda, con una coquetería pudorosa, tan contrastada con su lenguaje de hasta entonces, dice:

—Si hace usted méritos puede que se lo devuelva... ¡Y para el té ya queda usted avisado!

[illegible] la portezuela [illegible] despidiéndose:

«Ella, ¡indudablemente!...—De los arrepentidos es el reino de los cielos.»

[illegible] se queda de pie, y desde la puerta, al través de los huecos que el ramaje seco y nevado deja en el [illegible], donde había pensado tanto en ella, la ve alejarse

el coche que se lleva sus ilusiones. La mujer soñada era vulgar, frívola y egoísta, incapaz de ser amante e indigna de llegar a madre... La luz del alba, blanquecina y difusa, parece envolver la calle en una niebla triste y sucia que no puede rasgar el sol.

Juan entra y se queda un instante pensativo en medio de su cuarto:

—¡Qué hermosa es... y qué poco vale! ¡Pobre de quien caiga en sus manos!

....

No, no irá jamás a recoger el retrato.

A lo lejos se oye el trotar de los caballos. En la chimenea sólo quedan brasas menudas cubiertas de ceniza. Juan manda al criado que encienda luz en su dormitorio. El frío de la madrugada es intenso. . pero aún mayor el de su desencanto.

LO IGNORADO

El gabinete, amueblado con todos los primores del lujo moderno, estaba a oscuras, envuelto en la penumbra incierta y desigual, causada por el resplandor de las luces que había en los escaparates de la acera opuesta. Como el piso era un principal muy bajo, de antigua casa aristocrática, no sonaba fuera ruido que dentro no se oyese: el vocerío y el rodar de los coches eran ensordecedores; algunas sombras proyectadas desde la calle parecían deslizarse por el techo quebrándose en el artesonado, y de cuando en cuando la trepidación producida por los camiones y los carros, hacía temblar ruidosamente los cristales de los balcones y moverse los visillos bordados de preciosas labores.

Carolina permanecía sentada en una butaca pequeña, inclinado el cuerpo hacia adelante, apoyados los codos en los rodillas, puesta la cabeza entre las palmas de las manos, completamente ensimismada y absorta, parados e inmóviles los ojos, como si no le importase o no existiese nada de cuanto había en torno suyo. Así permaneció un rato muy largo, tal vez horas, hasta que al dar las siete la sacó de aquella especie de estu-

por el timbre sonoro y penetrante de un reloj magnífico que había sobre la chimenea rodeado de candelabros de plata, figurillas de Sajonia y retratos de fotografía puestos en marcos hechos con terciopelos y tisúes antiguos.

Entonces levantó la cabeza, todavía hermosísima; miró a la esfera, y al ver al mismo tiempo aquellas fotografías y aquellos rostros, murmuró débilmente:

«¡Si lo supieran!»

Después se fijó en un mueblecillo sobre el cual había un espejo, y levantándose se dirigió hacia él para contemplarse un instante reflejada en la tersa superficie del cristal. Casi no pudo verse por la falta de luz, y, sin embargo, tan convencida estaba de lo que habían mermado sus encantos, que, apartándose de allí con pena, tornó a dejarse caer en la butaca.

De pronto se abrió la puerta, y apareciendo una doncella, preguntó:

—¿La señora quiere que se enciendan las lámparas?

—No; hasta que vuelvan la señorita y el señor.

....

Faltaba una hora, una hora que podía estar sola con sus pensamientos, repitiéndoselos, estrujándolos con la imaginación, atormentándose con ellos, sometiéndolos a toda clase de análisis, depurándolos con todo linaje de cavilaciones, al término de las cuales se le escapaba del pecho un suspiro muy largo, nacido de muy hondo, asomándosele simultáneamente a los ojos dos

lágrimas acres y abrasadoras que ella, en seguida, con precipitación, se enjugaba para que no le enrojeciesen los párpados.

Y siempre lo mismo... Encerrarse, sentarse en aquella butaca, y ponerse a recordar, a caviiar resucitando lo pasado hasta que todas sus ideas venían a resolverse y condensarse en aquellas dos lágrimas, cuando precisamente todo su empeño era no llorar. Eso, no: sufrir, enhorabuena, bien merecido lo tenía; pero llorar, no, porque el llanto quema los ojos, deja señales. Le preguntarían la causa, y entonces, ¿qué contestar?, ¿qué decir? Una mujer joven todavía y en plena sazón de hermosura, rica, mimada por su marido y con una hija de diez y siete años tan bonita como ella fué cuando los tenía, una mujer, en fin, por todos conceptos digna de estimación y respeto, hasta de envidia, ¿en qué podría fundar sus quejas y sus lágrimas?

Y, sin embargo, en estando sola se sentía acometida de una tristeza tan negra, de una amargura tan sin consuelo, que únicamente hallaba desahogo y alivio con aquellos mismos suspiros que tenía que sofocar y aquellas mismas lágrimas que tenía que tragarse. Su monólogo mudo era siempre igual: la historia de su culpa, que constantemente evocaba, recordándola con ensañamiento para echarse en cara su debilidad, su locura, su ingratitud, su perjurio y su infamia. ¡Qué historia tan sencilla, tan breve y tan horrible! Caída sin lucha, falsa visión de amor engañoso, adulterio vulgar sin poesía ni disculpa, y, por fin, des-

engaño brutal, imprevisto y cruel, aun dada la enormidad del delito. ¡Cómo quedaron las ilusiones pisoteadas y la conciencia manchada para siempre! ¡Oh, si pudiese arrancarse de la memoria todo aquello!

....

La cosa comenzó en París: ya en Vichy la miró y la galanteó mucho, pero sin atreverse a hablar con el cinismo que desplegó luego: en París, mientras su marido fué a Londres, empezó *él* a perseguirla y ella a vacilar, enorgullecida con haber inspirado amor a un hombre de quien se referían tantas y tan extraordinarias conquistas. Había comprometido a varias amigas suyas: decíase por entonces que era amante de una gran señora célebre por su belleza, y a pesar de semejante triunfo se fijaba en ella.

La noche que salió de París con su marido y su hija, *él* se hizo el encontradizo en la estación y vinieron juntos hasta Madrid. Las primeras palabras que le dirigió en el andén, a hurtadillas, fueron para decirle que por seguirla lo abandonaba *todo*, y aquel *todo* era la gran señora, aquella considerada hermosa entre las hermosas. ¡Maldito viaje! En el *sleeping* se atrevió a hablarla ya sin miramiento ni respeto, seguro de la emoción que ella no supo disimular al verle... Hacía una noche deliciosa; su esposo salió al pasillito del vagón para fumar, la niña le siguió, ella y *él* se quedaron solos, sentados uno junto a otro. Durante unos minutos se limitó a mirarla en silencio, como embebecido; pero luego, de pronto, mientras el marido y la hija iban y venían paseando por el co-

rredor lateral del vagón, en un instante en que sus pasos sonaron hacia el extremo opuesto, *él*, fingiendo... si aquello fué fingido, fingiendo no poder contenerse, la cogió una mano y se la llevó a los labios, besándosela entre el guante y la manga. Entonces debió levantarse, huirle, no provocar escándalo, pero salirse donde estaban su esposo y su hija, o llamarles con cualquier pretexto. En vez de hacerlo, permaneció sentada, muda, anhelante, como víctima de un hechizo, y desde aquel momento, por aquella absurda mezcla de timidez y engreimiento, ya hubo complicidad por parte suya.

A las pocas semanas de llegar a Madrid se dejó vencer: *él* supo arreglar las cosas de modo que la culpa había de ser doblemente sabrosa, primero por serlo, y luego por quedar envuelta en el misterio.

Alquiló un cuarto entresuelo en una calle extraviada, lo amuebló lujosamente, hasta con comodidades hijas de refinada perversión, y cada cual tuvo su llave, una llave pequeñita, inglesa, que cabía en el portamodas. El primero que llegaba esperaba al otro...

Precauciones hacían falta pocas: con ir de negro, tener un sombrero que no fuese llamativo, ponerle un velillo tupido, y tomar un simón... impunidad completa. Además, nunca estaban allí arriba de una hora. Si se retrasaba para almorzar o comer, siempre había modo de justificarlo: la tienda estaba llena de gente, el sermón había sido largo, la tía o la prima la habían entretenido. Su pobre marido jamás sospechó nada, ni llegó a desconfiar. Buen cuidado tuvo

ella de no mostrársele más expresiva o mimosa que de costumbre, y sobre todo de no vestirse delante de él para que no se fijara en el lujo de sus ropas interiores. Lo que le costaba trabajo era mentir. Los embustes le quemaban los labios, prueba de que algo bueno le quedaba en el alma, y al volver a su casa en el coche, en la escalera, antes de que su hija saliera a recibirla y besarla, se frotaba la cara con el manguito, con el pañuelo y con los guantes, como si quisiera borrar algo vergonzoso que aun siendo invisible pudiera traicionarla.

El tiempo, y no hizo falta que pasase mucho, fué mermando la falsa poesía de aquel encanto mentiroso: la sorpresa de haber delinquido y el desengaño al ver que su cómplice no sabía quererla ni estimarla, la consideración de que su marido le daba cada día mayores muestras de ternura, y el contraste de las caricias legítimas y honradas con aquellas otras en que el vicio no sabía disfrazarse de amor, fueron rápidamente turbando sus alegrías dudosas, avergonzándola de los placeres robados, y depositando en su corazón un sedimento de asco que parecía subírsele a los labios como vapor sucio y repugnante.

¿Qué resentimientos ni qué quejas tenía del padre de su hija? Era un hombre de talento poco brillante, de inteligencia mediana, de pobre ilustración, incapaz de conquistar fama ni prestigio, pero bueno, decente, cariñoso, leal... y sobre todo ¿si ya le conocía cuando consintió en ser su esposa, con qué derecho le ofendía?

El otro... el otro sí que la ofendió a ella mintiéndole una pasión que era incapaz de sentir, y tratándola como a una mujer perdida. La engañó diciendo que había puesto el cuarto para recibirla, hasta exageró las dificultades que hubo de vencer para encontrarlo y amueblarlo, y luego en aquel mismo cuarto que ella al principio llamaba su nido, suponiéndolo buscado para ella sola, fué hallando pruebas materiales y [illegible] de que lo habían utilizado otras mujeres. Un día en el cajón del tocador encontró medio paquete de polvos de arroz; otro día, de entre el asiento y el respaldo de una butaca, sacó horquillas que no eran suyas... Su nido era un cuarto puesto para posada de [illegible]. ¡Y por un hombre así se había perdido!... ni *él* la quiso ni ella podía quererle. Aquello no fué siquiera un error del corazón, ni una embriaguez de los sentidos: fué una caída estúpida, imposible de explicar, y lo que era peor, irremediable. Ni aun acogiéndose de nuevo fervorosamente al sagrado del amor legítimo hallaría paz, porque cada vez que su marido la tocaba se estremecía temerosa de que algo impensado, algo no previsto y terrible la delatara y la perdiese. Pero, ¿qué mayor perdición que el propio desprecio? ¿Qué tormento comparable al de oír a su hija calificar ofensiva y despiadadamente a otras casadas menos infames que ella?

... .

¡Y qué desenlace! Después de pasar una semana entera sin ir al nido, se citaron un día para el siguiente, a las tres. Ella debía estar cinco minutos

en casa de una amiga, ir a preguntar a la modista por una falda nueva y luego entrar en San José por la calle de Alcalá, salir por la de las Torres y tomar un coche. Así lo hizo todo, nerviosa, desazonada, impaciente, y cuando llegó al nido... estaba vacío.

Al apearse del simón y atravesar el portal, la portera la detuvo sorprendida al verla, diciendo: «¡Toma, toma! Yo creí que estaría usted enterada... Pues si hace cuatro días que el señorito mandó dos carros y se lo llevaron todo... Mire usted»—y saliendo al medio de la calle señaló a los dos balcones, en cada uno de los cuales había sujeto un papel blanco en señal de que se alquilaba el piso.

¡Qué vergüenza! Tomó otro coche, volvió a casa, pasó la tarde encerrada, violentándose para no llorar, y luego tuvo que comer con su marido y con su hija, hablando de cosas indiferentes mientras aún creía ver la sonrisa burlona de la portera y los papeles blancos de los balcones.

La culpa no era de nadie conocida ni había de serlo, porque ella no escribió carta ni soltó prenda, regalo, rizo ni recuerdo que pudiera comprometerla, pero le bastaba saberlo para tener la vida envenenada por una pesadumbre en que entraban por igual el remordimiento de su maldad y la rabia de su humillación.

Luego de aquella ruptura muda, después de aquel abandono despreciativo y denigrante, no volvió a saber de *él* en muchos meses, hasta que una noche se lo encontró en una tertulia, donde la saludó cortés-

mente con la sonrisa en los labios, como si se hubiesen visto la víspera, sin que jamás existiera ni mediase nada común entre ellos. Entonces le inspiró una mezcla indefinible de miedo y repugnancia, preguntándose avergonzada cómo y en qué momentos de ceguedad incomprensible pudo dejarse seducir y poseer, pareciéndole que todo fué mentira y que aquel miserable no la había tocado nunca.

Y estos pensamientos, crueles e implacables, eran la cadena que arrastraba en castigo de su delito, sin que la cárcel de su imaginación tuviera puerta por donde huir, ni su conciencia irritada le ofreciese jamás esperanza de perdón.

....

El gabinete había quedado completamente a oscuras. Los resplandores de las tiendas de enfrente se reflejaban en los espejos y en los cristales de los cuadros; en la chimenea la leña húmeda gemía tristemente y la péndola del reloj se movía con ruido acompasado y rítmico.

De pronto entró la hija de Carolina, diciendo:

—A comer, mamá .

Al quedar abierta la puerta, las luces que había en la habitación inmediata iluminaron bruscamente los retratos de la niña y de su padre puestos sobre la chimenea en cuadros de terciopelo y de tisúes antiguos, y Carolina, al pasar junto a ellos, tragándose las lágrimas, pensó, llena de angustioso terror:

«¡Dios mío, Dios mío, si lo supieran!»

CADENA PERPETUA

I

Estaba Nicolás una tarde estudiando un pleito en que había de informar al día siguiente, cuando entraron de pronto en el despacho Antonia, su mujer, a quien amaba extraordinariamente, y su prima Clarisa, viuda desde hacía pocos meses. Ambas tenían por entonces treinta años o poco menos; más que parientas eran íntimas amigas, y estaban guapísimas.

Clarisa iba con gran empeño de hablarle en seguida de un asunto importante. No tuvo más remedio que interrumpir la lectura de los autos y escucharla. Lo que le dijo, fué poco más o menos lo siguiente:

—Mira, Nicolás; como sería inútil, y acaso perjudicial para mí, andarme con hipocresías, no te ocultaré nada: prepárate a ser mi confesor durante unos minutos. No importa que ésta esté delante. Recordarás que el disgusto de la quiebra, las acusaciones de que fué fraudulenta, los tres meses de prisión con su cortejo de escándalo y humillaciones, todo aquello, en fin,

que no hay para qué repetir, ocasionó la muerte de mi marido. Cuando Pedro salió de la cárcel ya entró en casa gravísimo.

—De todo estoy enterado.

—Lo que no sabes es que además tuvo, por aquellos mismos días, otro disgusto horroroso... Y aquí entra lo que me cuesta trabajo confesar... pero es preciso. Ya recuerdas el genio de Perico: buen corazón, no lo niego; y en cambio un carácter imposible de aguantar: yo no era feliz. A los dos años de casados, su íntimo amigo Javier...

—Puedes ahorrarte detalles, porque no ignoro nada.

—Hice mal, es verdad: ya sé que eso no se justifica nunca... En fin, bien caro lo pago. Perico nunca se enteró de nada, a Dios gracias. Lejos de sospechar de Javier, le inspiraba en todos conceptos la más absoluta confianza. Tanta, que el mismo día en que fueron a prenderle, dos horas antes de llegar la policía, sacó de un escondrijo de su *secrétaire* un gran sobre lleno de títulos de la Deuda por valor de veintisiete mil y pico de duros, y se lo dió para que lo guardase, porque no quería que al quedarme sola tuviese en casa aquella cantidad. «Toma—le dijo—; debía haberlo depositado hace días en el Banco; afortunadamente no lo hice, y gracias a esto no ha caído en las garras de esa gentuza. El mes que viene cobras el cupón y se lo entregas a ésta. Cuando se aclare mi situación ya te lo pediré.» «Te haré un recibo, que es mucho dinero y somos mortales», repuso Javier. Pedro se negó a tomarlo. Aquella misma tarde un

Inspector y un agente de policía se llevaron a Pedro, sin permitir que le acompañáramos.

A los veinte días Javier, con una doblez superior a toda ponderación, fingió que estaba celoso de un pobre señor que me perseguía hacía algún tiempo inútilmente. ¡te lo juro!; se puso groserísimo conmigo... en fin, una disputa muy agria, y rompimos. No volvió a parecer por casa, dejó de ir a ver a Pedro a la cárcel, y hasta de ocuparse en las gestiones que hacíamos para la excarcelación. Pasó mes y medio..., llegó el pago del cupón; yo me decía: «vaya, ya lo mandará...»; pasaron ocho o diez días más; le escribí, aunque violentándome mucho... y hasta hoy. ¡Ni títulos, ni cupón, ni nada! ¡Ese es el caballero!

Nicolás y Antonia exclamaron a un tiempo:

—¡Qué barbaridad!

Clarisa continuó.

—Por fortuna, tengo para vivir lo de mi padre. Pero aún hay más. Cuando Pedro salió a la calle absuelto por falta de pruebas, pero desgraciadamente sin que pudiera poner en claro su inocencia, Javier negó en redondo lo de los veintisiete mil duros. La escena entre ambos creo que fué horrible. Pedro estaba incapacitado para reclamar nada, porque, como comprenderéis, tenía que haber empezado por confesar la ocultación de los veintisiete mil duros en perjuicio de los acreedores. Figuráos su situación. La rabia de verse atado de pies y manos, con lo bilioso que era, fué indudablemente lo que aceleró su muerte... Pero, ¡ahora me toca a mí!

La expresión de los ojos de Clarisa, la energía de sus palabras y hasta cierta sonrisa forzada y fría denotaban algo terrible.

—Dudo que puedas hacer nada—dijo Nicolás.

—Puedo perderle, deshonrarle..., quizá echarle a presidio.

—¿Tú?

—Lo que oyes. ¿Te acuerdas de todo lo que pasó con Javier hace tres años en la casa Molleda y Pola, los banqueros?

—Sí; que siendo él cajero le faltó no sé cuánto, mucho; que del libro de caja desaparecieron dos hojas, arrancadas; que no se le pudo probar nada porque lo de arrancar las hojas lo hizo un escribiente suyo, a quien, en cambio, libró de quintas, marchándose entretanto fuera unos días; y, finalmente, que se acabó el asunto sin más contratiempo para él que el escándalo y perder la plaza. ¿No fué eso?

—Cabal—replicó Clarisa—. Pues esas dos hojas ¡las tengo yo! Cuando éramos buenos amigos, en uno de esos momentos en que los hombres no sabéis callar nada, me dijo que las conservaba porque le convenía para miras ulteriores; parece que en esas mismas hojas hay apuntaciones y asientos con que se pueden demostrar no sé qué picardías de la casa Molleda y Pola; claro está que Javier no había de presentarlas porque sería perderse, pero puede hacer que tercera persona interesada pida no sé qué examen, revisión o investigación. Bueno, pues yo me dije: «si las tiene no es aquí, sino en la casita de Pozuelo», y allá me fuí. El

criado que le sirve de guarda era mío en cuerpo y alma: mi dinero me cuesta. Le dije que quería recobrar unas cartas mías que su amo tenía; me dejó, hasta me ayudó a abrir una cómoda antigua, que yo ya conocía, con un manojo de llaves que llevé; y, para abreviar, en mi poder están las dos famosas hojas del libro de caja: por una de sus márgenes se conoce perfectamente que fueron cortadas con una navajita pequeña. ¿Si pensaría él que no había de vengarme de un hombre que primero me roba y luego me abandona? ¡Quia! ¡No le perdono como amigo... y como amante... mucho menos!

Antonia, echándose las manos a la cabeza, exclamó con acento de asco e indignación:

—¡En mi vida he visto canalla más completo!

—Mira, Clarisa—dijo Nicolás—, todo eso es muy feo... y muy grave. Ahora estoy ocupadísimo; ven otro día a verme cuando quieras, y hablaremos. La cosa es tan gorda, que por hoy no me atrevo a decirte nada; tienes que andarte con pies de plomo. Además, mi situación, si llegase a intervenir en esto, pudiera ser muy difícil. De Javier tengo malísima idea; le creo capaz de cualquier fechoría; pero, aunque no hayamos tenido nunca intimidad verdadera, ha sido compañero mío de carrera, estamos en buenas relaciones... y el mundo es el mundo. ¡Tantas gentes saluda uno a quienes debía escupir a la cara!

—¿Es aquel moreno, alto, guapo, que nos saludó la otra noche en la Comedia?—preguntó Antonia.

—El mismo—repuso Clarisa, levantándose para irse—; en fin, vendré otro día y hablaremos.

Nicolás se quedó en el despacho. Antonia salió acompañando a su prima, y ya en la puerta, al despedirse, le dijo:

—¡Qué reservada, hijita! Tan íntimas... y yo sin saber nada. Pues, como guapo, es lo que se llama un hombre hermoso.

—¡Y malo!

—Eso, por lo visto, también.

—Capaz de todo. Adiós.

—Adiós.

II

Pocas semanas después de esta escena, Clarisa fué a pasar una temporada a Sevilla en casa de unos parientes; pero antes debió de hablar imprudentemente con alguien. Quizá el rencor la hizo indiscreta; tal vez en presencia de alguna amiga se le desbordó el deseo de venganza, y dijo algo acerca de la posibilidad de lograrla.

Ello fué que sus amenazas, sus esperanzas y hasta la índole del arma que pensaba emplear para satisfacerlas llegaron a oídos de Javier.

Éste, inmediatamente, se marchó a Pozuelo, y vió con espanto que le habían robado las dos hojas del libro de caja. El miedo y la ira se apoderaron de él, pero nada pudo hacer sino despedir al criado; mas pensando mucho, atando cabos, recordó que Clarisa, única poseedora del secreto y ya dueña de las pruebas del delito, era íntima amiga y prima de la mujer de Nicolás; cayó en la cuenta de que éste tenía fama de abogado revoltoso, y que de intentar su antigua amiga algo contra él, a Nicolás, y no a otro, había de buscar.

Entonces tomó como pretexto consultarle un asunto a consecuencia del cual podía tener que pleitear; fué a verle varias veces; frecuentó su casa, e hizo cuanto pudo a fin de reanudar y estrechar relaciones con él para que, en momento oportuno, se le mostrase propicio a desviar el golpe que le amenazaba.

Nicolás, comprendiendo desde un principio su propósito, vió con disgusto aquellas visitas; pero por una parte, dada la antigua amistad que les unía, y sin causa que lo justificara, no podía negarse a recibirle, y por otra pensó que, andando el tiempo, acaso le fuera fácil sacar partido de la situación en bien de Clarisa y hasta en provecho propio.

Era hombre de poco sentido moral, y no dejó de sonreirle la perspectiva de que en aquel asunto tan sucio le estuviese reservado el papel de amigable componedor bien retribuído.

A los pocos meses de la visita última de Clarisa, y durante la permanencia de ésta en Sevilla, ya entraba Javier en casa de Nicolás y Antonia a todas horas. A él le proporcionó varios asuntos que habían de valerle algún dinero; a ella le hizo regalitos; comió allí, primero con desigual frecuencia, luego un día fijo a la semana; les mandaba palcos, obsequiaba a Antonia con flores: marido y mujer parecían haberse tácitamente puesto de acuerdo para aceptar la amistad de aquel hombre a quien tenían motivo sobrado para conocer y despreciar.

La osadía, el desparpajo, la gracia y la elegancia de Javier hicieron profunda impresión en Antonia, que

comenzó a experimentar esa atracción sorbedora y letal que el pillo ejerce sobre la mujer a quien, por temperamento o por instinto, falta el áncora de la dignidad y la virtud. El no perdía ocasión de hacerse simpático a sus ojos; ella reía sus ocurrencias, escuchaba con curiosidad insana y fruición pecaminosa el relato de sus conquistas, admiraba aquella mezcla de galantería y desprecio con que trataba a sus víctimas, hasta que poco a poco se fué sintiendo indefensa e invadida por un deseo vago de la culpa y un miedo deleitoso de ella, como si en su alma y por su cuerpo todo se hubiese derramado uno de esos venenos que ponen la fantasía rabiosa y dejan dormida la conciencia.

Nicolás no veía nada. Al cabo de seis meses comenzó a murmurar la vecindad. Las visitas de Javier llegaron a ser casi diarias; las salidas del marido solían coincidir con las llegadas del amigo; algunas noches en que Nicolás se quedaba trabajando y ella iba de tertulia a casa de unas amigas, Javier volvía acompañándola; un chico, estudiante, hijo de una familia que vivía en el principal, vió entrar una tarde a Javier en una casa de la calle del Conde-Duque, y a pocos pasos a Antonia venir sola en un coche y en aquella misma dirección; la hija de la portera contó que yendo un domingo a ver a una amiga, enferma en el hospital de la Princesa, les había sorprendido despidiéndose en la Cuesta de Areneros; y, finalmente, una muchacha que la modista tenía para llevar la caja, contó que las facturas de poca importancia iba

ella a cobrarlas a casa de Antonia, pero que las cuentas gordas las pagaba ella misma, o las enviaba la maestra por medio de una oficiala de confianza a casa de un caballero alto, robusto, bien plantado, moreno, con grandes bigotes negros, de aspecto muy varonil y simpático.

Desgraciadamente, nadie mentía. Antonia, aun sabiendo quién era y de lo que era capaz, se dejó trastornar, a sabiendas, por aquella hermosura vigorosa que tanto celebraba la aprendiza de la modista, y acaso también influyó en su perversión la facilidad de ponerse trajes, sombreros, moños y galas que antes le parecían adorno exclusivo de otras mujeres más felices.

III

Nicolás me contó su desdicha y su venganza.

«Una noche, en vez de retirarme tan tarde como de costumbre, volví a casa algo más temprano, con propósito de madrugar y ponerme a escribir en seguida. Subo la escalera, abro con mi llavín, procurando no hacer ruido, cruzo el recibimiento, luego un corredor, y al pasar de puntillas ante el cuarto de las criadas, oigo claras y distintas estas palabras: «Pues el día menos pensado verás tú la que se arma.» Era la voz de la doncella. La cocinera repuso: «O se hace el tonto como otro amo que yo tuve, por »la cuenta que le traía.» «Este no—decía la primera—; además, gana bastante.»—«¿Pero tú crees que »no lo sabe? Pues dí que es ciego. Quiá, hijita; de es»tas cataratas a gusto hay muchas.» Quedé inmóvil, como clavado al suelo, conteniendo la respiración, y seguí escuchando. «No, no lo sabe; sí que está ciego, »porque la quiere mucho: acuérdate de cómo se pone »cuando está mala.»—«Ella es muy mala, muy falsa; »el otro deja siempre el sombrero en la percha, y la »señorita viene, y entre el forro y la badana le pone

»el papel con la hora de la cita. Se ven en una calle, »allá por cerca del cuartel de guardias.»

»Tan grande y tan dolorosa fué mi sorpresa que aún no comprendía yo quién era él, hasta que, al cabo de unos instantes, dijo una de las muchachas: «Como hombre es un real mozo, lo que se llama un »hombre guapo; pero dicen que es muy malo. Hace »años que salió en los papeles, por si faltó o no faltó »dinero en una casa de banca donde estaba emplea»do. El otro amo que yo tuve decía que si en vez de »ser una caballero llegase a ser un pobre, lo zampan »en presidio... en fin, que hay cada casa...»

»Así siguieron un rato. La revelación fué tan completa como brutal. El pecho se me llenó de ira... y los ojos de lágrimas. Tendré los defectos que se quiera, pero la adoraba. ¡Creí desplomarme allí! Cuando callaron seguí a oscuras y de puntillas al despacho, y me dejé caer en un sillón, ante la mesa de despacho, allí mismo donde miles de veces me había puesto a trabajar contento, pensando en ella; porque lo bueno y lo malo que he hecho en este mundo ha sido por Antonia. Hasta mis faltas de delicadeza, y el aguzar el entendimiento más de lo debido, y el empeño en ganar mucho... todo, todo por ella...

»Empecé a recordar, a pensar en cosas pasadas; vinieron a mi memoria pequeñeces y detalles antes inadvertidos. ¡Tenían razón! Parecía que estaba ciego. Y lo que más me hacía sufrir era la convicción de que aun valiendo yo poco, y habiendo hecho cosas feas por tener con qué contentar sus gustos y caprichos,

me deshonraba por un hombre de quien a ciencia cierta sabía que era un miserable ladrón. Porque desde que Javier rompió con Clarisa sabía Antonia lo de los veintisiete mil duros, y lo del desfalco en casa de Molleda y Pola. ¡Cuántas ideas se me pasaron por la cabeza! Sorprenderlos, matarlos, ¡pero a los dos! Todo me parecía poco.

»De madrugada sentí un frío espantoso, y me fuí a la alcoba. Afortunadamente, teníamos dos camas. Estaba dormida, y me acosté en la mía sin meter ruido. No pegué los ojos. Hasta las ocho de la mañana estuve oyendo su respiración clara, acompasada, igual, tranquila como la de un niño. Aunque viva cien años no tendré momento de serenidad y sangre fría igual al que tuve cuando al despertarse, ya bañada la alcoba por la alegre claridad del día, me preguntó: «¿A »qué hora viniste anoche? ¿Cómo no te habré oído entrar?»

»Callé, fingí, disimulé, pasando días amarguísimos, convenciéndome tercamente, hasta pensar y madurar mi plan de venganza. Nada de sangre, ni más escándalo que el inevitable; una separación pacífica, tranquila, pero horrible.

»Puse un telegrama a Clarisa para que viniese inmediatamente, con encargo especial de no ver a nadie, y menos a Antonia, hasta que no hablara conmigo. Llegó, fuí a verla, y le hablé de este modo: «Si quieres vengarte de Javier y recobrar algo, yo me encargo de ello.» Le bastó mirarme para comprender que hablaba por cuenta propia. Entonces, espantada,

repuso: —«¿Has sabido... que... Antonia...?»—«¿Tú lo sabías también?»—le pregunté—. «Sí; por »eso me he estado más tiempo en Sevilla, porque, vi»viendo aquí y viniendo a tu casa, había de ser cóm»plice o delatora.»—Yo le dije: —«No te pido discul»pas; te propongo un negocio. Tú sola no conseguirías »nada. ¿Quieres venderme las dos hojas del libro de »caja de los Molleda, suponiendo que esas dos hojas demuestren la culpabilidad?» —«¡Ya lo creo que la de»muestran!—contestó—, como que en ellas está la »numeración de unos títulos de la Deuda que luego »Javier vendió como suyos, lo cual se puede probar, »porque su agente la tendrá también apuntada; ade»más, éste tendrá que decir quién los adquirió, y el »comprador acaso conserve la póliza. Con un poco de »astucia por nuestra parte, está perdido. Pero—aña»dió—te equivocas en una cosa; yo no quiero vengar»me sólo porque me haya robado, sino también porque »me ha humillado; podría venderte la venganza del »robo, eso casi sería un negocio; la que no vendo es »la venganza de mi amor propio y de mi dignidad »de mujer, que por culpa suya he perdido. No me »des dinero; yo te regalaré las hojas del libro de »caja con una sola condición: que has de hacerle »desgraciado para toda su vida.»

»A las veinticuatro horas tenía en mi poder aquellos papeles. Me bastó verlos para persuadirme de que yo era árbitro del porvenir de Javier: ¡estaba en mis manos sin defensa! Entonces acabé de perfeccionar mi plan con verdadero refinamiento de odio.

»Una noche, hallándonos los tres en el gabinete de Antonia, me levanté, eché a la puerta la llave, guardándomela en el bolsillo, y encarándome con ellos, lo más sereno que pude, les dije alternativamente:

—«He pagado bien cara la necedad de haberte recibido en mi casa. Me has robado el amor de esta mujer, y tú le has hecho caso deshonrándome.»—Quedaron aterrados.—«No repliquéis, porque es inútil. Ni a ti te servirá de nada el valor, ni a ti las lágrimas. Ni quiero batirme contigo, ni a ti matarte. No merecéis que arriesgue la vida, ni que pase una hora en la cárcel. Me vengo a mi manera. En poder mío están—añadí mirándole frente a frente—las hojas que arrancaste del libro de caja en casa de Molleda y Pola. Clarisa me las ha dado. Tengo hasta la prueba de que por aquellos días vendiste los títulos robados. El día que me acomode vas a presidio. Pero no quiero eso, sino mucho más. Vas a salir de aquí con esta mujer ahora mismo, como está, con lo puesto. Ella sabe que tú eres un ladrón, y tú sabes que es una mala mujer. Yo os junto y os ato y os sueldo uno a otro, ¡para toda la vida! El día que la dejes o consientas que se separe de ti, entrego esos papeles a la justicia.»

»Su espanto fué superior a lo humano. Javier me miró fuera de sí, presa de una emoción indefinible. Antonia se quedó blanca, con los ojos desmesuradamente abiertos, y quiso arrojarse a mis pies. El dió dos pasos con intención de ganar la puerta: ella lo retó con asco, y yo lo estorbé resuelto. Allí comenzó el divorcio de sus almas. Insolencias de uno, lágrimas

de otro; a todo resistí. Aquello no podía prolongarse. Antonia fué la primera que, doblegada ante mi entereza, dijo con voz desfallecida: «¡Vamos!» ¡Qué cara puso él!

»Les vi salir, saboreando brutalmente esa alegría negra en que parece desbordarse por el alma el odio satisfecho.

«Todavía..., en la puerta de la escalera ella se me abrazó a las rodillas, gritando: «¡Prefiero que me mates!» Y yo, rechazándola, repuse al tocarla con repugnancia y pena, ¡por última vez!:

«Sois dos infames, y lo sabéis...; id juntos, juntos para toda la vida: ¡a cadena perpetua!»

LO MEJOR DEL HOMBRE

Aquella casa era el verdadero tipo de las grandes y destartaladas viviendas que para familias burguesas se hacían en Madrid a principios de siglo, con sus habitaciones altas de techo, espaciosas, papeles de ramos y florones, pasillos laberínticos, balcones con postigujllo, puertas de cuarterones pintadas al temple, y ladrillos que se deshacían en sucio polvillo rojo. Tenía cada piso cuartos con vistas a la calle y otros interiores más baratos, cuyos huecos daban a un anchuroso patio empedrado de cantos lisos, con pozo en el centro, pila para lavar, y en los cuatro ángulos otras tantas parras que trepaban por los muros hasta el tejado.

De este patio recibía también luz mi cuarto de trabajo. En los comienzos de vivir allí, como era invierno, el balcón estaba casi constantemente cerrado; pero a fines de mayo comencé a dejarlo abierto algunos ratos mientras escribía. Entonces observé que en la planta baja vivían un sillero ambulante, que remojaba en la pila sus mimbres y eneas; una echadora de cartas, en busca de la cual acudían muchas criadas

de servir, y un viejo, fabricante de alambreras, ratoneras y rosarios, que por su aspecto recordaba mucho al *Menipo* de Velázquez; toda gente tranquila y bien avenida.

El cuarto interior situado frente al mío tenía dos balcones con los vidrios de la parte inferior, a falta de visillos, embadurnados de blanco, y algunos que se habían roto, sustituídos con papeles o cartones, indicando juntamente la pobreza de sus inquilinos y su deseo de evitar miradas ajenas.

En el suelo de uno de los dos balcones estaban casi todo el día jugando dos niños, que se entretenían haciendo castillos o casitas con unos zoquetes de madera de los que sobran al serrar listones; y de cuando en cuando, para mandarles callar si levantaban la voz, pero más a menudo para besarles, se asomaban también dos mujeres: una anciana, muy gruesa, y otra de apenas treinta años, alta, pálida, de belleza prematuramente ajada, en quien contrastaban, inspirando lástima, la elegancia de la persona y la pobreza del vestido.

La fisonomía y continente de ambas les daban por señoras, y su apacible tristeza decía, sin permitir dudas, que soportaban con paciencia y decoro alguna gran desgracia. La de más edad no se movía de casa: a la joven se le veía salir diariamente muy temprano, ya con una cesta pequeña al brazo, ya con un gran pañuelo de los que se usan para llevar labor de costura.

Con ellas y los niños vivía también un hombre de a

lo más cuarenta años, alto, de buena figura y aspecto inteligente. Al principio, no viéndole nunca ocupado en cosa que pareciese trabajo, me fué antipático, imaginando que pudiera ser, en vez de sostén y amparo, carga y enojo de aquellas infelices, pero tardé muy poco en comprender que me había equivocado.

Aquel hombre andaba siempre de un lado para otro, inquieto, en constante agitación, gesticulando, manoteando y hablando solo, hasta que como mareado se dejaba caer en una silla, y apoyando los codos en las rodillas y la barba entre las palmas, parecía rendirse al cansancio físico y la pesadumbre moral. Su mirada era generalmente vaga, insegura, voluble, cual si le costase trabajo fijarse en lo que le rodeaba; pero a veces, de pronto variaba, haciéndose dura, tenaz y amenazadora. Entonces daba miedo.

Un día, sin que las mujeres lo notaran, les vi lavarle la cara y las manos, y peinarle; después le vistieron: por cierto que sus ropas, aunque completamente destrozadas, debieron de ser buenas y sin duda hechas para él: finalmente, le acariciaron y besaron al igual de los niños, mostrándose en medio de aquella ternura, más por la diversidad de los halagos que por la diferencia de edades, que de aquellas dos desdichadas una era su madre y otra su mujer... Al poco rato, en un momento que le dejaron solo, salió al balcón, y volcando la tierra seca de un tiesto, hizo como que se lavaba las manos mejor que ellas lo hicieron.

Las vocecitas de los niños, el ruido que causan zo-

rros y escobas en ratos de limpieza, y el rumor metálico de una máquina de coser, eran todas las señales de vida que daba aquella pobre gente, cuyo aspecto fino y miserable henchía el corazón de pena.

Cierta calurosa noche de julio, al retirarme ya muy tarde, casi de madrugada, entré a oscuras en mi cuarto, cuyo balcón estaba abierto. Mis vecinas tenían el suyo entornado, y por el estrecho espacio que dejaban libre las vidrieras vi a la joven sentada ante la máquina de coser, sobre la cual tenía puesta una lamparita de petróleo que le inundaba de claridad el semblante.

Quedé inmóvil para no meter ruido, y me deleité en contemplarla. ¡Qué hermosa debía de haber sido, y qué cruel estrago hicieron en ella las privaciones y el dolor! La actitud del cuerpo y la endeblez del traje dibujaban su figura casi como si estuviera desnuda: parecía una Venus, pero ajada, enfermiza; y a modo de contraste con lo que tenía de sensual su hermosura, en su fisonomía, severa y casta, se retrataba el pesar hondo, pero tranquilo, de la Virgen cristiana. Toda era palidez y ojos: palidez mate, levemente dorada, de mies poco madura, y ojos hermosísimos cercados de livor intenso que los dejaba envueltos en una sombra de tristeza.

Por bajo de la falda negra y raída, entre los hierros de la máquina, asomaban sus pies finos y bien formados, cuya elegancia no podían bastardear unos groseros zapatos de tela gris. Hubo un momento en que, inclinándose hacia adelante, pareció dormirse; mas en

seguida se rehizo, y mojando los dedos en un vaso de agua que tenía al lado, se humedeció los párpados.

Compasivo y embobado la contemplaba yo, cuando abriéndose de pronto una puerta, apareció la señora vieja en paños menores, medio desnuda y alterado el rostro, figura al mismo tiempo dramática y grotesca, diciendo cariñosamente enojada:

—Julia... te estás matando... anda... anda a dormir.

—Hacía falta—repuso la joven.

Luego dejó la labor, cerró el balcón y ambas se retiraron llevándose la luz.

....

....

Serían las tres o las cuatro de la tarde del día siguiente, en que por cierto el calor fué inaguantable, cuando comenzaron a sonar grandes y destempladas voces de hombre furioso, que decía:

—¡Crisis... hay crisis! ¡De ésta no pasa! ¡El carruaje!... ¡Que venga un coche!... El frac... dadme el frac... no puedo presentarme así. La camisa... los botones de oro...

Dejé el libro en que estaba leyendo, me asomé al balcón y vi a las vecinas que, con inútiles mimos y cariñosas reflexiones, trataban de apaciguar al infeliz que continuaba gritando muy exaltado:

—¡Dejadme salir o me tiro por el balcón! ¡La Reina no puede esperar!

Entonces miré a las pobres mujeres, haciendo un ademán y un gesto con que les ofrecía socorro y que

ambas comprendieron. Respondióme la anciana con un movimiento afirmativo, y pocos segundos después estaba yo ante su puerta, donde la joven, arrasados en lágrimas los ojos, me decía rápidamente sin más explicaciones:

—El calor, el exceso de calor; lo mismo que el año pasado, con el calor se excita muchísimo... Si usted le ha oído, lo comprenderá todo. Es mi marido... Dice que le nombran ministro, que quiere ir a jurar, que la Reina le está esperando...; pero se calma por buenas... con halagos... no hay que contradecirle ni exasperarle.

Atravesé un pasillo, a un extremo del cual se habían refugiado, aterrorizados, los niños, y entré en el cuarto donde estaba el pobre loco, que, al verme, se apaciguó como por ensalmo.

¡Qué lástima me dió! Tenía los pelos enmarañados, la frente sudorosa, las facciones desencajadas y la mirada llena de amenazas.

Llevaba un pantalón a cuadros blancos y negros, viejísimo, con grandes rodilleras y desfilachados los bajos; un chaleco que se había escotado como quien va de etiqueta, doblándolo y metiéndoselo hacia los lados hasta no dejarle más que tres botones, y una levita muy larga y muy raída, cuyos faldones recogidos imitaban la forma del frac; por corbata un pañuelo blanco hecho lazo; en la parte izquierda del pecho, prendidas con alfileres, cuatro condecoraciones de papel recortado, y pendiente del cuello, a modo de encomienda de alguna orden soñada en su delirio, un

grueso bramante, del cual colgaba una bobina de acero de la máquina de coser.

Me recibió con exquisita cortesía, y alargándome una silla comenzó a hablar como hablan los niños cuando, jugando, imaginan ser realmente lo que en su fantasía se han propuesto. El rumbo de la conversación lo trazó él.

—Estoy dispuesto—dijo—; acepto, puedo jurar, pero sólo para Gracia y Justicia... Usted será...

—El secretario particular del Presidente...

—Pues ya lo sabe usted, puedo jurar hoy mismo, a condición de que sea en Gracia y Justicia.

—Así será. Traigo encargo de manifestar a usted que hoy puede jurar; pero el Presidente le agradecería que lo dilatase hasta mañana. Quiere hablar antes con usted.

—¡Pues en seguida!

—En cuanto pueda levantarse; está enfermo.

—En ese caso dígale usted que yo puedo ser Presidente interino...

—No creo que se oponga. Por ahora lo esencial es que usted sepa que está nombrado. Hablaré con él y vendré a verle a usted mañana... Esta tarde coma usted tranquilo, acuéstese luego... y mañana iremos a Palacio.

—¡Pero mañana sin falta! ¡Y para Gracia y Justicia! Esto es lo principal. ¿Vendrá usted a buscarme?—preguntó abriendo desmesuradamente los ojos.

—A menos que el Presidente no se ponga peor.

Con esto quedó tan conforme y tranquilizado, que

delante de mí empezó a quitarse las placas de papel y la levita, diciendo a su esposa:

—Toma, Julia, guarda las condecoraciones y el frac.

....

....

Por la noche, mientras dormía, ella pasó a mi cuarto y me contó el origen de aquella horrible enfermedad. Eran casi ricos; llevaban seis años de casados y hacía dos que la pérdida de un pleito les arruinó por completo. Los contrarios habían ganado por recomendaciones y malas artes de un personaje político. Y aquel cambio brusco, brutal, de la holgura a la pobreza, turbó por completo la razón a su infeliz marido.

Los primeros síntomas fueron un deseo inmoderado de referir a todo el mundo su desdicha, siempre con las mismas palabras, y una locuacidad extraordinaria: después le dió por estar triste, pasando a veces semanas sin hablar, y, finalmente, las rarezas, los extravíos, los alardes de originalidad fueron aumentando y eslabonándose, hasta que un día se levantó diciendo que si él fuera ministro de Gracia y Justicia mandaría revisar el pleito o lo suscitaría en nueva forma con seguridad de ganarlo. Desde que se le ocurrió esto, no hubo modo de que hablara de otras cosas. Todo lo refería y relacionaba con el pleito y con su empeño de ser ministro. A las pocas semanas esta idea arraigó de tal modo en su espíritu que ya era difícil intentar que discurriese con sensatez ni hablase cuerdamente. Los antecedentes del asunto, la justicia de su causa, la venalidad de los magistrados, la influencia

del hombre político que ocasionó su desgracia, cuanto directa o indirectamente estaba ligado con el motivo de sus cavilaciones, todo vino a resolverse y condensarse en un solo deseo, que pronto se convirtió en absorbente monomanía: ser ministro de Gracia y Justicia y jurar el cargo. Fuera de esto, para él no había ilación en las ideas ni fijeza en el pensamiento: las percepciones intelectuales eran incompletas o falsas; la memoria insegura; los afectos morales, sobre todo los dulces y apacibles, parecían sofocados; su madre y sus hijos, como si no existieran: en cambio, a Julia la quería más cada día, pero con una violencia y una exaltación que infundían miedo: de beber y comer tomaba lo que le daban; sólo dormía al quedarse rendido, y todos los días, a todas hras, ya tranquilo, ya exaltado, esperaba que fuesen a buscarle para jurar. Preparaba la ropa, prendía en la levita aquellas placas de papel, y al caer la tarde, viendo que no le enviaban recado, lo guardaba todo, diciendo con apacible tristeza: «¡Será mañana!» Los momentos de excitación eran muy raros y coincidían casi siempre con los grandes calores.

—Pero crea usted—me decía la pobre señora al terminar su relato—que él no sufre ni se le alcanza lo que nos hace sufrir, ni se da cuenta de nuestro cambio de vida. Cree que gastamos y vivimos lo mismo que antes. Come lo que le damos, y todo le parece igual; habla de mis trajes de seda como si los estuviera viendo; me mato a trabajar, y no se explica por qué ni para qué lo hago

Me habló luego de lo que se habían querido, de cómo se casaron y sin ruborizarse, con ese impudor que arrancan los grandes infortunios de la vida, me dió a entender el amor violento, puramente sensual, que hacia ella le impelía, y que la infeliz, en su desgracia, consideraba como un consuelo, cual si fuera el único bien salvado en el naufragio de la dicha; pasión que me dió miedo, haciéndome pensar con espanto en el sacrificio heroico de la salud y la hermosura a la traidora ilusión de la felicidad.

Después se fué llorando, y yo me quedé con mis ideas, en que también había lágrimas.

Al día siguiente busqué y hallé a un médico amigo mío, hombre ilustradísimo, de gran fama, dedicado al tratamiento de enfermedades mentales y de quien había oído referir curas maravillosas. Se lo conté todo y le llevé a mi casa.

En ella escuchó de labios de Julia una explicación larga, minuciosa, completa, del origen y desarrollo del mal; luego pasamos al cuarto de al lado, donde reconoció al marido, haciendo formal promesa de dedicarse a su tratamiento con cariñoso interés. Posteriormente, mediando la noble generosidad de una de esas familias que gozan endulzando desgracias, mi amigo llevó a las pobres mujeres algunas cantidades de dinero.

....
....

De allí a dos meses se manifestó el alivio, lento, gradual, pero indudable. El enfermo discurría y hablaba algunos ratos con cierta cordura; en otros se quedaba

ensimismado, quieto, silencioso, mirando y escuchando con atención profunda, como si vagamente comenzase a darse cuenta de su situación verdadera. A veces, contemplando a los niños, viendo trabajar a Julia o llorar a su madre, se le humedecían los ojos.

La reflexión volvía a su espíritu llevando de la mano al dolor.

—¡Pero esto es horrible!—decía yo una mañana al médico.

A lo cual, sonriendo amargamente, repuso:

—Pues ya lo sabes, mi deber es curarle. ¡Hay que reintegrarle en el uso de lo que llamamos pomposamente la razón humana!

LA VERDADERA

I

Cada vez que la anciana y riquísima señora doña Teresa Remanso de Tajuña se dirigía hacia la habitación que en su casa llamaban *el rastro de la abuela*, sus dos nietas, Estéfana y Pilar, echaban a correr tras ella por galerías y salones, seguras de que como lograran entrar allí no saldrían con las manos vacías.

Nombre de *rastro* daban por broma todos los individuos de la familia a una espaciosa estancia de más de diez metros en cuadro, llena de arcas, arcones, bargueños, taquillas, cómodas, vitrinas, cofres y armarios henchidos de prendas de ropa, trozos de tela, retazos de flecos, blondas riquísimas, encajes preciosos, abanicos y rosarios de labor primorosa, figurillas de porcelana, cintas, lazos, hebillas, broches, alhajas y chucherías antiguas o simplemente viejas, de esas que nuestros padres miraban con indiferencia y ahora se pagan a peso de oro; todo lo cual conserva doña Teresa, en parte por ser muy guardadora, y en parte por cierta pro-

pensión melancólicamente poética que le impulsaba a ver en cada objeto un recuerdo de un momento de su vida.

Fuera por lo que fuese, doña Teresa conservaba verdaderas maravillas, y que le divertía mucho enseñárselas a los parientes y amigos, haciéndoles extensa y pintoresca relación de cómo y cuándo llegó a sus manos cada cosa y de las memorias que a ella iban unidas: pero nunca regalaba nada. Exceptuadas sus nietas Estéfana y Pilar, nadie podía envanecerse con que doña Teresa hubiera hecho en obsequio suyo el sacrificio de desprenderse de la más insignificante baratija. En cambio, ellas, una por graciosa desenfadada, a quien nada se podía negar, y otra por sosa encogida, a quien fuera injusto no hacer partícipe del privilegio de su hermana, conseguían de la abuela cuanto deseaban. Ambas sabían que cuando doña Teresa andaba por los pasillos armada del monumental llavero, indispensable en tales casos, algo pescaban a poca habilidad que desplegasen; porque la bondadosa viejecita no resistía a sus mimos y zalamerías.

Pero lo singular era que doña Teresa no hacía verdaderos regalos, sino que daba imponiendo condiciones. Por ejemplo: un soberbio cuello de punto de Alenzón le costó a Pilar hacer el recuento de toda la ropa blanca de cama y mesa, fina y ordinaria, de amos y criados; más de treinta personas que había en la casa. Una miniatura francesa del siglo XVIII, que representaba una pastora durmiendo entre sus borregos, con marco de bronce cincelado, fué el premio con-

cedido a Estéfana por haber hecho un presupuesto aproximado, pero detalladísimo, de lo que costaría la renovación total de la batería de cocina y enseres de despensa. En otra ocasión, ambas hermanas recibieron dos magníficos pedazos de seda con dibujos Luis XV, lo bastante grandes para tapizar con cada uno una butaca, a cambio de haber recortado con exquisito esmero los antiguos escudos nobiliarios que había en las colgaduras viejas de los balcones para recoserlos sobre las que se habían hecho nuevas. Finalmente, doña Teresa no era con sus nietas tacaña, sino, antes al contrario, muy generosa; pero nada les concedía sin obligarles a que hiciesen algo con que se acostumbrasen a ser hacendosas, previsoras y ordenadas; con lo cual, según iban desplegando buenas condiciones y habilidades, iba pasando a sus manos lo mejor del *rastro de la abuela.*

II

—¿Qué pediremos hoy?—preguntaba una tarde Pilar a su hermana, oyendo sonar en la galería el llavero de doña Teresa.

—Estaremos a lo que salte—repuso Estéfana.

Y ambas esperaron a su abuelita en la puerta del salón, y entraron tras ella. Primero estuvo doña Teresa largo rato revolviendo trapos y baratijas que valían poco, mientras las chicas permanecían prudentemente calladas, en expectativa de cosa mejor. Luego, con gran sorpresa, vieron que se paraba ante un fortísimo mueble de roble con grandes cerraduras de acero bruñido, donde guardaba las alhajas.

—Vengo a ver si hay aquí—iba diciendo—un brillantito muy chico para sustituir otro que ha perdido vuestra madre.

Y abriendo con estrépito de herrajes el mueble, comenzó a revolver cajoncitos y escondrijos, atestados de estuches de mil formas distintas.

—¿Qué hay aquí?—dijo de pronto Estéfana, tomando una cajita de concha con incrustaciones de plata.

—*¡Deje usted eso!*—gritó doña Teresa.

Mas ya la chica había quitado la tapa de la caja, sa-

cando de ella una larguísima cadena, formada por menudos eslabones de oro, interrumpidos de trecho en trecho por perlas no muy grandes, pero perfectamente redondas y de un oriente precioso.

—¡Qué bonita!—exclamó Pilar.

—Como las que se llevan ahora—agregó Estéfana—, y más, mucho más larga.

—Mejor—interrumpió su hermana—; así hay para las dos, sin más que cortarla y poner un broche.

Pero doña Teresa cogió la cadenita con las puntas de sus aristocráticos dedos, y alzándola despacio, para que la admiraran bien, dijo, mientras la tenía en alto unos minutos:

—¿La veis bien? Sí, muy bonita y muy rica, mejor que las que hacen hoy... no tolero que se corte. Una de vosotras se queda sin cadena... y ésta, ésta hay que saber ganarla... como que es de lo mejorcito que me queda.

Calló un instante, discurriendo la manera de formular su propósito, y en seguida añadió:

—Digo que hay que ganarla. Lleváis una temporada de mucha diversión, mucho jaleo: bailes, teatros, reuniones de tarde, paseos... lo propio de vuestra edad, lo sé; santo y muy bueno; pero de vez en cuando hay que poner el pensamiento en algo que lo depure y redima de cualquier mal impulso, idea mezquina o sentimiento bajo que haya brotado en vuestras cabecitas o en vuestros corazones. Chifladuras de abuela, ¿verdad? Pero no os asustéis: no voy a echaros un sermón. Sois buenas porque no hacéis daño a

nadie: pero cuando se es rico, la bondad, que sólo consiste en no perjudicar al prójimo, es bondad a medias: la verdadera estriba en ahorrarle penas. ¿Vais entendiendo? El precio de esta cadenita lo fijaréis vosotras mismas. ¿Cómo? De una manera muy sencilla. Se la regalaré, de vosotras dos, a la que, en el plazo de un mes, haya hecho la obra de caridad que sea más de mi agrado: y habéis de hacerla por vuestra exclusiva iniciativa, y con vuestros propios recursos: con lo que se os ocurra y con lo que tengáis, sin pedir a nadie una peseta.

Y mientras las dos muchachas se miraban de hito en hito, sorprendidas de la condición impuesta, doña Teresa hizo oscilar la cadena unos segundos para que brillasen el oro y las perlas, y en seguida, dejándola en su cajita, cerró el mueble de roble y echó, con gran ruido, la llave: hecho lo cual, con mucha calma, dijo:

—Estamos a 14: de hoy en un mes me contará cada cual su caridad.

III

Deseando doña Teresa estar enterada de lo que hiciesen sus nietas a fin de fallar discreta y justamente, la víspera de expirar el plazo llamó a su costurera, Basilisa, buena mujer casi tan vieja como ella, que llevaba a su servicio muchos años, para quien no tenía secretos y de quien podía fiarse.

—¿Sabes algo?—le preguntó—de lo que han hecho las niñas?

—Sí, señora: va V. E. a quedarse con la boca abierta.

—Di lo que sepas.

Y sentadas ambas, la señora en un enorme sillón y la costurera cerca de ella, en una silla baja, con la almohadilla de la labor en el regazo, contó la segunda lo siguiente:

—En primer lugar, ha de saber V. E. que les pareció cosa muy rara que a la edad que tienen—porque ya son dos mujeres— pues, que les mandasen, así, vamos, hacer una obra de caridad, como si fueran niñas de las que van a la maestra para que al salir de la escuela den a un pobre el postre del almuerzo o el

pan de la merienda. Luego, sin duda por contentar a V. E. acordaron que cada una discurriese lo que pudiera... y así ha sido.

—Adelante.

—Pues verá la señora. Ya sabe V. E. que a las señoritas les dan los señores condes, sus padres, no sé cuántos duros todos los meses para que se los gasten como quieran: lo que vulgarmente se dice para alfileres, porque de cuentas gordas es un horror lo que pagan. También sabe V. E. que Rita, aquella chica tan guapa que *tuvimos* de segunda doncella, puso al casarse un taller de plancha, pero que no pudiendo sostenerlo durante el verano, porque todo el mundo se va fuera, tuvo que cerrarlo, preparándose a morirse de hambre. Al llegar el invierno intentó abrirlo de nuevo, pero ni tenía un cuarto ni hallaba quien le alquilase sin dinero adelantado: total, para no cansar a V. E.: la señorita Pilar le ha dado todo su dinero de este mes para que se establezca, y después de pedir permiso a su madre, ha escrito a su casero en favor de la pobre muchacha, diciéndole que ella sale por fiadora de lo que importe el pago de la tienda.

—No está mal: es un rasgo bonito. ¿Y Estéfana?

—Lo que ha hecho la señorita Estéfana, claro que está muy bien, pero a mí... me parece un disparate. Yo estaba rabiando por contárselo a V. E., así que me alegro de que me lo haya preguntado, porque ella me había prohibido que lo dijese.

—Cuenta, cuenta, que cuando a tí te parece disparate, debe de ser cosa buena.

—Matea, la mujer del mozo de cuadra, está mala hace mucho tiempo: tiene en las piernas unas úlceras que no se curan con nada, y tan asquerosas, tan asquerosas, y que despiden un olor tan fétido que no se puede parar a su lado. Antes iba con frecuencia a la casa de Socorro y allí se las curaban, pero luego, no sé lo que ha sucedido, si le han dicho que fuese al hospital o que presentara papeles de pobre, el caso es que ya no quieren recibirla. Llevaba dos semanas sin asistencia.

—¡En mi casa! ¿Y cómo no he sabido yo nada?—dijo, disgustándose mucho, doña Teresa.

—Tampoco lo sabía yo. No sé quién se lo dijo a la señorita Estéfana ¿Y qué creerá V. E. que hizo? Pues lo primero mandó venir al señor doctor, subió con él al sotabanco donde está la Matea, presenció todo el reconocimiento que le hizo, le obligó a que esperasen hasta que trajesen de la botica lo que había recetado, vió cómo la curaba, y desde aquel día sube por mañana y tarde, y ella misma, sí, señora, ella misma, le limpia el pus con un algodón más blanco que la nieve, mojado en no sé qué; le quita las telillas que crían las llagas, echa unos polvos amarillos que apestan, y está allí aguantando quejidos y mal olor, y hasta las palabrotas que suelta Matea, que cuando los dolores le aprietan echa demonios por la boca. Aquello es espantoso y al mismo tiempo revuelve el estómago. Yo he subido con ella dos veces y me cuesta trabajo estar allí. Lo que yo le digo: «Señorita, pague usted un practicante si quiere, pero sus dedos de usted no se han

hecho para tocar las patazas de esa desdichada, ni sus oídos de usted para escuchar las desvergüenzas que dice.

Doña Teresa clavó en Basilisa los ojos de un modo muy significativo. En su mirada había juntamente compasión de la ignorancia y desprecio de la mezquindad de espíritu. Luego le mandó que la dejara sola, y en seguida, sin esperar a que expirase el plazo concedido a sus nietas, dió orden de que se le presentaran en cuanto volvieran del paseo.

Hiciéronlo así de allí a poco, y cuando las tuvo en su presencia, luego de besarlas mucho, dijo:

—Ya sé lo que habéis hecho. Para tí, Pilar, la cadena, porque privarse uno de lo que le agrada en provecho del prójimo, es hermosa obra de caridad: pero tú, Estéfana, toma el llavero, ve al salón, revuelve cofres, arcas, armarios y vitrinas y escoge y toma lo que quieras. Mas ya verás cómo no encuentras cosa, por rica que sea, que te contente ni sirva de recompensa, porque para esa caridad, que consiste en dar limosna de compasión y de piedad poniéndose en contacto con el sufrimiento ajeno, soportándolo y participando de él; para esa, que es la más noble y verdadera, no hay en el mundo más premio que la gratitud, algunas veces, y siempre la satisfacción de nuestra conciencia.

ESCRÚPULOS

—Buenos están contigo los de Posendo. ¿Qué les has hecho?

—Nada—repuse mintiendo tímidamente por esquivar explicaciones.

—Algún motivo tendrán: érais tan amigos, y ahora ¡hablan de un modo! dicen que te has portado indignamente.

—Mucho asegurar es.

—Luego... ¿algo hay?

—No pude remediarlo.

—Hablan de una grosería tremenda, pero no dicen en qué consistió.

—No, de fijo no lo cuentan. Puede que me falte razón; pero, ya te lo he dicho, no lo pude remediar.

Y, por temor a que la imaginación de mi amigo volase en perjuicio mío, le referí lo sucedido:

—Nos tratábamos con verdadera confianza, viéndonos casi a diario; yo solía comer en su casa; Tomás almorzó algunas veces en la mía; hasta Laura vino una mañana con él para que le enseñase mis cuadros y mis porcelanas antiguas. Teníamos juntos las

butacas en los conciertos; no me dejaron renovar mi abono de los toros para llevarme a su palco; en cuanto dejaba de ir a verles dos días seguidos, venía Tomás o me escribía ella; en fin, vivíamos en la más agradable intimidad; porque, eso sí, no los hay más cariñosos ni más simpáticos. No te rías: Laura es encantadora, pero nunca se me ha pasado por la cabeza eso que sospechas; quizá sea la única mujer con quien he saboreado el placer de la amistad, verdadera, limpia de toda malicia, fundada en cierta identidad de ideas y hasta de sentimientos. Si buen concepto tenía de él, mejor de ella.

—Entonces... ¿qué les has hecho?

—Ten calma, hombre. La mujer es bonita, elegante, discreta, honrada; el marido un caballero a carta cabal. Y muy ricos: ya sabes que no hay en Madrid casa puesta con más gusto, ni pareja que tan bien emplee lo que le ha deparado la suerte. Por supuesto, nada delata en ellos al poderoso improvisado, al advenedizo; hacen con la mayor naturalidad, sin darles importancia, los mayores gastos. Están acostumbrados a manejar el dinero sin tomarle cariño, a desprenderse de él sin pena, mirándolo casi con desprecio, como quien siempre le ha tenido, le tiene y le tendrá seguro. Por cierto que ésta es una de las cosas que les hace más simpáticos: no solo saben desplegar su riqueza sin herir ni mortificar al prójimo, sino que además disfrutan del bienestar, gozan de las comodidades, despliegan el lujo como si nunca pudiera faltarles lo que tienen; así que en sus satisfacciones,

en sus placeres, hay una calma, una serenidad imperturbables: se conoce que pueden gastar, y gastan sin que la más leve sombra empañe su pensamiento, con la conciencia segura de que jamás han causado a sus semejantes el menor perjuicio, con la augusta tranquilidad que infunde al alma la certidumbre de no haber hecho nunca mal a nadie. En una palabra, ricos de esos por quienes no parece la fortuna ciega, ni loca... y vamos al hecho.

La cosa data del verano pasado. Nos encontramos en París la víspera de venirme. Retrasé la vuelta y estuvimos tres días juntos. Luego se empeñaron en llevarme a pasar dos semanas en su finca de Sombrales, donde suelen permanecer hasta fin de otoño: yo había dicho que no me corría prisa volver, saben lo que me gusta el campo... acepté. Hicimos juntos el viaje, llegamos a Sombrales y tomé posesión del que había de ser mi cuarto.

La casa, que es magnífica, tiene a la izquierda un bosque, a la derecha un huerto, delante un espacioso trecho limitado por un muro de contención y convertido en jardín a modo de pensil sobre la carretera, desde la cual se sube primero por un caminito que forma recodo y luego por una escalinata. En el jardín hay multitud de recuadros trazados con boj y con mirto, estatuillas, arbustos recortados y pequeños estanques, unos con surtidores en que el agua sube lanzada violentamente en chorros para caer deshecha en gotas, y otros de superficie inmóvil, donde se reflejan las flores creci-

das en sus bordes. Desde la balaustrada de piedra que se alza sobre el muro de contención se abarca mucho campo; se distingue el curso tortuoso del río, que a ciertas horas, herido por el sol, parece una ancha cinta de metal en fusión; y como la llanura está mucho más baja que el jardín, se ve casi a vista de pájaro un dilatado mar de verdura, compuesto por los plantíos y las copas de los árboles, entre los cuales se abre el caminito que, formando recodo, sube desde la carretera hasta la escalinata de entrada. Pocos sitios tan deliciosos como aquél he visto en mis viajes.

Después de almorzar, allí nos servían el café; charlábamos un rato; Laura, temerosa del calor, era la primera en meterse en casa; luego se iba Tomás a dormir la siesta, y yo me quedaba leyendo, fumando, soñando despierto, o embobado en la contemplación de la campiña, sin acertar cuándo me gustaba más, si bañada del sol a esas horas en que parece que el calor hace palpitar el aire a ras de tierra, o envuelta entre la neblina gris que al anochecer se desprendía del río.

Una tarde, marido y mujer se fueron temprano a la ciudad a hacer visitas, y yo me quedé en el jardín, sentado con un libro junto a la balaustrada, casualmente en un sitio desde donde se dominaba la cuestecita, que, arrancando desde la carretera y formando recodo, terminaba en la escalinata.

Más de una hora habría transcurrido desde que se fueron: yo, a ratos leía, a ratos miraba al cam-

po, cuando noté que por bajo de mí, en el ingreso de la escalinata, había gente hablando. Miré y vi un grupo compuesto por el jardinero de la casa y una mujer que llevaba de las manos a dos niños de diez u once años, los tres tan pobremente vestidos que inspiraban lástima. Por la voz conocí que ella era joven: no pude ver si bonita, porque estaba de espaldas. En cambio me enteré de algo de lo que dijo. Sus palabras y las del jardinero me sorprendieron sobremanera: pero lo que más excitó mi curiosidad fué que, a pesar de ir tan mal vestida, aquel hombre le decía «señorita», y ella le tuteaba. El diálogo fué muy breve. La mujer quería ver a Tomás o a Laura, rogando y suplicando que la dejasen entrar, y el jardinero le cerraba el paso con respetuosas y corteses palabras, mientras los dos niños tiraban de ella hacia la escalera, intentando subir como si ya conociesen aquel sitio.

—Hágase usted cargo, señorita... no están... pero aunque estuvieran... ¿qué adelanta usted con que me regañen o me despidan?

La joven preguntó:

—¿Y ella tampoco querría recibirme?

—Ha salido, y... sería inútil. Lo que es aquí nunca logrará usted hablarles.

—Entonces—dijo la mujer con acento de súplica—, ya que no hay nadie, deje usted pasar un momento a los niños, que quieren ver el jardín... su jardín.

Antes de que el hombre consintiera en lo que le pedían, los dos chicos, desprendiéndose de la mujer,

echaron a correr escalera arriba, y aparecieron en el jardín a pocos pasos de mí. Ella permaneció abajo. Los chicos, al verme, se quedaron parados: luego fueron adelantando tímidamente, anduvieron por entre los ecuadros de flores, despacio, fijándose al parecer en cosas de que yo no podía darme cuenta, como si notasen que allí se habían hecho variaciones y arreglos; miraron varias veces hacia la casa, y, por último, el mayorcito, deteniéndose ante uno de los estanques, dijo: «Ya no hay peces.» El menor, parándose ante un banco de piedra, al cual daba sombra un corpulento tilo, pronunció estas palabras: «El banco de papá.» Indudablemente los niños conocían cuanto les rodeaba.

No es posible expresar la impresión que me causaron. Sus figuras delicadas, elegantes, contrastaban con la humildad de sus trajes... ¡y tenían un modo de mirar tan extraño! Sus rostros no denotaban la sorpresa que causa lo nuevo, sino la alegría que produce lo conocido; pero una alegría reprimida, como acobardada: y apenas hablaron, cual si ambos estuviesen seguros de que se les ocurrían las mismas cosas. Experimenté una emoción intensa, amarguísima... Transcurridos seis u ocho minutos, la mujer les llamó, y acudieron lentamente, obedeciendo a disgusto. En seguida oí que el jardinero decía: «¡Adiós, señorita... Dios lo tendrá dispuesto así.» Ella repuso: «¡No... Dios no comete maldades.» Me asomé a la balaustrada y vi alejarse a la mujer y a los dos niños, bajando despacio el recodo de la cuestecita, ya cerca de la ca-

rretera. Sentí lástima, piedad, ese dolor respetuoso que inspiran las grandes desdichas de la vida.

Ya estaba yo trazando planes e ideando modos de saber quién era aquella desventurada gente, cuando se me presentó el jardinero, sombrero en mano, a suplicarme que no contase a sus amos la escena que había presenciado, ni mucho menos la entrada de los chicos en el jardín. Aprovechando la ocasión que se me venía a las manos, hablé con aquel hombre, mejor dicho, le hice hablar, y supe... lo que el corazón me estaba diciendo a gritos: que la quinta de Sombrales, el jardín, el bosque, la casa, las huertas, todo, todo era, había sido de aquellos tres hermanos. El padre de los muchachos estaba metido en negocios con Tomás: era joven fuerte, sano al parecer... en lo que menos pensaba era en morirse, y para librar su fortuna de las contingencias de otras especulaciones, había hecho no sé qué escrituras, pactos y contratos con Tomás: una imprudencia, una barbaridad de esas que, teniendo hijos, no deben hacerse ni por veinticuatro horas. Una mañana le encontraron muerto en la cama. Tomás se quedó con todo, robando, despojando a los huérfanos: hubo pleito, y no pudieron demostrar su derecho; la razón estaba legalmente de parte de Tomás. Han quedado en la miseria. Sombrales no es más que una pequeña parte de lo robado.

Aquella misma noche unos amigos míos de la ciudad me confirmaron cuanto escuché de labios del jardinero. El pobre hombre se expresaba mal, pero no mintió en nada: aún existían detalles que él ignoraba.

Tal es el origen de la fortuna que yo creía disfrutada, gozada con la conciencia tranquila.

La indignación que se apoderó de mí fué superior a lo imaginable. No quise estar allí un día más. Serían escrúpulos tontos; pero comiendo en aquella mesa, disfrutando el aire de aquel jardín, me parecía hacerme cómplice del despojo.

Entonces... sí, confieso que lo que hice fué muy duro. A la mañana siguiente me encerré con Tomás: le dije primero lo que sabía, ocultando cómo lo supe, y en seguida me despedí de él.

Calló avergonzado: la sorpresa no le dejó aparentar indignación. Hice una tontería, ¿verdad? Pero créeme; si todos los hombres honrados hicieran lo mismo en casos análogos, no serían tan atrevidos los pillos: saludándoles y dándoles la mano conspiramos contra los buenos.

Ahora, cuando algunas veces veo pasar en coche a Tomás y su mujer, o leo las reseñas que los periódicos hacen de sus fiestas y comidas, me acuerdo de la entrada de aquellos niños en aquel jardín que *es* suyo, me parece que oigo su vocecitas y les veo bajar la escalinata y perderse en el recodo del camino agarrados a la falda de su hermana.

....

ROSA LA DEL RÍO

I

En la margen derecha del Manzanares, cerca de la pradera del Corregidor, está el merendero de Rosa Cato, conocida en todo Madrid por *Rosa, la del río*, sin duda para distinguirla de las Rosas de otros barrios, aunque puede asegurarse que desde Maravillas hasta las Peñuelas no hay otra con tanta gracia, tanta bondad ni tanto ingenio. De que es graciosa, atestiguan los hombres que al verla no pueden menos de pararse admirados dejándola pasar; que es buena lo proclaman los vecinos pobres a quienes nunca niega merienda para el chico o caldo para la parida; y de su ingenio es prueba, aunque mezquina, lo que aquí fielmente se narra. Y no aparecen esas cualidades afeadas en ella por el excesivo desenfado o insolente descoco de que alardean muchas de su especie; antes al contrario, aunque no presume de señorita, es modosa y bien hablada sin que la falte por ello, en caso necesario, el desparpajo propio de toda madrileña, así

nazca entre rica holanda o la fajen con bayeta amarilla.

Vino Rosa al mundo en el palacio de los condes de Guadarrama el mismo día que la primogénita de éstos, doña Mariana, siendo sus padres el mayordomo y la primera doncella de aquellos nobles señores, que aun pecando de altaneros, estaban llenos de buenas cualidades.

Allí se crió, siendo compañera inseparable de Mariana en juegos, meriendas y travesuras, hasta que al cumplir ambas diez años la señorita fué llevada a un lujoso convento de monjas extranjeras y la chica de los criados a una modesta escuela del barrio, que le costearon los condes. Pero sucedió que, de un lado por la continua alarma en que éstos vivían a causa de la poca robustez de su hija, y de otra por el endiablado geniecillo que tenía, hubo que sacarla pronto del colegio, con gran alegría de las tituladas *madres;* y como Rosa, fuera de las horas de escuela, pasaba el día en la casa, se reanudó entre ambas la infantil confianza que antes tuvieron. Acostumbróse Mariana a ver en Rosa una medio amiga medio criada: y Rosa se consideró como humilde, pero favorecida compañera de su ama: la dulzura de una y la discreción de otra fomentaron y consolidaron aquella rara intimidad, mediante la cual Mariana, sin enojarse, aguantaba de Rosa más de lo que una señorita suele tolerar a quien la sirve, y Rosa, sin insolentarse, tenía con Mariana mayor libertad que una servidora con su ama.

Llegaron a mujeres: vino el tiempo de amar, en que

ceden el puesto los juegos a las confidencias, y a pesar de la diferencia social que les separaba, acabaron por encariñarse tanto, que ni la rica emprendía nada sin ayuda de la pobre, ni ésta podía imaginar que su señorita prescindiese de ella en cosa alguna. A los veintitrés años se casaron: Mariana con un muchacho andaluz, guapo, dicharachero y rico, a quien por mucho que le gustase la novia aún le gustaba más la idea de viajar con el título que había de traerle; y Rosa con un sobrino del administrador de la casa, a quien su tío puso al frente de un establecimiento de alquiler de coches de lujo. Un año que Mariana estuvo ausente, mientras duró su viaje de recién casada pasaron sin verse las dos muchachas: al volver a Madrid mandó en busca de Rosa. Realmente necesitaba quien supiese servirla; pero lo que ante todo deseaba, por su genio expansivo, era hablar con ella, decirle y comentar lo que a nadie confesaba, todo lo que no podía confiar. Ni a sus padres por sobra de respeto, ni a sus amigas por falta de confianza. Rosa acudió en seguida al llamamiento de su ama; ella también ardía en deseo de hallar confidente a sus pensamientos, acaso demasiado finos y sutiles para entendidos por mujeres toscas de su misma condición y pobreza. En las impresiones que mutuamente se comunicaron hubo poca miel y algo de acíbar: no eran desgraciadas, pero veían venir a grandes pasos la desgracia. El señorito andaluz, que hasta en el calzador se había mandado grabar corona de conde, era tonto, gastador, vanidoso y tan mujeriego, que ya varias veces había humillado

y mortificado en público a Mariana por hacerse agradable a otras. El alquilador de coches adolecía de algo así como manía de grandezas, y para satisfacerla jugaba en garitos y frontones, perdiendo con frecuencia los ingresos de su industria, aun antes de percibirlos. Tal desbarajuste trajo a su hogar aquella condenada afición a naipes y pelotaris, que Rosa, amenazada de que el día menos pensado un acreedor o la justicia se llevara cuanto su marido tenía en cuadras y cocheras, ideó arbitrar recursos fijos y seguros con que hacer frente a las necesidades de su casa.

Murió en aquellos días el dueño de un merendero situado del lado allá del río, frente de donde su marido tenía el establecimiento de coches; y ella, aprovechando la ocasión, se convino con la viuda, pagándole por el traspaso un buen puñado de duros, parte de sus escondidos ahorros y parte procedentes de la generosidad de Mariana, que apenas llegada, la protegió cuanto pudo. Y no sólo le dió dinero, sino que además le regaló cortinas, sillas, banquetas, bancos, mesas, alhacenas y hasta cristalería y vajilla de lo mucho que en su casa tenía descabalado, pasado de moda o en desuso; con todo lo cual puso y adornó Rosa su merendero, que pomposamente llamó *Restaurant*, como nunca hubo otro en las orillas del Manzanares.

Tan limpio era y relativamente lujoso que, juzgándolo caro, huyó de él la chulapería desarrapada y bullanguera, viniendo, en cambio, a ser, al cabo de unos cuantos meses, lugar de cita preferido para celebrar

días de santo, traspasos de tienda y bodas por familias de condición humilde y poco dinero, pero pronta a gastar lo bastante para que Rosa realizara ganancias que compensasen las deudas que su marido contraía en chirlatas y frontones.

II

Seis años habían pasado desde que Mariana y Rosa se casaron: tenía la primera un precioso niño de cinco y la segunda una niña de tres; estaban cada cual, según su tipo, en plena sazón de belleza, y ambas, sin que les sirviese de consuelo la hermosura ni la maternidad, eran desgraciadas, porque el alquilador de coches se jugaba los ojos y el señorito andaluz olvidaba los de su mujer por los de cualquiera otra que se los pusiera mimosos.

No se veían ya con la frecuencia de antes: Rosa iba sólo una o dos veces al mes a casa de Mariana, y entonces era el encerrarse y contarse penas, referirse humillaciones, darse consuelos y llorar juntas, queriéndose más y siendo su intimidad mayor que antes, ya completamente borrada la diferencia social por el dolor, rasero que a todos nos iguala. Una gran diferencia les distinguía, sin embargo; porque Rosa, obligada al trabajo continuo, y acaso de alma mejor templada, soportaba con entereza su desdicha; al paso que Mariana, aburrida por la frivolidad de su existencia ociosa y tal vez de espíritu menos fuerte, se consumía de

dolor, pero no dolor tranquilo y resignado, sino irascible yrabioso, de ese que, acibarando la virtud, deja que se entren al alma las ideas y sentimientos en que la dignidad ajada y el amor propio ofendido acaban por dar al traste con la resignación y la paciencia. En Madrid era público que el marido de Mariana sostenía relaciones con otra mujer, sin que los encantos de la propia ni las deliciosas monadas de su hijo bastasen a torcer aquella torpe inclinación.

Tal era la suerte de ambas, cuando una mañana, cerca ya del mediodía, Rosa, que estaba a la puerta del merendero, notó que a corta distancia, en la carretera que va por junto a la tapia de la Casa de Campo, se detenía un simón del cual se apeaba una señora sencilla y elegantemente vestida. Clavó en ella los ojos sin acertar a creer lo que veía, hasta que, reconociéndola, gritó de pronto:

—¡Señorita de mi alma! ¿Usted por aquí? Pero ¿cómo ha dado usted con esto? ¡Si no ha estado aquí nunca!

—En primer lugar—repuso Mariana—, sí que he venido una vez: ¿no te acuerdas de que te empeñaste en traerme a ver cómo habías aprovechado todos aquellos trastos que te dí? Además, ya sabía yo que diciendo al cochero «a casa de Rosa, la del río»...

—Y si quería usted algo, ¿por qué no me mandó recado de que fuese? Venga usted, venga usted, señorita.

Y cogiéndola con cariñosa confianza de un brazo, la hizo entrar en el merendero, mientras decía:

—¡Si yo no sé lo que me pasa del gusto que me da!... Vamos arriba, a mi cuarto, que aunque por la hora no es probable, puede venir gente.

Subieron a una habitación modesta, pero tan limpia, que no podía estarlo más, y donde Mariana, de una rápida ojeada, reconoció varios muebles que habían sido suyos, diciendo:

—Muchacha, ¡qué bien tienes esto! Nadie sospecharía que pudiera haber aquí un cuarto tan mono.

—¿Y qué se creía usted, que no había de servirme de nada pasar tantos años a su lado? ¿Verdad que está bonito? Pero diga usted, señorita, ¿y el niño? ¿cómo está?

—Da gloria verle—repuso la madre respirando orgullo—. Cada día más guapo y más listo. Si no fuera por él... te juro que no sé lo que sería de mí.

Y dijo esto con tal pena, que las lágrimas se le agolparon a los ojos.

—¡Algo grave le sucede a usted, señorita. Usted no ha venido aquí sin motivo.

Mariana se sentó en un antiguo sofá de caoba con asiento de enea, y atropelladamente, como quien se apresura a decir lo que le quema los labios, habló así:

—Vengo a pedirte un favor que sólo tú puedes hacerme.

—Pues délo usted por hecho.

—Y nadie ha de saberlo... ni tu marido.

—¿Qué pasa, señorita? Me asusta usted. ¿De qué se trata?

—Se trata de que... yo necesito hablar con un ca-

ballero... y, naturalmente, no quiero que se entere ni la tierra. ¿Estás? Dentro de Madrid no puede ser: aquí nadie ha de verme. Todo se reduce a que, si es preciso, tengas esto cerrado un día, y claro que no perderás nada.

Rosa, incapaz de hipócrita fingimiento, se quedó sorprendida, mirándola con doloroso asombro.

—Pero, señorita... ¿cómo quiere usted que hagamos eso? ¿Qué me pide usted? ¡Usted no sabe lo que va a hacer...! ¡Y pedírmelo a mí! ¡A mí, que no puedo negarle nada!... ¿Qué le pasa a usted, qué le sucede para... perderse así... porque eso es perderse?

—¡Me sucede—repuso Mariana entre irascible y amargada—que ya no puedo más! Mi marido es lo más bajo, lo más vil; es imposible que sigamos así: tengo derecho a ser dichosa, y si no lo soy con él lo seré con otro. Se pasea públicamente con ella, la lleva a todas partes, gasta lo imposible. ¿Se ha declarado libre...? pues también yo. He encontrado un hombre que me quiere... que me gusta, y aunque no me gustara, con tal de vengarme, cualquiera.

—¡Y viene usted a deshonrarse a mi casa: y éste es el favor que me viene usted a pedir!

Con entonación de tan sincera severidad dijo Rosa estas palabras, que Mariana bajó avergonzada los ojos, pero irguiéndose de pronto, preguntó puesta en pie:

—¿He venido a que me aconsejes? Tengo edad para saber lo que hago. Prefería esto, porque era más

seguro. ¿No quieres? Igual da. Si no nos hablamos aquí nos hablaremos en otra parte.

Rosa le cogió las manos:

—Usted no es capaz de hacer eso. ¿Cree usted que hay hombre que merezca que usted se pierda? Llore usted conmigo... luego lloraría usted más...

—¡Tiene esto gracia!—interrumpió Mariana riendo falsa y despóticamente—, la criada consolando a la señora.

—No me ofende usted ni me humilla: su criada soy... pero algo fía usted en mí cuando ha venido.

—Acabemos: necesito verle, estoy resuelta. ¿Quieres dejarme que le cite aquí? ¿Sí, o no?

Rosa se quedó un punto pensativa, como si maquinase algo, hasta que, alzando los brazos y dejándolos luego caer con desaliento a lo largo del cuerpo, contestó:

—Como usted guste.

—¿Cuándo? ¿Mañana?

—Sí, mañana; pero... poco a poco. Hay que tomar precauciones... y esas las tomo yo. Ha de ser del modo que yo diga. ¿Por la tarde?

—Sí.

—Pues oiga usted. Usted ha de venir, como ahora, en simón, por el puente de Segovia, y siguiendo la carretera junto a la Casa de Campo hasta poco antes de llegar aquí, y vestida de modo que no llame la atención.

—Así será.

—Y él ha de venir por la Cuesta de San Vicente y el

camino del Pardo hasta el Puente Verde. Allí se baja del coche, atraviesa el puente... yo le estaré esperando y tendré cerrado: ¡ah! y sobre todo, que venga media hora antes que usted, para que yo pueda recibir y entrar aquí primero a uno y luego a otro. ¿A qué hora?

—A las cuatro, él: a las cuatro y cuarto, yo; es decir, con un cuarto de hora de diferencia, y basta: no se tarda más desde mi casa hasta aquí.

—Piense usted—dijo Rosa procurando espaciar bastante la llegada de ambos—que no debe usted venir directamente de su casa, sino desde otro punto cualquiera de Madrid. Desde su casa en coche ya sé yo que no se tardan quince minutos. ¿Convenido?

—Convenido. A las cuatro, él; a las cuatro y cuarto, yo.

Acompañóla Rosa hasta el simón, y al verla partir sonrió medio burlona, medio apenada, diciendo entre dientes: «Haré lo que pueda.»

Al día siguiente no abrió el merendero, y mandó a uno de los mozos de cochera que tenía su marido que a las tres en punto enganchara una berlina y esperase con ella frente al paso a nivel de la Moncloa, cerca de donde estuvo la *Fuente de los once caños*, a la entrada del Puente Verde.

A las tres y media se colocó junto al merendero: veinte minutos después vió que por el puente venía apresurando el paso un caballero joven y elegante.

Acercóse a él, y resuelta y sin vacilar le preguntó:

—¿Mariana?

—Sí: tú eres Rosa.

—La misma.

—¿Ha venido?

—Ni viene. Me ha enviado a decir que hoy es imposible: ella le avisará a usted. Debe de haber ocurrido algo imprevisto.

—Adiós, buena moza—dijo el caballero, fuertemente contrariado—. Y volviendo las espaldas se alejó hacia San Antonio de la Florida. Rosa esperó hasta ver que se metía en un coche y perderlo de vista. En seguida atravesó corriendo el Puente Verde, y montando en la berlina que le esperaba, dijo al mozo:

—A escape, a casa de la señorita Mariana: ya sabes, barrio de Pozas, el *hotel* del jardín grande.

Llegaron en un vuelo. Rosa preguntó por el aya del niño, y con la serenidad que para mentir bien tienen las mujeres, dijo:

—La señora está en casa de una modista francesa nueva, quiere probar al niño unos modelos de traje que han traído de París, y me ha dicho que me lo dé usted sin tardar en vestirlo, esté como esté...

El aya, que no ignoraba el grado de intimidad y confianza que existía entre su ama y Rosa, alegrándose de no tener que sacarlo de paseo y verse libre aquella tarde, lavó al chiquillo rápidamente la carita y se lo entregó sin vacilar. Diez minutos después Rosa se apeaba de la berlina con el niño en el mismo sitio en que la había tomado sola: dándole la mano entró en el solitario merendero y subió con él al piso donde habló la víspera con la madre.

Hacía gran calor, y aquellos parajes estaban casi desiertos. Sólo se oía de cerca el golpear de las lavanderas con sus palas, y a lo lejos los silbidos de las locomotoras de la estación del Norte.

Acariciando al pequeñuelo lo entretuvo, como Dios le dió a entender, hasta que a las cuatro y veinte minutos vió desde la ventana que por el camino de entre el río y la Casa de Campo se acercaba un simón. Entonces dejó solo al chiquitín unos instantes y bajó a la puerta, justo al tiempo que a pocos pasos de él se apeaba Mariana pálida, nerviosa, pero resuelta: como mujer que tras mucho vacilar no ha sabido vencerse.

—¿Ha venido?—preguntó con la voz velada por la emoción.

—Ahí está.

Subieron. Rosa se adelantó para entrar por distinto lado, y en el momento en que Mariana ponía el pie en el umbral del gabinete donde ambas estuvieron la víspera, cogió al niño de la mano, y presentándolo a su madre, dijo sólo estas palabras:

—¡Lo que es aquí no habla usted más que con éste!...

....

LA FLOR DE LA PATATA

(PARA LOS NIÑOS DE LOS RICOS)

Estaban enojadas las flores contra la Primavera porque casi todos los años adelantaba o retrasaba su venida a la tierra y quejábanse de que, a despecho del calendario, permitía unas veces la prolongación del invierno y toleraba otras que se le echase el verano encima: culpábanla de que, no dejándose acobardar por el frío, o huyendo ante el calor, trastornaba las condiciones de su vida y de su desarrollo. Con razón murmuraban de que aquella hija del año, amada por todos los hombres y adulada por los poetas, les causaba daños gravísimos con su debilidad de carácter, pues estaba visto que no sabía o no quería oponerse a las tenaces escarchas, que transigía con los violentos aguaceros; y, lo que era peor, que cuando tras unos cuantos días de luz y de temperatura favorables al rompimiento de yemas, botones y capullos, comenzaban estos a desplegar sus galas, dejaba que un prematuro ardor los abrasase con su aliento de fuego, cedía sin lucha, y las pobres flores predestina-

das ya por Naturaleza a durar poco, veían su vida mermada, mortificada y afeada con enfermedades a que daban ocasión la sucia humedad, madre de lombrices asquerosas que devoran las raíces, o el brutal calor, padre de feos gusarapos, que hacen su vivienda en los cálices y se pasean por las corolas.

Resueltas a evitar tantos daños, decidieron oponerse a ellos. Acaudillaron la insurrección un clavel rojo, de carácter tan enérgico como su color, y un nardo de voluntad tan fuerte como su aroma: pusiéronse luego todas de acuerdo, gracias a los vientos, que acostumbrados a llevar gérmenes de un lado para otro, transmitieron convocatorias y mensajes; finalmente, se propusieron celebrar una reunión magna, a la cual habían de asistir, no sólo las flores primaverales, en primer término perjudicadas, sino también las de las otras tres estaciones, a las cuales se causaba indudable trastorno con aquella alteración de las condiciones del año que había originado el alboroto.

Fué lugar de la cita un jardín maravilloso que por su extensión y ornato superaba a los que han dejado fama en las historias y las fábulas. Aquellos de que habla Tito Livio, el que creó Teofrasto para colocar en su centro el busto de Aristóteles, los del Generalife de Granada y del Alcázar de Sevilla, el que tuvieron los Médicis de Florencia, los de Versalles y Aranjuez, el por nadie conocido de las Hespérides, y aun los pensiles de Babilonia fueran, comparados con éste, tan pobres y humildes como esos jardinitos que

los empleados de las vías férreas suelen plantar junto a sus casetas en la soledad de los campos.

No hubo flor que dejara de acudir: todas vinieron, unas por curiosas, otras por quejosas; todas contentas de gozar aquella libertad de moverse que, por arte de magia, les fué concedida para que, sin morir, pudieran desprenderse algunas horas de la tierra.

Llegaron primero, como más ágiles, las menudas florecillas de montes y praderas, las que brotan espontáneamente entre los riscos y las que crecen en los sembrados o junto a la linde de heredades y caminos: el áspero brezo, el lirio silvestre, los chupamieles, la mejorana, el azulejo, la amapola, el trébol, la bellorita, la zarzamora y el menudo botón de oro. Después las flores que el hombre cultiva y desarrolla: la azucena, la lila, el pensamiento, los miramelindos y dondiegos, la anémona, la peonía y la clemátide.

Por entre recuadros de boj y fajas de césped vinieron la yerba doncella y la verbena; sin que nadie viese por dónde, entró, recatándose, la violeta, y en las umbrías húmedas se sentó la hortensia, en tanto que el granado, la estrafemia y la adelfa extendían al sol sus cargadas ramas. Juntas en hermoso grupo aparecieron las flores preferidas de las grandes señoras: la gardenia, de palidez mate; el crisantemo, de largos y ondulantes pétalos; la fría camelia, que aguanta más que otras el calor de la luz artificial, y la costosa orquídea. Hacia otra parte se colocaron las flores más humildes: la clavellina, la escabiosa, la alba-

haca, el alhelí, la minutisa y el ranúnculo. Temblorosa de frío se presentó la del almendro, el girasol, lleno de orgullo por lo buen mozo, la dalia, despacito por no turbar la fría regularidad de sus formas; juntos el tulipán y el jacinto; y el geranio rojo entró violento y osado, como pensando que ante él palidecía todo. Quedóse el narciso contemplándose en el agua de una alberca, y asidas a los balaustres de las escalinatas y a las verjas y troncos fueron encaramándose las trepadoras, desde las juguetonas campanillas y la severa pasionaria hasta el alegre guisante de olor y la rústica cabrahoja que llaman madreselva. No faltaron la acacia y la mimosa, que crecen en alto, ni la enorme magnolia, y en un estanque se albergó el opulento nenúfar, que con su blancura esmalta la linfa verdosa de los ríos. Por último, en alegres grupos, a modo de mujeres alocadas, aparecieron todas las variedades de rosas: la de cien hojas, espléndidamente hermosa; la de té, delicada como una rubia romántica; la de Alejandría, con aspecto de reina, y las de Bengala, corriendo juguetonas como chicuelas prontas a dejarse coger en bosquecillos y enramadas. La última en llegar fué la siempreviva, que hizo a todas estremecerse de miedo, evocando en ellas la idea de la muerte; pero pasó pronto, yendo a ocultarse tras un ciprés, con lo cual renacieron la animación y la alegría.

A punto estaba ya el clavel de comenzar su discurso, formulando las quejas de todos contra la Primavera, cuando se oyó de pronto confuso vocerío. Era

que los espinos y cardos, que formaban la guardia, no querían permitir la entrada a una flor que, seguida de muchas plantas, se obstinaba en pasar. Por fin éstas triunfaron, y aquéllos tuvieron que ceder, dejándoles libre el paso, a riesgo de ser arrollados, desparramándose entonces las invasoras por parterres y recuadros, donde se codeaban con las flores más finas y atristocráticas. Fué aquello como la tumultuosa llegada de las mujeres del pueblo bajo de París al parque de Versalles cuando, en son de amenaza, entraron pidiendo pan.

Hasta los más feos yerbajos y las más ásperas malezas consiguieron pasar. Por los pétalos de las flores elegantes corrió un escalofrío de miedo; algunas sintieron asco, otras indignación; la de lis sufrió un ataque de nervios, y la sensitiva y la mimosa cayeron desmayadas. Pero los yerbajos y malezas, sin cometer el menor desmán, permanecieron quietos, abriendo luego en silencio paso a quien les guiaba.

Su capitán era una flor de aspecto vulgar, nacida sobre un tallo poblado de hojas verdes y oscuras, huérfana de primores de forma y de color, de un blanco dudoso ligeramente violáceo. Parecía endeble, a semejanza de esas hijas del pueblo que trabajan mucho y comen poco; y al modo que éstas suelen llevar a sus hijos asidos al delantal o cogidos de la mano, ella llevaba sujetos a los filamentos de sus raíces unos tubérculos parduzcos e imperfectamente redondos. Su presencia levantó un clamoreo de protesta:

—¡La patata!—gritó la gardenia.

—¡Qué osadía!—dijo la lila.

Mas ella, sin amilanarse ni turbarse, avanzó hasta el centro del jardín, y allí, con calma no exenta de amenazadora ironía, habló de esta manera:

—Sí, yo misma; la patata. ¿Acaso no puedo estar donde vosotras? ¿No nos sustenta la misma tierra? ¿No nos mantiene el mismo sol y nos vivifica el mismo aire? ¿Es distinta el agua que bebemos? ¿Porque seáis unas de forma encantadora y color precioso y exhaléis otras perfumes delicados pretendéis despreciarme? ¿Quién os ha dicho que si el hombre me quisiera cultivar antes para el regalo que para el provecho no pudiera hacerme más hermosa? ¿Qué es el clavel sino la simple clavellina de los montes, ennoblecida por el trabajo humano? ¿Qué es el crisantemo sino un vanidoso que desciende de la margarita de las praderas? ¿Y tú, rosa, no recuerdas que procedes de la zarza silvestre? ¿Sabéis por qué no he llegado a flor de salón? Porque el hombre ha encontrado en mí algo más útil que vuestras formas caprichosas y vuestros perfumes embriagadores: vosotras representáis el lujo, el amor a lo bello, y por esto sois adorables y deseadas; pero nada os autoriza para ofenderme y rechazarme: yo represento la necesidad satisfecha, la vida asegurada; vosotras sois a veces mensajeras del delito y adorno del vicio; conmigo, sólo pueden vivir la virtud y la honradez; hasta que yo o algo de lo que yo simbolizo no entra en el hombre no se le ocurre pensar en vuestros encantos. Vosotras le sois deliciosas al ol-

fato, gratas a la vista; adornais sus palacios, os copia en sus tapices, os busca para compañeras de su amada, hasta os imita y finge neciamente con telas y con trapos; pero mis tubérculos le alimentan, y la pobreza de estos humildes pétalos está compensada con lo que crío bajo tierra y liberalmente ofrezco a quien me siembra. ¿Qué sería de vosotras, orgullosas, y de los que os favorecen, si yo no contribuyese al sustento de los que trabajan? ¿Quién construye esos palacios, quién teje esas sedas, quién engarza esas piedras, quién cincela esos jarrones, quién hace todas esas grandezas entre que vivís, sino los que me comen en el tajo de la obra, en la puerta del taller, en la acera de la calle y en la mesa de la buhardilla? ¡Mal hacéis en mirarme con desdén, porque si me irrito habréis de contemplarme con miedo! Sois poderosas porque, primero el capricho de la Naturaleza, y luego el amor del hombre a lo que brilla y seduce, os ha favorecido; pero ¡ay de vosotras!, si pecando de egoístas sois injustas y crueles conmigo y con aquellos a quienes represento. No os opongáis a que nos sentemos al banquete de la vida, procurad, no sólo que vivamos, sino hasta que gocemos; porque la privación es causa del dolor y de la envidia, engendradores del odio y de la violencia. Si todos aquellos en quienes yo tengo imperio porque me deben la existencia, se concitasen contra vosotras, entonces no quedaría en pie ni un salón ni un jardín: todo lo destruiríamos, y los búcaros y los cristales en que vuestros tallos se humedecen y refrescan rodarían hechos pedazos, como

guijarros de arroyo. Ya que no seais caritativos, por más que alardeéis de ello, sed justos para no ser mañana desgraciados.

Un estremecimiento de terror agitó a todas las flores, como cuando el viento tormentoso las doblega; y la patata, segura de su fuerza, se alejó tranquila, dejándolas atemorizadas y pensando todas, aunque no lo dijeran:

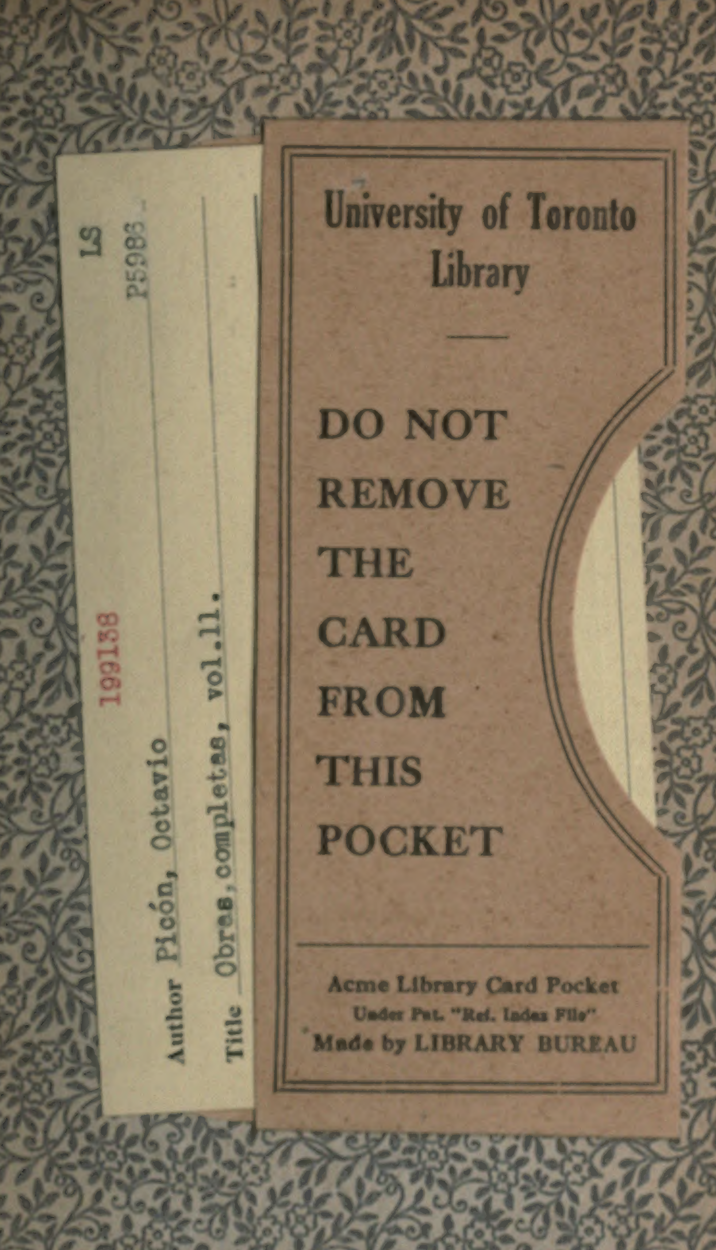
«Tiene razón; tiene razón.»

INDICE

Págs.

Desencanto 7
Rivales 71
La recompensa 113
Amores románticos 177
La novia de una noche................................ 201
Lo ignorado 231
Cadena perpetua 241
Lo mejor del hombre................................ 257
La verdadera 269
Escrúpulos 281
Rosa la del Río 289
La flor de la patata................................ 303




LS
P5983
199138
Author Picón, Octavio
Title Obras completas, vol.11.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

